Hacia la Tierra del Zar

Teodoro M. Kalaw.

Hacia la Tierra del Zar

Lineas prefaciales de

Fernando M.ª Guerrero

Manila

Libreria Manila Filatélica
Soler, N.º 453, Sta. Cruz.
1908.

Imp. de "El Renacimiento"--Gunaw, 26.--Kiapo.

Dedicatoria

A Manuel L. Queson,
el que ha sido testigo personal de muchas de estas impresiones de viaje; el que ha visto, á lo largo de las estepas rusas, cuadros de miseria; el que ha sentido simultaneamemte, en su paso breve por pueblos, el ambiente de la libertad y el ambiente de la opresion; el que sabrá recoger, en una palabra, -- porque es inteligente y porque es joven,--de las ciudades populosas, enseñanzas para su pueblo sometido, dedica cariñosamente este libro,

su affmo. a.

Teodoro M. Kalaw.

Manila, 10 de Septiembre de 1908.

Lineas Prefaciales

Digo mi verbo prologal sobre un libro, que es, pura y llanamente, la confirmación de una sospecha mía.

Cuando Kalaw se despidió de mí, camino de la Santa Rusia, gozoso en la visión futura de lo ignoto, en el amable presentimiento de lo nuevo, y le ví en el «Hongkong Marú» con la boca enjoyada de sonrisas, como si ofrendadas fuesen á la cristalización de un ensueño lejano, yo me dije interiormente:

—Como este Kalaw no es frívolo, como este Kalaw es artista y como este Kalaw no ha de defraudar ni el deseo amical, ni la esperanza conciudadana, ni la delicia de la emoción sentida, volverá, cuando vuelva, con un bello bagaje entre las manos, con unas

cuartillas cálidas en que él habrá puesto el jugo de toda su alma y en que nos dirá á todos, con palabras olorosas á modernidad, lo visto y vivido en la nueva vida há largamente deseada.

Y volvió así. Volvió á nosotros portando en su maleta de viaje un montón de papeles que trascendían á crisantemos del Japón, á rosas de Rusia, á miosotis de Berlín, á violetas de París de Francia y á lotos de la vieja India ..

—Necesito que V. escriba el prólogo de mi libro—me dijo el 11 de Agosto último, en pleno día de elecciones, cuando mis ojos enfermos miraban desde mi sillón de valetudinario el curso tumultuoso de la lucha.

Y agregó luego:

—Traigo para Vd. una pintura de Utamaro ¡Ah, Utamaro! Usted no sabe cómo le aprecian los japoneses...

—Pero .-

—Nada. Usted me pone el prólogo y yo le envío, en recuerdo, una acuarela del gran artista nipón. ¡Oh, Utamaro, Utamaro!...

Y he aquí por qué soy yo y no otro quien presenta este libro al público.

Lo quiso el amigo y lo quise yo. No hay que buscar motivos á estas voliciones súbitas, profundas y cordiales. Se abren sér adentro como las rosas en el tallo: por obra de la Naturaleza. Sólo que en el caso presente esta Naturaleza aparece bajo la forma de una intensa «afinidad electiva.»

Somos almas con iguales sueños, con quimeras idénticas, con ideas hermanas sobre el valor de la vida, el valor del amor y el valor de la belleza y el arte. Eso es todo.

Es natural, por tanto, que así como él gozó del paisaje, del alma del paisaje y de las sombras de vida que cruzaban el paisaje exótico, goce yo ahora, con peculiar y alto gozo, de pararme en el umbral del libro y decir bajo él, venida de lo más íntimo, la palabra inicial en loor del delicado artista que ha escrito esta obra donde van, en sincronismo sabio, la fuerza y la belleza, la observación sociológica y la inspiración artística.

Este es el mayor encanto del libro. Tiene

la armonía deseada entre la vibración del cerebro y el temblor sentimental del alma, y aún la percepción pura, lo que de suyo sería árido, surge de las hojas del libro como encendida en no sé qué llama de oro y empapada en no sé qué ondas de maravillosa fragancia.

Quiero explicarme esto por el consejo de un maestro insigne.

«Pon un poco de sentimentalidad—decía éste—en todas tus aventuras, por insignificantes que sean, y guardarás de ellas muy hermosos recuerdos en el alma.»

Yo creo que Kalaw, sin daño de sus cerebraciones, sin mengua de sus indagaciones políticas, estadísticas y sociológicas, ponía en ellas un grano de su fina sentimentalidad, un poco de su alma buena y otro poco de sus ensueños artísticos, para que la nudez de las ideas puras perdiese su sequedad lancinante y adquiriese, en cambio, fuerza de sugestión, brillo de vida y color de encanto suavísimo...

Por modo tan sabio ha conseguido Kalaw, en plena juventud, cuando apenas es sonreído

por la luna de su vida, traernos á su regreso un manojo de flores alucinantes en cestillo de oro, afiligranado y pulido y exornado además —gloria para el artista—con el lazo rosa hecho, en silencio y amor, por los invisibles dedos de la piadosa Hada-Madrina...

Porque no hay quien me quite á mí la creencia de que este libro, tal como abre sus hojas al sol de la publicidad, es un ramo joven, primaveral, formado con las más nuevas y deliciosas flores de la hodierna literatura.

Está enflorado el relato de ingenuidades sonrientes y de un cariño supremo á la noble expresión de la belleza, á la visión total de las cosas, aun en sus aspectos más nimios, y por suerte tal, no hay episodio ni anécdota que no aparezca como envuelto en un tenue vapor de rosa, de oro, de los más dulces tonos del iris. Sólo se discierne el rojo á las atrocidades de la Santa Rusia, al polvo sangriento de la Perspectiva Newsky, á los látigos cosacos y á las represalias de los oprimidos. Lo demás es todo azul, matinal, quieto y fluído como el agua de los lagos especulares...

Se comprende que así sea. Kalaw—repitiendo lo que Ernest Lajeunesse decía de Gómez Carrillo—«en todas partes está en su casa, encantado y encantador, al corriente, en seguida, de los buenos lugares, de los sitios maravillosos, de las minas de alegría y de los viveros de ambrosía fresca...»

Y luego, su estilo, y sobre todo, su estilo. Lajeunesse no le negaría sus epítetos: «charmé et charmant». Hay que afirmarlo de nuevo: «encantado y encantador». Implica—no sé cómo decirlo—exquisiteces de una orfebrería sutil como aquellas del «buen monje artífice» de Rubén Darío; tiene flexibilidades de seda que ajustan la frase á los matices y proteismos de la idea.

Yo he leido el libro yendo, como el Maestro, en un junco de ensueño, por sobre la onda sonora de estas narraciones áureas. En toda mi travesía espiritual, sentí en torno á mi frente el revuelo de los vientos propicios, y en el interior de mi nave respiré con el poeta los perfumes del Yamato, y adoré á Amaterasu, y dije mi plegaria «á la Natu-

raleza y á la Abstracción, á la Muerte y á la Vida, á la Gloria y al Arte.»

...Ya estamos en Siberia, «el infierno de los que piensan». Mi junco tiembla frente á la mujer fatídica que, poniéndose el índice sobre los labios, me obliga á callar... Callo pensando en Korolenko, maldiciendo mil veces la «Casa Muerta» de que habló Dostoyewsky.

Pasa la «Mandchuria sangrienta»—horror y dolor—y, bogando en mi junco, á través de ríos quiméricos, me sorprende en el éxtasis la gloria de «las noches blancas»...

¡Y bien! Ya estamos en Europa—exclamo con el amigo.

Aquí le encuentro nostálgico. La visión de las chozas de paja suscita en su alma evocaciones de la lejana Patria; pero de súbito es piedad la nostalgia.

Es que pasan los mujiks, los «pobres campesinos de Tolstoi», con sus barbas fluviales y su fardo de tristezas y supersticiones.

El poeta ha dejado toda sonrisa: se ha hecho grave, misericordioso, profético. Para el

siervo de la gleba, plena conmiseración; pero para el Domingo Rojo, la Aurora Roja. ¡Mañana..!

Los tesoros del Kremlin seducen y maravillan al literato. El me decía:

—Los mismos americanos, viendo aquellas joyas, aquellas piedras suntuosas, aquel rutilar del oro, aquel amontonamiento de todo lo deslumbrante y todo lo precioso, abrían sus ojos y sus bocas en gestos de alucinación y estupor...

Y luego habla, á la manera de un sabidor ameno, de los avatares políticos de Rusia, de su entrevista con Milyoukov, de la tercera Duma, del nacionalismo ruso y del nacionalismo polaco, y antes de abandonar la «Rusia putrefacta», dice á los iconos rígidos, rodeados de cirios y cubiertos de oro por el fanatismo del pueblo, las más cultas, sabrosas y deliciosas ironías de sus labios.

El junço de ensueño abre sus blancas velas de nuevo. Hay una bruma lontana, y en la bruma, armonías románticas. ¿Es Heine? ¿es

Beethoven? ¿es Goethe? No; son todos ellos: es Germania entera.

El alma del artista se pierde en aquella niebla suave, sentimental y lírica. Las parejas enamoradas del Tiergarten, besándose á la luz del Ocaso, le hinchen de ensueños los ojos y de latidos el corazón. La cerveza de Berlín crea el amor berlinés.

¡Ah! es el amor que «gusta de la nube, de todo lo que es obscuro, de todo lo que es naciente, de lo crepuscular, húmedo y velado.»

Y fué amor también lo que vió en el *Quartier Latin*, su ensueño de literato, su delirio de tantos años...

—Lo he visto, al fin—dice Kalaw.

Y en estas cinco palabras, lo ha dicho todo: el ansia anterior, la quimera forjada, la realidad vista y sentida. De ahí la descripción cariñosa del parnasiano, suntuario, delicuescente y decadente Barrio Latino. Y luego la Sorbona. Y luego el Panteón de Hombres Ilustres..

Ahora el retorno, por la encantada ruta de Oriente. Estas páginas últimas son para

mí lo más literario del. libro. Lo mismo cuando surca el Mar Rojo que cuando llega á Colombo y recuerda las fiestas de Antipolo, Kalaw nos exhibe su arte, la poesía y el lirismo de su alma.

El último capítulo es hermoso, y es altruista, y es patriótico. Es de un filipinismo trascendente. Grito del alma de la raza.

Eso es retornar en belleza, en la inviolada y absoluta idolatría de lo propio.

¡Y bien! Pasad ya. Yo dejo el umbral, para que penetréis en este palacio de encanto, en esta casa de oro, en este jardín de rosas mañaneras, primiciales todas y todas abiertas por el culto del Arte, el honor de la Patria y la enseñanza de los conciudadanos...

Fernando M.ª Guerrero.

DE MANILA AL JAPON

Primeras sensaciones

Á bordo

Ya, á bordo de un barco extranjero, en las mismas aguas de la Patria, la primera noche, sentimos el primer dolor de la nostalgia. Los saludos afectuosos de los amigos, los agitares de sombreros, los "adioses" desde lejos, resuenan todavía en los oídos con lúgnbre lamentación.

Dejamos Manila pero todavía estamos en Manila ¿Qué sentimiento de nostalgia es ésta que se apodera del viajero?

Bajo los cielos serenos, sobre el mar un poco turbulento, quisimos enviar el postrer recuerdo á la ciudad, y luego nos metimos en nuestros camarotes para sentir el calor "de dentro." Quezon y yo en un cuarto. Rogers, en otro. Después, una bebida que apague la sed...

Viendo el aparatoso mobiliario y la elegancia aristocrática, nos cabe decir que el "Hongkong Maru" es de los mejores que viajan

en esta línea. Unos chinos sacerdotales, con sus amplias túnicas blancas, misteriosos dentro de su orientalismo, nos sirven ceremoniosamente, con parsimonia mandarinesca.

A la hora de la cena, instintivamente, por impulso "racial", los cinco filipinos quisieron encontrarse en una sola mesa y dialogar sobre las tristezas de la Patria. Considero á Rogers, con criterio liberalmente cosmopolita, un filipino. Somos: Salvador Roxas, Narciso Alegre, Quezon, Rogers y el que escribe estas cuartillas. Los americanos que, al principio, se sentaban con nosotros, viendo nuestro amable intimismo y nuestros alegres corazones, nos dejaron, por completo, el control de la mesa. Es, pues, en medio del exótico ambiente, una mesa filipina.

¡Qué quereis! El paisanismo es fuerte y triunfador. Nos une al través de los mares, en la inmensidad oceánica...

Hoy, domingo, á las 8 a. m. en que escribo estas líneas, estamos sobre cubierta viendo el paisaje marino. Quezon y Rogers consultan el mapa. En el libro que tengo delante, leo la página que habla de Shanghai. Los demás extranjeros sueñan en sueños lejanos de paises vistos al través de la experiencia. Nosotros soñamos en paises por ver... Más allá está el mundo nuevo que se abre para nuestra curiosidad, que pronto veremos en

nuestro paso fugaz hacia St. Petersburgo. Somos las aves santochocanescas que emigran á lejanos paises.

Nos llaman al desayuno.

Buen momento: trepida el barco como si un temblor agitara sus miembros. La sala del comedor está utilizada materialmente para oficio protestante. Como es domingo, la religión les llama á un momento de veneración y de culto. ¿Quién ha dicho que los americanos son "materialistas"? Esta vieja qne tengo al lado, vestida de riguroso luto, como si recordara perpetuamente la muerte de un ser, está rezando con idolátrica mansedumbre. Clava los ojos en el cielo, musita la oración, lee en la Biblia algunos fragmentos del Evangelio y aquí la tenéis en santa paz, lívida, fantástica, sacerdotal...

¡Oh las nobles almas que aun sobre el mar no se olvidan del Criador!..- ¿Qué dirían estos enigmáticos chinos que pasan, como sombras dolientes, sirviendo aquí, trabajando allá, viendo á los religiosos americanos en culto fervoroso de Espiritualismo?...

En el centro de la regia sala unas manos blancas han empezado á tocar el piano. Es un himno sentimental lleno del más santo religiosismo. Los demás cantan en coro. Pasan sombras y sombras, con la vaga inquietud del que empieza á sentir el mareo.

Oremos á Dios en las alturas...

Un americano alto, vestido de negro, de faz impasible y serena, dirige los ejercicios del culto esotérico. Oigo las voces de ellos y de ellas. Ha cesado la música. Ha cesado el coro. Oración...

¿Buscais la fé, los que no tenéis ni la más ligera noción de ella? Ahí la teneis en ese viejo gigante que musita rezos y en esa vieja de luto, poseída del santo religiosismo.

Sus labios balbucientes y sus ojos soñolientos de misticismo indican que hay, después de todo, un más allá... Luego, se recogen los ejemplares de la biblia sagrada esparcidos sobre la mesa, y todos, todos, se retiran, graves, impasibles, enigmáticos.

Ha terminado el culto...

Camina segura la embarcación desafiando la furia del mar Pronto una neblina aparece y desaparece. El cielo se encapota y se abrillanta de nuevo. A lo lejos, la inmensidad...

El que ha inventado la navegación debió ser un gran hombre—filosofa el joven Salvador Roxas.

Y poco á poco, surgiendo de la nada, divisamos las lejanas montañas, coronadas de bruma.

TIERRA DE HONGKONG.

Por las rocas hongkonesas.

Al principio me imaginaba que Hongkong sería una ciudad china con ingleses: la población autóctona estaría limitada, desaparecida; todo, en las calles, en los edificios, en los almacenes espléndidos y suntuosos, en los hoteles de inmensos tamaños y demasiado altos para ser moradas humanas, sería "inglés." Pero me he desengañado. Desde el primero hasta el último momento, la única nota sensacional qne hiere y que cautiva son esas manchas negras, sucias, ululantes, que se llaman "chinos."

Al entrar en el grandioso puerto, ante el panorama inmenso de la vida y del trabajo, lo primero que se ve es el obrero chino. Lo primero que huele es á chino. Y el peligro amarillo resucita, evocado por tantos brazos que reclaman en el mundo de la economía, pan, trabajo, remuneración.

Es dia de fiesta, por ser nacimiento del rey, y, sin embargo, la populosa urbe es un ajetreo continuo.

Subimos á las alturas rocosas, ya en tren funicular, á pié, ó en palanquines, y desde las cimas elevadas en donde domina el vértigo, hemos admirado el panorama de la ciudad. Pero lo que más extraña es el poder del hombre que ha podido levantar sobre áridas

montañas una población que puede competir, por su riqueza, con las mejores del mundo.

Arriba, en las cimas, es donde los ingleses positivistas tienen sus palacios de piedra, custodiados por criados chinos, como si fueran enormes manchas multicolores sobre el eterno verde de las eternas montañas. Coronando una de éstas está el "Peak Hotel," edificio grandioso, que parece desafiar con su soberbia la soberbia incalculable del cielo y de la inmensidad.

Desde allí, mirando la obra humana, el mar tranquilo, las infinitas embarcaciones que parecen brochazos grises sobrs el fondo verdiobscuro, viendo los precipicios y los abismos, las alturas y las vertientes, los pinos románticos y los edificios orgullosos, admiro el paísaje inenarrable en que la naturaleza salvaje, después de haber reinado con sus locuras y sus caprichos, ha quedado vencida por el genio positivista del rubio anglosajon, haciendo de la esseril roca, como la vara de Moisés, un venero inagotable de riqueza y de prosperidad.

Y no es necesario hablar inglés solamente, sino tambien el chino, sí, el chiuo incomprensible para entenderse con estos pobres que os llevan, tirando de sus rickshas, á los más lejanos abismos, ó que os conducen á las cimas más altas.

¿Quién es el genio capaz de resucitar esa raza, aletargada por espacio de siglos, incapaz de balbucir con claridad un idioma extraño que no quiere salir de la lengua, por una tendencia fatal á la degradación?

¡Es lástima que tantos millones no ocuparan en su propia tierra más que los puestos ínfimos á que les reduce la potencia invasora del dominador!

Sin embargo, ellos son dueños del trabajo manual á que están condenados quizás para siempre.—Y allí debe empezar la revolución.

Pero si Hongkong es, además de chino, y además de inglés, una ciudad semi-cosmopolita, lo es, sin duda, no solo por su clima y por su comercio libre, sino porque tiene buenos hoteles. Aquí hay una infinidad de hoteles en donde uno recibe una hospitalidad que no se da en Manila. Casi los mejores edificios son hoteles.

¿Por qué no tiene Manila uno mejor, cómodo, grande, confortable, como los hay en Hongkong?

—He estado en todas partes del mundo y solo Manila no tiene un hotel digno—me dice un caballero que ha viajado con nosotros.

Efectivamente, viendo estos palacios altísimos y estas moradas suntuosas, que convidan al turista más exigente, debe cualquiera lamentarse de nuestra desgracia.

Y dicen que somos egoistas. No invitamos á nadie.

¿Quién es el mejor: el japonés ó el chino? Cuando os sirven, los japoneses tienen su reverencia, que parece aprendida en los tiempos de Madame Pompadour. Son, además retratos vivos de fidelidad. En cambio, por la faz enigmática de un chino, ¿quién se atrevería á confiar sus cosas?

En los barcos, cuando se presentan en vuestros camarotes, con su angelical sonrisa, haciendo una reverente genuflexión, en todas partes saludándoos con bondad y hablándoos con cariño, estos japoneses parecen los símbolos de la candorosa inocencia

Y sin embargo, ¡qué terribles cuando matan!

¡Los pobres coolies!

Hace cerca de 24 horas que salimos de Hongkong. Bella travesía. A lo lejos se pierden, cubiertas por las sombras de la mañana, las montañas chinas, como cadenas enormes que se entrelazan y se esfuman. ¡Qué horas felices las que se pasa á bordo, sobre cubierta, viendo la sombría inmensidad!

Va con nosotros el juez Avanceña en viaje hasta Kobe. La charla instructiva del buen juez me proporciona ratos de verdadera satisfacción.

Pero esos chinos, esos chinos ululantes, esos

chinos todopoderosos que lo invaden todo, siempre los tengo en el pensamiento y en el corazón. - ¿Qué pensarían viendo á los rubios ingleses en perpetua superioridad?

En Hongkong, entre gritos y gestos, en la vida mercantil, los coolies llenan las calles tumultuosas, los palacios gigantescos, las tiendas multiformes, desde la sucia de los callejones hasta la elegante y suntuosa á ambos lados del "Connaught Hotel." Los chinos toman parte en las manifestaciones de la vida con la poderosa influencia del número. Por eso Hongkong es poderoso; por eso es grande.

La organización política y administrativa de esta ciudad la da la importancia comercial que tiene. En ninguna como aquí se manifiesta el estallido de la vida en su afan de riqueza y de oro. El puerto libre y el cosmopolitismo amplísimo, son la clave de todo. Cualquiera planta su tienda sin tener esas enojosas gestiones con las autoridades. Por eso es una continua invitación al capital extranjero, al comercio del mundo, al oro de la cosmópolis...

Con sus edificios de piedra, altos y enormes, con sus hoteles montados con las comodidades apetecidas, parece llamar al hombre de lejanas tierras ofreciéndole un lugar seguro para las contrataciones y para la salud misma, porque el clima es saludable y delicioso.

Sobre las cimas rocosas, en cualquiera de

aquellas terrazas que coronan los palacios de los ricos ingleses, se siente el ambiente sano de las montañas, bajo el frescor aromado que exhalan los pinos.

Y si arriba la vida espiritual es intensa, abajo la vida mercantil es todopoderosa. Yendo por sus calles, mirando al través de los escaparates la magnifica exposición de mercancías de todas clases, había pensado muchas veces en quiénes serían y de dónde vendrían los compradores para dar vida á tanto comercio reunido. Pero este pensamiento adquiere su contestación inmediata: el comercio es, casi siempre, al por mayor. No vereis, como en la calle Rosario de Manila, por ejemplo, aquella invasión de provincianos que llenan las tiendas llevando dinero á los "coolies." En Hongkong apenas hay compradores por pedazos: todo es grande hasta la partidas. La población nativa está obligada á ocupar papel desconocido en las relaciones sociales.

¿Habeis visto, sin embargo, cómo se pierden las manchas blancas que proyectan los que vienen de lejanos países, gracias, á los puntos negros de los coolies? Es que si no hay vida social, si el nativismo desaparece en lo político, hay, sin embargo, gente para todo. La gran China, la inmensa China abastece de población todos los puertos del Oriente. Hasta Manila, dentro de poco, si no se hubiera acordado oportunamente la restricción, sería una ciudad de "coolies."

Esos que gritan con grito sonoro, que parece salvaje, empezando por algo gutural para terminar en nota penetrante; esos que gesticulan grotescamente invitando á los extranjeros á subir á sus ricksahs; esos que caminan lentos, vestidos del color de la obscuridad, fumando en sus largas pipas ó soñando en sueños de opio; los que buscan "paisanos" para engañarles; los que os llevan á los rincones lejanos actuando de cicerones funambulescos; todo y todos pertenecen al gran Imperio, y se llaman, sin razón alguna, hijos del Cielo.

He ahí el peligro amarillo.

Cuando se revolucione de veras esta inmensa multitud levantando la bandera social para expulsar á la legión de blancos dominadores, cuando se den cuenta de su importancia en los destinos del Universo, entonces el peligro amarillo sería una dulce realidad.

Mientras tanto, los chinos—como los de Hongkong,—no servirán más que para llenar. El elemento director será siempre extranjero, y el dinero circulante que viene del mundo llegará á las manos amarillas después de haberse ungido con el sudor de la Humanidad...

Subiendo á una de aquellas calles de piedra, en un barrio completamente chino, se reproducen las escenas de Pekin que nos pintan los viajeros occidentales. Todo sucio, astroso, asfixiante... Los niños de teta pegados á las

espaldas de sus madres prolíficas, en actitud que deforma el organismo; cantos exóticos, sin armonía, surgiendo de gargantas que parecen de caña: todo singular, extraordinario, completamente original...

Y en las puertas, en las ventanas, sobre la piedra de las calles, una infinidad de los "sin trabajo", pasando el tiempo alegremente ó viendo, al través de los escaparates, las ricas joyas que soñaron en sus sueños románticos.

Esos pobres, no cabiendo en el corazón de su país, van luego á los lugares próximos á pasar la vida como se pueda. Si las demás puertas del Oriente se cerraran para ellos, ¡cómo estarían en el Mundo!

El pais de la niebla.

Hemos estado en el país de la perpetua niebla; hemos atravesado sus montañas por el ferrocarril; hemos visto sus mujeres, sus aldeas, su pobreza afligente y su comercio próspero: hemos pasado por túneles, al través de los verdes sembrados, de las llanuras cubiertas de palay... y hemos llegado al corazón de su tierra: Tai ho-ku.

Me refiero á Formosa.

Hoy, 28 de Mayo, el "Aki Maru" hizo escala en Ki-lung. Aprovechamos la ocasión para bajar afrontando el rigor del temporal. Es que Formosa nunca ha tenido su cielo límpido. Sus moradores amarillos siempre han

contemplado esta eterna niebla que cubre sus cimas rocosas, como las de Hongkong.

Al bajar en Ki-lung, viendo la legión de "coolies," por las carreteras llenas de lodo, sentí una sensación novísima que raras veces he experimentado en la vida. Estaba en una aldea típica de China con algunos severos funcionarios japoneses que saludan al forastero con reverencia cortesana. Las tiendas chatas, hechas de lodo y piedra, las casitas que parecen camarines construidos más bien para bodegas sombrias que para viviendas humanas, nos dan idea de la pobre cultura arquitectónica de la población.

Quizás el baguio, que es frecuente en esta isla, los ha obligado á construir tan mal sus casas. Un empleado japonés, en un inglés muy bárbaro, nos contesta lo siguiente:

—No es el baguio solamente, señor; es porque en tiempos antiguos, cuando el buen gobierno nuestro todavía no se había apoderado de la isla, ésta se hallaba á merced de los salvajes. El gobierno chino no podía reprimir el vandalismo. Los saqueos eran frecuentes. Allí tenéis—señalándonos una casa—una prueba de la audacia de los malhechores. Era natural, por consiguiente, que construyeran sus casas en forma de fortalezas de piedra...

Los salvajes..! Así llaman los nipones á la poblaoión que, no reconociendo al gobierno,

va á las aldeas á saquear y á herir. Constituyen todavía una mitad de la entera población insular, y alguna que otra vez, en sus ratos de orgullo nativo, dan mucho que hacer al gobierno de ocupación.

Y el tren corre pitando. Pasan fugaces, como cuadros entrevistos en un sueño asiático, paisajes y brumas, plantaciones de te, terrenos de regadío, sembrados de palay, lagunas, colinas, casuchas, túneles, pinos sombríos, legiones de "coolies" con niños y niñas que parecen muñequitas de carne...

Un coronel japonés, después del saludo clásico, se sentó severo en uno de los asientos del tren, luciendo en el pecho dos medallas ganadas en los campos de batalla. Otros pasajeros fueron acomodándose para ir á la capital de Formosa. Llueve... Arriba, en las laderas de los montes, no se vislumbran más que brumas perpetuas. Abajo, en los prados, en las casuchas, alguna que otra mancha de color ceniciento.

El paisaje es, por lo menos, extraordinariamente original. El gobierno japonés en tan corto tiempo de dominación, emprendió la obra del ferrocarril, que hoy es la vida de estos pueblos grises.

Y pasamos, pasamos. .

Primero viene Ha-to. Después, Shi-chi-to. Después, Go-to Luego, Sui-henkya ku. Luego,

Nan—ko. Y después, Shak-ko. Y por último, Tai-ho-ku, la capital, que los chinos llaman Taí pe.

En todas las poblaciones hay los mismos paisajes, que son los románticos paisajes de bruma. .

¿Qué tiene de especial Tai-ho ku, la capital de Formosa? El de ser mucho más grande, mucho más animada, mucho más bonita. Allí reside el gobernador general, que es un militar del Ejército. Gobierna con los jefes del Departamento, de los cuales el más importante es el de la Policía, con la sanción del Emperador.

—Ustedes no saben—nos dice el cónsul americano de la isla—lo que aquí vale la policía. La mitad de los pobladores pertenece á la región revoltosa. Antes del gobierno japonés no había ningún poder que los refrenase. Ahora, la policía, gracias á su poderosa organización, los mantiene quietos. Yo he viajado con mi señora por espacio de 40 dias subiendo á las montañas, internándonos en los bosques, y no nos ha pasado nada.

Y, sin embargo, esos salvajes contribuyen en el mercado universal—según las estadísticas—con un 75 por ciento de alcanfor.

Formosa, además del alcanfor, produce té de la mejor calidad (cuyo mercado principal es Estados Unidos), azúcar, palay y otros de

secundaria importancia. Los pinos románticos y los cerezos de sueño, crecen en sus montañas y á la orilla de sus calles, dando á la ciudad el perfume sin igual de la selva.

Pero estas chinas, estas pobres chinas, con sus pies aprisionados, muy diminutos, ¿en qué piensan, qué hacen, por qué están tristes? Nunca una sonrisa amable asomó á sus caras pintadas de rosa, nunca. Y si alguna vez lo hicieron fué porque, queriendo dar señales de alegría, no tuvieron más remedio que abrir sus bocas pequeñas y hacer brillar sus dientes marfileños.

A veces, á la hora de la tarde, cuando la lluvia cae impertérrita y los dioses del Hogar no reclaman las preces de sus corazones idolátricos, sus cabezas pálidas asoman por las ventanas de papel viendo á la gente que hormiguea por las calles.

Una ráfaga de melancolía corre por sus rostros, y la Vírgen de la Misericordia necesita, entonces, una oración por tantas divinidades abandonadas.

¡Pobres mujeres!

Por primera vez hemos recibido la sonrisa de una japonesa. Es una "musmé" que nos sirvió como pudo en un restauraut de Tai-ho-ku.

Le pedimos todo y nos lo sirvió todo, siempre, siempre, con una eterna sonrisa ingenua.

¡Qué lástima que, por querer hablar inglés, no hiciese más que gestos grotescos, llenos de infantil zalamería!

Sin embargo, su sonrisa vale por lo menos, un yen...

Japon en Formosa

Estamos á 400 millas de Formosa y todavía, todavía, la impresión de la isla no se ha borrado por completo. Formosa tiene la especialidad de ser una colonia japonesa; tiene, además, el encanto de ser un país cultivado con devoción meticulosa. Hasta en las cimas de las montañas hay plantaciones de te, rastros poderosos de la mano del hombre que lo transforma todo.

¿Cómo era Formosa antes de la dominación nipona? ¿Cómo es hoy? La contestación es difícil de darse. Algunas cuantas horas que estuvimos en Tai-ho-ku, recogiendo datos al vuelo, gracias á la benevolencia de cicerones improvisados y, sobre todo, del cónsul americano, que es todo un caballero de bondad y de cortesía, no son suficientes para una investigación. Sin embargo, por lo que á primera vista aparece, la isla presenta evidentes pruebas de transformación, convertida en un país eminentemente agrícola.

El orgullo nipón, colonizador oriental de

los propios orientales, se manifiesta visiblemente viendo á sus hijos pasear su satisfacción y su dominio por las estrechas callejuelas de Tai-pé.

Ya, antes de subir al tren de Ki-lung, la prevención japonesa se manifiesta evidente. Un soldado sonriente requirió nuestros nombres y metió nuestras tarjetas en una de las bolsas luengas de su uniforme. ¿Estamos ya en Rusia? ¿Vienen las pesquisas?

En un lugar visible de la sala, en el tren que corre por montañas y llanuras, hay un aviso que espanta: «Se prohibe tomar—dice poco más ó menos—vistas, fotografías, dibujos, etc. de fortificaciones y obras de defensa que se construyen desde Ki-lung...» ¡Y nosotros que llevábamos nuestros cuadernos de apuntes!...

Cuando empezó en este país la ocupación japonesa, uno de los departamentos importantes que se creó inmediatamente fué el de Agricultura, que con el de Educación y el de Policía, constituyeron y constituyen hoy el gobierno central. El primer cuidado que tuvo el departamento de agricultura, bien poseído de su misión, fué buscar el producto más importante que daría á la isla su progreso y prosperidad. Buscó. ¿El té? No. ¿El alcanfor? Tampoco. El producto de más porvenir es, ndudablemente—ha dicho el departamento

—el azúcar. Y toda la atención se puso entonces preferentemente en el azúcar. Primero crearon un sub-departamento del azucar. A su frente, segun nuestros informes, están hombres peritísimos en este orden de cultivo. Después se adoptaron medidas que dieron resultados eficaces.

Según los datos que nos facilita el cónsul americano, antes de la ocupación japonesa, la isla solo producía 10 mil toneladas de azúcar al año. Hoy, bajo el dominio de los nipones, produce 70 mil. Y tan grande es la esperanza para el porvenir, que los severos y sabios directores del sub departamento, en un momento de legítima fe en su obra, han dicho que dentro de 5 años ellos esperan una producción de 250 mil toneladas.

¿Sabéis cómo se ha obrado el milagro? En realidad, hoy tampoco lo sabemos de fijo. Pero he aquí algunos datos que nos servirán de amable y provechosa enseñanza. La primera medida es ayudar á los capitales particulares: á los que adquirían máquinas modernas para el beneficio del azúcar el gobierno ayudaba con una donación de un 20 por ciento del capital invertido. Ya, con este emolumento, muchos se sintieron con deseos de emprender el negocio. Actualmente la isla cuenta con 10 máquinas modernas como las que se encuentran en Cuba y Hawaii.

El departamento está trabajando tan gran-

demente por el azúcar que muchas veces—y éste es el espíritu general de la administración— interviene como un padre en las propiedades y en los intereses privados llevando allí la luz de su autoridad y sabiduría. Para muestra baste este ejemplo: se han organizado, por decirlo así, distritos agrícolas. Cada máquina tiene su jurisdicción establecida de miles y miles de acres. Los propietarios, comprendidos dentro de la jurisdicción, no pueden llevar sus cañas sino á la máquina correspondiente. Así, dicen ellos, se evita un peligro y un conflicto: la competencia. En casos en que surge un conflicto entre el particular y el propietario de la máquina, el departamento resuelve. ¿No es ésta una clara prueba de paternalismo?

Bien: dejemos el azúcar. Hay asuntos que nos interesan igualmente. Por ejemplo, la empresa educativa que el Japón se ha propuesto realizar en Formosa.

La ocupación japonesa ha llegado en momentos en que todavía el analfabetismo predominaba en las masas. Además, había, y hasta ahora existe, una mayoría de salvajes que son refractarios al orden: los chinos de Formosa son todavía más atrasados que los de Pekin. Han estudiado en las Escuelas clásicas, pero no han llegado á asimilarse ni las doctrinas de Choo-He ni las de Wang-Sheu-

Jan. Estos grandes filósofos chinos permanecen ignorados.

La primera cuestión que se presentó á los japoneses fué la tendencia á la absorción intelectual. De parte de los chinos esta tendencia se redujo á la asimilación. Y empezó entonces la era de las escuelas. En 1896, cuando se introdujo el régimen civil, se abrieron escuelas del gobierno en 15 principales distritos: Taihoku, Tamsin, Kilung, Shinchiku, Bioritsu, Taichu, Horisha, Pokko, Un rin, Kangi, Tainan, Hezan, Koshun, Taiko y las islas de los Pescadores. En 1898 se ordenó que las escuelas establecidas en Taito y Kosshum se encargasen especialmente de enseñar el japonés á los salvajes. En estos distritos, ya había en el referido año, 803 alumnos. El resultado fué beneficioso: los salvajes educados prestaron servicios al gobierno y se encargaron de pacificar á sus compañeros. Se ha ordenado, además, que las escuelas establecidas en los distritos sean costeadas por éstos y que el gobierno no pague más que los gastos de viaje y los salarios de los profesores. En 1904 ya los alumnos ascendían á 20.523 y las alumnas á 2.655. Tambien se han abierto escuelas públicas, en el referido año, en otros distritos de la Isla. Algunos chinos educados fundaron también sus escuelas, á las que acudían 21.661 escolares. Un misionero de la Iglesia Presbiteriana canadiense estableció su

escuela, lo mismo que otro escocés del mismo oficio.

A pesar de todos estos esfuerzos, el progreso que se nota es lentísimo. Los chinos no se muestran con aptitud suficiente para la asimilación. Un escritor japonés, hablando de esta obra educativa del gobierno, decía lo siguiente:

—«Debemos tener paciencia, mucha paciencia. Nosotros apenas estamos nueve años en Formosa, y nueve años representan un momento en la vida de una nación. ¿Cómo es posible que en tan corto espacio de tiempo podamos cambiar el carácter de los nativos, cuyos pensamientos están amoldados á la historia de la Isla por espacio de trescientos años y aun á la historia de China en más de 60 ó 70 siglos? Hace cientos de años que Inglaterra posee la India y, sin embargo, el pueblo todavía no está asimilado En Formosa debemos tener la misma paciencia de los ingleses en la India"

La ciudad cosmopolita

A los lejos, perdida en la bruma de la mañana, se divisa ya la ciudad cosmopolita. Vamos en lancha por el gran rio Amarillo, en donde entran los buques de gran calado. Por ambos lados, las campiñas verdes denotan actividad inusitada. Al principio es Manila, Manila atravesada por el Pasig, con sus casitas, con sus jardines, con toda su poética frescura. Poco á poco, mientras la lancha corre, ya es Nueva York, un pequeño Nueva York en el Oriente, como dicen los turistas.

Y es que el movimiento es inmenso, atronador. Y es que las calles, los edificios, no son las calles y los edificios de Oriente, sino las calles y los edificios de las grandes ciudades del mundo. Y es que, como el comercio aturde y la gente que se ve se compone de todas las nacionalidades y de todas las razas, se entra en Shanghai como se entra en una Cosmópolis imaginaria en que todos los paises se confunden...

Aquí es Alemania; allá es Inglaterra; más

allá Estados Unidos; Francia más allá... y en un sitio alejado, un poco alejado, pero siempre interesante, el inmenso barrio chino, una ciudad fantástica de ruidos y de quimeras.

No hay duda: estamos en la ciudad cosmopolita.

Ya no es como Hongkong, porque no es Hongkong. Ya no es la aldea formoseña, pobre de aspecto, como los mismos chinos que la habitan. Es Shanghai, y al decir Shanghai, imaginad una ciudad tumultuosa.

Cuando entrais, una hilera de edificios altos, grandes, gigantescos, os empequeñece Allí están los bancos y varias importantes casas de comercio. Coged luego un coche, tirado por un mulo viejo, en que los aurigas vestidos de blanco con rayas azules adquieren severidad caricaturesca, y pasead por las calles de la gran ciudad. El aspecto va cambiando, pero el interés no cambia. Siempre es el mismo, el mismo...

Al rodar del coche se suceden sin cesar los impresiones. A lo mejor viene una multitud de europeos como si estuviérais en París ó en Berlín; después, una legión de coletudos como si viviérais en el corazón de China; un momento más, y ya no es dable discernir la nacionalidad. Las razas se confunden. Lo mismo los idiomas. Es una urbe babélica en

que todos hablan y todos, sin embargo, se entienden...

Los mismos chinos, los pobres chinos que dan á la industria millares y millares de braceros, al gritar con sus gritos estrambóticos, al hablar con sus ademanes de energía, parecen menos asiáticos y más comprensibles. Es que el contacto eterno, la colectividad internacional armoniosa, los presta encantos irresistibles.

¡Oh, los chinos de los rickshas, los chinos aurigas, los chinos de los talleres, los sabios chinos de Confucio, realizan hoy día la obra del porvenir!...

Lo que más seduce todavía en Shanghai, viendo sus casas principescas hechas de ladrillo, es el culto que se profesa á la Naturaleza por medio del cultivo de sus árboles y de sus plantas y de sus flores. Casi no hay una casa sin jardín. El arbolado que da sombra, la flor que da perfume, la rama verde que hace, al rumor del viento, saludos reverentes, son imprescindibles para el habitante.

Y el cultivo es tan esmerado que las flores brotan de los tallos con sin igual lozanía. A lo mejor son blancas flores de te, que se columpian debajo de las ventanas, ó en los patios, debajo de los árboles. A lo mejor son rosas rojas que indican pasión. O bien

son flores exóticas, de una variedad de colores y de una variedad de perfumes.

¿Dónde está la poetisa nipona, ó la princesa ingenua del Pekín, que no ofrece á estas flores, sus hermanas, las adoraciones sempiternas de su corazón?

Sin embargo, los que dicen que Shanghai es, en el Oriente, la ciudad más *occidentalizada*, mienten sobremanera. Esos no han llegado al barrio chino. Esos no han visto palacios de mandarines, casas de te, industrias nativas, mujeres, sonrisas, rostros pintados, pies pequeños, todo, en fin, lo que es pura é intensamente chino y, por consiguiente, todo lo que no es, en manera alguna, europeo.

Mr. Bazet, ex-fiscal auxiliar de Manila, nos acompañó al Shanghai originario, antes de la llegada de los bárbaros extranjeros, al Shanghai chino, en una palabra, que todavía se conserva en medio de su inquebrantable tradicionalismo.

Se entra por una calle estrecha Es que todas las calles, en esta pequeña China, son estrechas. Ya la enorme multitud ululante gasta luengas túnicas de obscuridad. Las casas son ceñidas, sucias, de un color indefinible, porque el humo, porque la antigüedad, porque el tiempo lo han borrado todo. El paisaje es extraño, minucioso en

detalles curiosísimos de cosas y de hombres. La industria salta á primera vista. Son lacas, sedas, algodón, papeles llenos de garabatos, pipas, biombos, porcelanas, botones, todo lo que es nimio, pero todo trabajado con sin igual primor de artista primitivo. Los peines de marfil labrados con labor de artífice milenario indican paciencia. Lo mismo las pipas blancas con figuras extrañas, un poco caricaturescas. En grandes papeles hay, pintados al carbón, retratos de personalidades. Uno de ellos es el de Mr. Roosevelt, pero un Mr. Roosevelt con la cara desencajada: en la mejilla izquierda le ha salido un grano.

Y la sensación continúa cada vez más fuerte. En un patio estrecho unos 20 ó 30 chinos forman coro. En sus rostros se ve la estupefacción. En medio, haciendo muecas horribles y gestos descompasados, está un titiritero, un mago callejero que realiza prodigios de pretidigitación.

Y luego se atraviesan puentes que cruzan lagos muertos, con olor de inmundicia, callejones obscuros invadidos por la multitud, patios, plazas, puertas estrechas que dan acceso á obscuras habitaciones, corredores misteriosos que conducen á salas suntuosas.. Tendidos en la acera cuatro ó cinco chinos, muertos de hambre, andrajosos y macilentos, forman

un desgarrador espectáculo de miseria doliente. Un dentista improvisado acaba de arrancar, en un rincón, una muela á un desgraciado que escupe sangre á borbotones á los pies de los viandantes. Un pustuloso se pasea tranquilamente buscando á la sanidad. Y así siempre, recorremos la vasta ciudad de los amarillos asiáticos, ciudad del dolor todopoderoso, de la muerte en la vida, de la eterna desolación del espíritu al ver á aquellos seres de faz lívida que debían morir de asfixia y de inanición...

¿Y los palacios de mandarines? ¿y los jardines encantados? ¿y las salas suntuosas de antigüedad? Nos hemos atrevido, guiados por el buen americano, á penetrar en sus sagradas puertas. He dicho sus sagradas puertas porque hay muchas. La entrada se paga. El palacio se llama *jardín*, un jardín ducal, aristocrático, de leyenda y de amor. Pero yo no veo nada que indique jardín. Un noble chino, de la raza de los mandarines, había morado, sin duda, en aquellos lugares, rodeado de mayestática autoridad y de muelle sibaritismo. Al franquear los umbrales, un viejo portero, con su luenga barba blanca, os guía por aquellos misteriosos senderos. Al principio, el monstruoso dragón de piedra, tan monstruoso que parece inverosímil, os hace notar, por si no lo sabéis, que estais

bajo el control del Celeste Imperio. Luego, el anciano cicerone os va abriendo puertas, os acompaña á los pasadizos, os conduce á salas, azoteas, habitaciones, desde donde se contemplan, bajo la luz lenta de la penumbra, otras salas y otras azoteas y otras habitaciones y, por último, un pobre lago muerto, criadero de enfermedades, que debió de ser un tiempo amable sitio de recreo y de paz.

Pero ¿dónde está el jardin encantado? ¿Dónde está el noble morador de aquellos lugares? Todo indica que de la vida antigua de liviandades y de grandeza no quedan más que rastros gloriosos. Está muerto el encanto: está muerta la leyenda. El mismo cicerone que os guía parece, por su palidez de opiómano, que acaba de resucitar de una muerte de siglos. Los pocos árboles que adornan aquellos lugares tienen el sello indeleble de la eternidad.

Nada: el mandarín se ha fugado y su pobre palacio sólo queda para la humana profanación...

Los pueblos japoneses

Moji-Shimonoseki.

Quien haya leido *El pueblo gris* de Santiago Rusiñol exclamaría, sin duda, delante de este apacible cuadro de japoneses que trabajan y de casas hundidas en la penumbra de la tarde: ¡un pueblo gris! Es gris, en efecto, todo lo que hay, todo lo que vive, todo lo que palpita: los techos de ladrillo, las paredes obscuras, las velas de los pequeños barcos fondeados en el río, los mismos moradores sencillos, las mismas callejuelas polvorientas.

Pero esto que es triste porque es gris, es tambien descarnado, sucio. En el centro de la población hay hoteles pobres, Post Office, establecimientos que indican vida comercial é industriosa, pero yendo á los suburbios, por los alrededores, la higiene pública aparece en un lamentable abandono. Los canales de las calles en donde muere el agua y se estanca y se pudre, á donde se arroja todo

lo sucio é inmundo de las interioridades, en donde juegan desnudos los niños del arroyo y se empuercan las gallinas y los cerdos, son prueba evidente de la falta absoluta de pública salubridad. ¿Estamos en China, en un barrio de coolies, una tarde de vaguedades y de miseria? No. Estamos, sencillamente, en un pueblo de Santiago Rusiñol.

Moji está situada, como muchas ciudades japonesas, en la falda de unas colinas, bajo la sombra inmensa de los pinos crepusculares. Allá arriba—nos dice el guía—hay grandes fortificaciones y escuelas militares. Se comprende. Los callejones por donde se sube están cortados por una cadena de hierro y hay cartelones que dicen: *Se prohibe subir*. En punto á prevención nacional los japoneses están por encima de todo el mundo. Dicen que un día, un bárbaro extranjero—no sé si deliberadamente—logró subir y tomar ciertas vistas de las fortificaciones y de los edificios. Al momento pagó su osadía con algunos días de cárcel y una multa de algunos miles de yens...

Hay en esta aldea, como en todos los sitios nipones, centros de adoración. Son los templos. ¡Oh, la religión santa, la fe ciega y primitiva, la que rodea á estos amarillos orientales de una aureola de paz! Este guía que nos lleva á los santos lugares, al través

de las carreteras blancas, al hablar de los objetos sagrados que adornan los templos, parece sentir el desvarío de la eternidad...

—Allí está Budha, el gran Budha... Allí está el alma del samurai... Allí están nuestros gloriosos antepasados cuya inquebrantable fe nos une en la vida. No los podréis invocar de cualquier modo. Primero hay que lavarse las manos; después, un saludo reverente; luego, tres ó cuatro palmaditas que despierten á los dormidos espíritus; y por último, la sagrada oración.

La oración es una plegaria sencilla, pero sentimental, demasiado sentimental. Así empieza:

"Espíritus de nuestros Augustos Primeros Padres: á vosotros los abuelos de las generaciones, de nuestras familas y de nuestros deudos, á vosotros, fundadores de nuestras casas, dirigimos en este día nuestro cariñoso y alegre agradecimiento..."

Shimonoseki está al otro lado, flotante sobre las aguas, á la luz de la noche. Ya es limpio y sano. Hay buenos edificios y gente culta. Por las calles los grupos indican el movimiento de la urbe. Tiene 40 mil almas, según el guía.

Los forasteros que huyen de las tristezas aborrecibles de Moji acuden, llenos de ansiosa emoción, á las salas espléndidas del

Sanyo Hotel entre las reverencias cortesanas de estos buenos hijos del Yamato:

—*Gentlemen* (un saludo): *I am the humble manager* (otro saludo) *of this hotel* (otro saludo)

Y es que en este país florecen los saludos como las crisantemas de sus jardines primaverales.

La ciudad de Kobe.

¿Quién no conoce Kobe, el puerto más importante del comercio japonés? ¿Quién no ha recorrido sus calles, subido á sus alturas, admirado sus colinas inmensas, como montañas? ¿Quién no ha llegado, por ejemplo, á la *tea house* de Suwayama, desde donde, como animados por un vértigo, se contemplan los techos grises de los edificios, la multitud ululante de las calles, los grandes cartelones que anuncian las casas de comercio en caracteres chinos?

A milla y media del centro de la población está Hyogo, en donde, desde lejos, impera solemne el gran Daibutsu, un Budha monumental de bronce, tan monumental que, viéndole de cerca, parece el techo cónico de una casita de hierro en donde habitaran hadas y duendes en lamentable orgía. La inmensa estatua, gloria histórica de la ciudad, ha sido

erigida en 1891. Un viejo japonés se encarga de vigilar la monumental imagen, un viejo japonés que parece, por su caricaturesco rostro, recordar los tiempos de Matusalem.

Este Budha de bronce está en el interior de un barrio por el cual se llega atravesando un callejón obscuro. A ambos lados, tiendas nativas, casas chatas, gente que goza en los misterios de su religión. Una multitud de kimonos obscuros que sin duda viene de ofrecer sus adoraciones al dios indio, invade la calle entre murmullos y se fija un instante en el único *landô* que atraviesa aquel momento las calles de la ciudad. Ya estamos frente á Daibutsu. Sus ojos relampaguean en la serenidad olímpica del rostro. Tiene el busto 48 pies de altura y 85 de base. Es decir, la cintura es monumental. La cara tiene 8 pies y medio; ojos, 3 pies; orejas, 6 pies; nariz, 3 y medio; boca, 2 y medio. El escultor se llama, para gloria del arte, Nanjo Shobei.

Los turistas que llegan son invitados á entrar en el interior de la imagen. Un portero de cabellera blanca, vende postales de Budha. Allá en la concavidad tétrica, á la luz de la penumbra, dos pebeteros arden perpetuamente ante el altar de Amida. Arroz, naranjitas, plátanos y otras frutas representan el homenaje del pueblo á la antigua divinidad. Al rededor de Amida, como bailando al són de

una música invisible, evocados por el misterio de la Fatalidad, están imágenes en delirio, rostros desencajados de dioses, figuras funambulescas de horror y de epilepsias, simbolizando divinidades de odio y de locura... Sin duda alguna, estamos en un museo de prístina arqueología.

Después, la cascada de Nunobiki. Y luego, el templo de Nanko. Y luego, el templo de Nagata. Y otros templos, además. Estos simpáticos súbditos del Mikado son cultivadores amenos de la vida del espíritu, aprendida en las enseñanzas de Confucio, de Shinto y de Sakya Muni. Y por eso, en todos los hogares, en una habitacioncita de adornos sencillos, siempre hay un dios doméstico de adoración, con su *kami-da-na* diminuta, que parece casa de muñeca, levantada en medio del jardin pintoresco. Todas las mañanas la gente de casa se reune al rededor del santuario, invoca á los espíritus y á los dioses, y reza, reza por ellos y por su emperador...

El arte nacional: los pintores de porcelana: los artistas de sedas y de lacas: los orfebres. Esa es el alma artística del Japon. Yendo á la cascada de Nunobiki, al subir por el sendero blanco, frente á la *tea house*, un señor os dice:

—¿Queréis ver mi exposición de arte?

E inmediatamente os lleva á su casita de

papel y os presenta sus porcelanas pintadas, sus mujeres diminutas brillando en las tacitas de te, sus paisajes otoñales en cristales y en lacas. Es el pintor de porcelanas: es el orfebre del Japón. Admira la delicadeza, la paciencia de artífice, al trazar tantas líneas pequeñas, tantas casas minúsculas, tantos cabellos negros que forman arcos infinitesimales y que solo se pueden distinguir con ayuda del microscopio. Y todo tiene un sellllo especial, característico.

No hay duda: hay arte nacional en el Japón.

Entro en un taller de pintura y pregunto:

—¿Teneis un cuadro de Utamaro?

Por aquellos ojos ví encenderse una llama de orgullo y de satisfacción. El pintor es un admirador del gran artista de gueishas. Y sacando del fondo de un cajon antiguo, entre cuadros viejos y queridos, me entregó uno.

—Este es de Utamaro.

En efecto, el nombre del artista está puesto al pie de la estampa. Es una escena á bordo de un barco, una escena de baile en que las adorables gueishas, con sus kimonos flotantes, se retuercen al son de los shamisens invisibles. Los farolillos rojos resplandecen arriba, sobre la cabeza de las mujeres pálidas. Abajo, el mar tranquilo Por el ambiente perfumado

parece oirse un batir de alas de quimera, de ensueños de lotos y de crisantemas...

Osaka—Kyoto.

Los poetas le llaman todavía con el poético nombre de *Naniwa* que quiere decir *ola ligera*, ó bien, *ola en flor*: espuma. El espíritu artista del japonés se manifiesta hasta en la nomenclatura de pueblos. Osaka es famoso, en efecto, por sus canales que le hacen parecer á Holanda, por sus grandes fábricas que le asemejan á Manchester, por sus puentes de piedra, por sus palacios, por sus templos, por su industrialismo.

En todo el Japón no hay más que tres gobiernos prefecturales, y uno de ellos es Osaka. El Fu, Mr. Takasaki, y su bondadose secretario que habla inglés, nos han prestado los mejores servicios. El secretario nos llevó á la gran fábrica de algodón de Nijonboseky y Comp. y á los departamentos del gobierno, sirviéndonos de amable é ilustrado cicerone.

La casa gobierno de la prefectura está adherida á la de la ciudad. El palacio es grande y largo. Se sube y se baja; se vuelve á subir y se vuelve á bajar, pasando por salas y corredores. El buen secretario no se separó de los viajeros filipinos sino ya en el tren, para despedirnos amablemente.

—Este—decía señalando á cada uno—es el departamento de Agricultura; allí están los empleados; allí está el jefe. Este es el departamento de Industria y Comercio. Este es el de Obras Públicas...—Mientras tanto subimos y bajamos, bajamos y subimos.—Este es el departamento de policía subdividido en cuatro secciones: sección de sanidad, sección de orden público, movimiento del personal, y delitos contra el Estado. En momentos de silencio los empleados y funcionarios se levantan de sus asientos y nos hacen saludos reverentes.—Aquí está—continúa el secretario—el departamento de Educación. Aquí otro, de *Miscelaneous*, á donde se dirigen todos los asuntos que no pertenecen propiamente á ningún departamento...

Llegamos despues de atravesar un patio interior, á la *Assambly Hall*. Allí se reunen los delegados de distritos y ciudades de que se compone la prefectura. 46 miembros elegidos por el pueblo en sufragio directo componen la asamblea prefectural adoptándose una cualificación electoral mucho más restringida que en Filipinas, segun nos manifiesta el secretario del gobernador.

La *Assambly Hall* es una inmensa sala, con todas las condiciones acústicas, mucho más apropiada para el caso que nuestro Salón de Mármol. Llama la atención, inmediatamente, el asiento del speaker, colocado muy

alto Un poco más abajo está el sitio del orador, del que dirige la palabra. Los asientos de los asambleistas están colocados en doble hilera, detrás de dos mesas largas en forma de herradura. Sobre ellas, frente á cada delegado, hay unos triángulos pintados de negro con el número correspondiente. Cualquiera diría que son símbolos masónicos. La tribuna está detrás y á derecha é izquierda del speaker. A ambos lados de éste se sientan el secretario de actas y los jefes de departamento, quienes tienen derecho á explicarse en cuestiones que atañen respectivamente á su ramo.

Son las 6 de la tarde, una tarde de frío que llega hasta los huesos. Después de estrechar la mano del buen secretario que nos prestó servicios inmejorables de guía, cogimos el tren para Kyoto.

Kyoto es la ciudad histórica, el Moscow ruso, la antigua capital del Imperio, Aquí está y se siente el antiguo Japón, en su prístino estado de sencillez encantadora, de grandeza abolida, al través de 40 años de progreso y de actividad. Todo, en efecto, es imagen perfecta de la vejez: sus casas, sus gentes, sus palacios ducales derruidos, sus jardines inmensos habitados por pájaros que vuelan sin ruido, sus tiendas melancólicas, sus kimonos obscuros y tradicionales.

Así es que, cuando los viajeros de lejanas tierras quieren ver, enamorados del ensueño, el Japón de las viejas estampas, el Japón de los biombos y de las lacas, el Japón de leyenda antes del Meidji, vienen en peregrinación á esta tierra adorable escalando la colina que se dirige al *Miyako Hotel* para gozar del fresco aroma de la altura.

Religiones y divinidades

En realidad ¿cuál es la religión nacional del Japón? ¿El shintoismo? ¿El budhismo? Si vamos á atenernos á los templos que hemos visitado, parece que hay más de Budha que de Shinto. Históricamente, el shintoismo es la religión nativa, vernacular. Antes del budhismo índico y del confucionismo chino, ya existía el shintoismo practicado con fe, con amor, con idolatría, desde las edades primitivas. Esa es, históricamente, la religión nacional. Además, las crónicas refieren un hecho de verdadera importancia en la historia religiosa del país: aquél en que, después de terminada la guerra ruso-japonesa, el Emperador se fué personalmente al gran Templo de Ise con el fin de agradecer á los dioses la victoria y proclamar ante los espíritus de los ancestrales la feliz terminación de la batalla.

A pesar de todo, en la práctica misma, no hay grandes diferencias entre una y otra religión. Los templos están construidos

casi en un mismo estilo y los dogmas tienen la misma enseñanza nacional de vida hermosa, de creencia sana, de tradicionalismo inquebrantable. El ritual shintoista es, sin embargo, según algunos, mucho más sencillo que el budhista, el cual tiene mucho de las apariencias idolátricas y de las fórmulas suntuarias del tawismo.

El shintoismo, más que religión, tal como nosotros la comprendemos, es una práctica de vida social, un hábito, un conjunto de hábitos transmitidos de padres á hijos en una interminable sucesión. Por eso está arraigado en la familia, como algo fundamental de su constitución, moldeando, por consiguiente, la nacionalidad japonesa en sus principios y en sus dogmas. El tradicionalismo japonés, lo que queda de japonés en el Japón, el alma antigua que tiene su exacta representación en el *samurai*, la raza hidalga y noble, sencilla é idolátrica, viven y palpitan en la práctica del más puro shintoismo. Leed estas palabras de Koyzumi: "El shintoismo significa, en su sentido más elevado, carácter, valor, cortesía, honor y, sobre todo, lealtad; significa piedad filial, amor al deber, voluntad dispuesta siempre al sacrificio de la vida por un principio y sin preguntar la razón. Está en el fondo de la docilidad del niño y de la dulzura de la mujer; es también *conservador* pues constituye un freno saludable á la tendencia del

temperamento nacional, inclinada á abandonar facilmente lo bueno del pasado para precipitarse con entusiasmo en pos de las innovaciones extranjeras... Es, en una palabra, toda la vida sentimental de la raza."

Por eso, el shintoismo predica como uno de los dogmas fundamentales, además de la inmortalidad del alma, además del reconocimiento de los poderes sobrenaturales, el respeto ciego al espíritu de los antepasados, el homenaje de sumisión á la Antigüedad siempre presente en la imaginación y en la memoria. El gran Hirata decía en *The Revival of Pure Shinto:* "Amad á vuestros antepasados porque ese es el resorte de todas las virtudes. El que no olvida sus deberes para con ellos, no puede ser irrespetuoso para con los dioses ni para con los padres. Un hombre así será fiel á su príncipe y á sus amigos y bueno y amable para con sus mujeres y para con sus hijos."

Eso del Japon occidentalizado es un mito, una fábula. No puede existir unión cuando hay odio. Puede ser que este bello país tenga su vida industrial, sus grandes manufacturas, su misma organización administrativa, si se quiere, importadas del Extranjero, pero el alma nacional continúa siendo lo que era antes de los siglos...

A un americano que reside en el Japón

desde hace mucho tiempo, le preguntamos si todavía existe el *harakiri*.

—¡Quién lo duda!—nos contestó.—Yo he estado en el Japón durante la guerra y he visto prácticamente el sentido de virtud y de honor nacional en los japoneses. Morir por el Emperador es la gloria más grande, la ambición más soñada. En cambio, si uno llega á ser capturado por el enemigo, lo consideran como una mancha deshonrosa. Prefieren morir á ser capturados. Y en esa creencia, con noble hidalguía, en un gesto de desesperación, los que tienen manchado el honor se quitan la vida por medio del nacional suicidio.

Un japonés nos hace con ingenua sencillez esta hipótesis terrorífica: Si yo le debo á V. 5 yens y no puedo pagarle en el plazo convenido, la vergüenza y el honor mancillado no me permitirán vivir por más tiempo. Y tengo que morir, es decir, tengo que matarme.

¿Recordais la anécdota del buen Lafcadio Hearn que reproduce Gómez Carrillo en su maravillosa obra? Dos caballeros de la raza de los samurai, al encontrarse en un sitio, no pudieron evitar que la espada del uno chocara con la del otro. Inmediatamente el segundo replicó:

—No puedo permitir que la espada mia sea inferior á la de usted.

El primero pidió perdón diciendo que el incidente era casual, impremeditado. Pero el samurai demostró que tenía razón cortándose el vientre del modo más tranquilo.

Me diréis que esto nada tiene que ver con la religión, y no es verdad. Precisamente la religión es la causa principal de los actos de heroismo, porque la religión no es sólo abstracción teista, contemplación serena de lo Infinito y de la Eternidad, sino algo que se encarna en la vida nacional, que enseña el heroismo además de la virtud, el honor individual además del bien divino, el culto á los patriotas vivos ó muertos además del homenaje de respeto á los antepasados que se esfumaron en el curso de los tiempos...

Cuando estais delante de un templo y veis que, además del primer altar, hay otro inaccesible, colocado en un sitio más alto, pensad que además de Buddha ó de Shinto está allí enterrada el alma de algun samurai. Y al samurai héroe, al grande entre los grandes de su tiempo, se le adora lo mismo que á un dios.

La imaginación popular está llena de leyendas de heroismo, que en nuestro país pasarían por supersticiones, hazañas formidables contra el Diablo, contra el Demonio, contra el Caciquismo, contra la Maldad, realizadas por hombres que vivieron la vida de los demás,

y á esos hombres se les profesa un culto tan grande como el que se profesa á las míticas divinidades del antiguo Japón.

El último de esos héroes, el más reciente en la historia de la adoración popular, es el principe Kitaolis Sakawa que murió en Formosa en 1895, á donde se le envió para encabezar la batalla contra los revoltosos nativos de la Isla. El príncipe realizó actos tan meritorios de valor, que ahora tiene un altar erigido en su memoria y es considerado como la divinidad guardadora de la soberanía en aquella vecina colonia.

Los japoneses respetan su memoria y cuentan sus hazañas, con la misma fe, con la misma unción, con el mismo ciego convencimiento, con que los católicos cuentan las hazañas del Cristianismo.

Pero además del culto á los antepasados, además del culto á los poderes sobrenaturales, además del culto á los héroes que llenaron de gloria la historia de la patria, hay otro que tiene mucho del antiguo paganismo: es el culto á la naturaleza en sus múltiples aspectos.

Así, en los hogares, en los templos públicos ó bien en los mismos jardines soñolientos de la familia, hay los llamados dioses del Viento, del Océano, del Fuego, de la Madera, de los Montes, de los Ríos, de ciertos montes, de

ciertos ríos, del Arbol, de la Abundancia, de la Riqueza, etc. sumando, en total, unas ochocientas miriadas de deidades conocidas en todo el Imperio hasta hoy. Y digo hasta hoy, porque cada día se inventan otras nuevas, segun la fabulosa fantasía popular.

La más considerada entre todas, la más adorada, sin duda, es Amaterasu, deidad radiante del Sol, nacida del ojo izquierdo de Izanagi, el creador del Japón, mientras del ojo derecho de éste nació la diosa Luna y de su nariz el terrible Susano, que fué castigado por las crueldades cometidas contra su hermana. Del Sol descienden los Mikados y, por eso, s'n duda, el nombre del *Sol Naciente* aplicado al Japón.

Pero lo más interesante, lo que atrae, lo que presta encanto de belleza al culto esotérico, es la danza pantomímica de las muchachas en las grandes festividades que se celebran en los templos. Hay lugares destinados para esas danzas, á la derecha del altar general, rodeados del público que acude en adoración intensa...

Las doncellas, al bailar rítmicamente, poseidas de un santo misticismo, presentan á las divinidades los homenajes del pueblo en forma de arroz, frutas, pescados, vegetales de todas clases, como prueba sin duda de la gratitud que sienten por los dones de la Naturaleza.

Las canciones que se cantan en esos momentos, son poesías clásicas, las más antiguas del rito, que no pueden comprenderse por la generalidad de la gente, lo mismo que los dogmas de la religión.

El shintoismo, lo mismo que el budhismo, está dividido en sectas y subsectas que más bien son originadas por las diferentes divinidades que se adoran. Oficialmente, dentro del shintoismo, hay doce sectas principales: la shindo, la jingokyo, la taishakyo, la fuso, la daiseikyo, la jikko, la kurozomi, la shuseiha, la jissukyo, la mitakekyo, la miharaikyo y la shinrikyo.

El budhismo también tiene doce sectas principales y 49 subsectas. Aquellas se llaman: hosso, kegon, tendai, shingon, jodo, zen, shin, nichiren, ji y otras más.

Como se ve, son innumerables como los dioses que se adoran. Cada una tiene prosélitos; cada dios, cada divinidad, tiene sus creyentes. El cristianismo, además de los dos anteriores, el shintoismo y el budhismo, se ha propagado bastante después de las terribles persecuciones que sucedieron á la época de su implantación. Actualmente, según los últimos datos estadísticos, hay en el Japon 1.545 iglesias protestantes, 675 romanistas y 290 de la ortodoxia rusa.

Sin embargo, ha pasado la era de las re-

vueltas religiosas. Hoy reina en las conciencias la tolerancia más absoluta. Más aun: la amistad y la harmonía entre los diferentes credos y sectas han originado una acción común, beneficiosa para el pueblo, de saludable enseñanza para los filipinos. Al declararse la última guerra, las sectas religiosas consideraron llegado el momento de trabajar por la unión y por la prosperidad general. Convocaron á una conferencia en la cual estuvieron representadas todas las fracciones religiosas, y esa asamblea magna adoptó una resolución para justificar y defender la gran causa que llevó al Japón á la lucha. El espectáculo era imponente. De la asamblea nació luego una sociedad llamada «Dai Nippon Shukyoka Kyokai» (Asociación de religionistas japoneses) que es la primera llamada á emprender la más grande obra de los siglos: la de aunar las conciencias divididas por creencias diferentes en el seno de una Madre Común.

¿Y los dioses populares? ¿Y las divinidades que la fantasía crea, adora, multiplica, enaltece? Imposible enumerarlas todas. He dicho que llegan á 800: ochocientas miriadas de divinidades, cada una con su nombre y sus atributos. No sé si hay algún libro que hable de todas ellas con las cualidades que la imaginación popular atribuye á cada una. La

religión en el Japón sería, por sí sola, un tratado que requeriría volúmenes extensos.

Amaterasu, la principal, la diosa del Sol; *Amida*, deidad poderosa que vive en un paraiso de amor; *Binzuro*, á quien Budha ha conferido el poder de curar las humanas enfermedades, castigado después por haber violado su voto de castidad; *Jizo*, el dios protector de los niños que se mueren librándolos de los infernales demonios; *Inari*, el dios-zorro, el «Espíritu Augusto de la Alimentación»; *Emma-O*, dios de los Infiernos, juez de las Almas, Rey de la muerte; la vieja *Sodzu-Baba*, la que se apodera de los vestidos de los muertos, á la orilla del rio de los Tres Caminos, en el país de los Espectros; *Fudo*, dios de la Sabiduría, rodeado de llamas que representan su poder: sus ojos tremendos y su rostro iracundo indican más bien furia tempestuosa; *Izanagi*, é *Izanani*, los creadores del Japón; *Kishi Bojni*, diosa multípara que ha dado á luz cientos de niños: es, por consiguiente, la diosa de la Fecundidad; *Kwannon*, la misericordiosa y buena, dispensadora de mercedes, por eso la representan como la diosa de las mil manos que fulguran como caricias; el ya conocido *Shakya Muni*, fundador del budhismo índico: en su juventud se llamó Shitta Taishi; los siete dioses de la Suerte: *Ebisu*, *Daikoko*, *Benten*, *Tukurokujo*, *Bishamon*, *Jurojin*, *Hotei*, *Tengu*, morador de las montañas; la bella

Tennin flotante en el aire como un ave que vuela hacia el Infinito; *Susano*, el impetuoso, el terrible, el verdugo de su propia hermana, la diosa Amaterasu: algunos creen que Susano es el dios de la Luna, otros dicen que es el dios del Mar, pero siempre representa la crueldad; *Shi Tenno*, ó sean los cuatro enemigos del Demonio: uno vive en el Sur y se llama *Komuko*, otro vive en el Este y se llama *Jikoku*, *Bishamon* reside en el Norte y *Zocho* en el Oeste; el celeste *Marishi Ten*, personificación radiante de la luz; *Maya Bunin*, la madre de Shakya Muni; *Miroku*, el mesías búdhico, el que reinará en el Mundo 5.000 años después que el dios haya entrado en el Nirvana... Muchísimos más que se adoran. La lista es interminable; el culto es imperecedero: es el culto eterno y esplendoroso á la Naturaleza y á la Abstracción, á la Muerte y á la Vida, á la Gloria y al Arte.

EN LA TIERRA DEL ZAR

Dedicado á los que trabajan por la libertad de Filipinas. Para que sepan que en un gobierno de despotismo y corrupción, las palabras de combate, de censura y de odio, son palabras de verdad y de justicia.

¡Siberia!...

Estamos en Vladivostok. Ya sus palacios grandes se ven desde lejos, sembrados en la falda de unas colinas que parecen las de Hongkong. Es Hongkong, á primera vista, un Hongkong de niebla y de bruma, un Hongkong pequeño, en donde, en vez de coolies amarillos, pululan, manchando el lodo de las calles, hombres de luengas barbas. Pero á medida que el barco se acerca, á medida que los objetos se destacan, se precisan, la población cambia de aspecto: no es Hongkong, no es Shanghai, no es ni siquiera Manila: es una verdadera ciudadela rusa en donde, como siempre, los serios militares pasean sus gallardías para temor de la gente.

Ya estamos en tierra. Subimos á la oficina del cónsul, un viejo charlatán muy flaco, y adquirimos los primeros informes directos de la tierra moscovita.

Mientras tanto, por las calles llenas de lodo, anchas como bulevares, onduladas como un mar agitado, los viejos carruajes tirados

por mulos rusos que se encabritan, producen una sensación de tristeza indecible. El aspecto de los aurigas velludos que contrasta con los ricos oficiales de uniforme, es un poco caricaturesco dentro de una seriedad tolstoiana. Es una mezcla de risible y de abominable, de lodo blanco de las barbas y de rojo desteñido de los rostros, de bulto grosero como un tronco y de severidad gesticulante como un sacerdote ortodoxo de casaca. Nadie habla, nadie mira, nadie sonrie: todos andan á prisa, bajo un sol que apenas alumbra, cubiertos con los pardesús grises que abundan en esta tierra.

Pero ya los primeros relatos que oímos de bocas autorizadas, nos producen estupor. Estamos en tierra terrorífica. El que habla, habla en silencio, misteriosamente, por temor de que le descubran.

Oíd.

—¿Me preguntais qué es Rusia, qué es Vladivostock? No soy político: no me he metido, no quiero meterme en política. Estoy mejor aquí, olvidado y espectador, sin que nadie turbe los días tranquilos de mi oficina. Soy ruso de origen, pero, como todos los que aman la libertad, me he desnacionalizado aquí. Ahí tiene V. á muchos que han emigrado á Londres, á la lejana América, para no asistir á los días turbulentos de su propia

patria. Quiero deciros que estamos en continuo peligro. Hay continuos alzamientos, hay continuas rebeliones en Vladivostock. Eso es todo. ¿Véis á esos pobres marinos, á esos pobres soldados que se pasean por las calles? Allí hierve una revolución. El gobierno del zar no puede durar: bambolea, cruge. Hace poco ya hubo hasta tiros. Los marinos se rebelaron contra los oficiales que los robaban. Porque los oficiales se aprovechan de sus cargos para quedarse con la paga de los soldados. Son ladrones y son déspotas. Pero los marinos que viajan á lejanos paises y llegan á ver que las cosas son distintas en otros puertos, y que los marinos de allá están mejor tratados, al volver á la tierra natal, levantan bandera de rebelión y asesinan á sus oficiales. Recordaréis la odisea del «Potemkin.» ¿Qué pasa luego? Muchos son desterrados á Siberia, algunos son enviados á las fortalezas de Petersburgo, los demás, los demás... son fusilados, como bestias... Y el zar lo ignora todo, todo...

Se calló el informante temblándole la cabeza. Sus canas parecen crisparse y sus labios nerviosos indican la exaltación del ánimo...

Mientras tanto, fuera, en las calles anchas, la multitud pasa, silenciosa. El lodo que llega á las rodillas de los mulos y los palacios mudos de terror y de angustia, parecen espectros que dan miedo. Estamos en el

comienzo, y ya los relatos son terroríficos. ¿Cómo seria el corazón del viejo Imperio?

Cogimos el transiberiano que sale á la tarde, sirviéndonos de intérprete el buen Fonseca, secretario del cónsul americano. Después de batallar con los empleados é inspectores por la introducción de los equipajes en los coches, nos acomodamos en nuestros departamentos. Buen viento que sopla de las montañas sombrías. El paisaje de abajo, de la tierra pobre, es un paisaje de paz humillante. Por todas partes el orgullo militar siembra distinciones y gérmenes de odio. Aquí, allá, en los campos, en los trabajos ferrocarrilèros... Los chinos mandchús ó los que vienen de las mismas entrañas del Imperio, son figuras de miseria al lado de los pardesús grises; trabajan, sudando, bajo la vigilancia de un inspector de barbas largas que debe saber castigar.

Ya el tren está en marcha. El soberbio Vladivostock de edificios grandes de piedra, apenas se ve al través de los collados y de los árboles. A lo mejor, sobre la inmensa llanura, se divisan un grupo de cosacos en ejercicio, escuadrones de caballería rusa galopando hacia los bosques, ó los mismos coolies, los mismos pobres coolies sometidos á la tiranía militar.

País del miedo: país de los pronunciamien-

tos: país de la barbarie. Mastuchenko resucita, sin embargo. Ya se oyen, desde lejos, sus gritos de libertad...

La vida, en el tren, corre lisonjera, sin turbación, sin deleite intenso, tampoco sin pesar. Lo que duele es la carestía de todo; como el agua es malísima, la cerveza cuesta un rublo; un desayuno regular, rublo y medio. Los *garçons* no sirven sino con buena propina repetida cada dos días. Un compañero de viaje inglés mandó abrir una botella de vino comprada en cierta estación. Esta operación le costó 50 kopeks que tuvo que dar al jefe.

En la hora de los pagos, por cada comida, surgen protestas acaloradas entre pasajeros y cobradores, que terminan siempre con una queja.

Pasan estaciones, aldeas pobres, ciudadelas fortificadas, colinas y llanuras que se pierden de vista. Hemos atravesado parte de la Mandchuria y hemos contemplado de cerca, mientras el tren hace sus paradas momentáneas, lo que son estas monótonas poblaciones organizadas adrede por el militarismo ruso para establecer una línea de fuerza á lo largo de la Mandchuria y de la Siberia.

Estos campos inmensos son océanos de tierra infinitos que reclaman los brazos de

millones de seres. Por la noche, cuando la luna ilumina pálidamente, por la mañana y por la tarde, cuando el sol apenas alumbra, ejercen sobre todos los viajeros que los contemplan extasiados desde las ventanillas del tren, la eterna obsesión de la Naturaleza bravía. Aquí sí que la tierra es todopoderosa; aquí sí que la mano del hombre está vencida por la virgen lozanía de las llanuras.

¿Dónde sacará Rusia tantos pobladores para esta blanca Siberia?

Las crónicas espeluznantes dicen, sin embargo, que Siberia solo está destinada para el martirio y para el destierro. Aquí purgan sus culpas inaginarias los intelectuales, los revolucionarios, los socialistas, los que, en un momento de santa rebeldía, se atreven á levantar sus cabezas contra el orgullo despótico del zar y de los grandes duques. Aquí le han desterrado al bravo Korolenko, al gran Muromtsef, á los pobres estudiantes revolucionarios, á los miembros de las primeras Dumas rebeldes. Aquí irán á parar las mejores inteligencias del Imperio.

Para los que piensan en la libertad, para los que persiguen el bien, para los que reclutan gente de acción y de demolición, Siberia ejerce la terrible obsesión de la desgracia y del hambre y de la muerte.

¡Oh, la Siberia helada, la Siberia blanca, grandiosa, terrorífica!

«Es el infierno de los que piensan—dice Gómez Carrillo.—Cuando un poeta tiene un sueño de libertad, de dicha nacional, de ventura piadosa, ve á lo lejos, en una bruma helada, á una mujer que poniéndose el índice sobre los labios, le obliga á callar. Es la imagen de Siberia. Y cuando en los tímidos arrebatos del alma altruista, un escritor siente que acuden á su pluma palabras de justicia, de verdad, de reparación, una mano invisible detiene su brazo: la mano de Siberia.»

Y esa Siberia está aquí. La veo todos los días. Siento su ambiente acongojado, su brisa gemidora, la obsesión de su suelo virgen y sangriento ..

Emociones en el Transiberiano

En este viaje á través de los campos de Mandchuria y de Siberia hay emociones imperecederas que nunca se olvidan, que nunca desaparecen. La primera sensación es la del paisaje variado, muy encantador, muy ameno, bajo estas tardes que traen, en sus alas invisibles, los primeros fríos de esta tierra eternamente helada.

Esta gente que puebla los territorios á lo largo de la vía férrea es, sin duda alguna, la porción de la Humanidad que más siente sobre sus almas el soplo gigante de la Inmensidad. Están solos en medio de estas llanuras infinitas, mirando arriba el Cielo que es muy alto, teniendo abajo la Tierra, Madre fecunda, que es muy extensa. En sus ratos de religiosismo, súbditos del Imperio más fanático de la tierra, deben de elevar eternamente desde el fondo de sus corazones

los himnos más jubilosos que labios humanos han pronunciado en homenaje á su Dios.

Cuando, después de atravesar tierra y más tierra, como los marinos atraviesan los Océanos, veo un bulto humano, un puntito negro en la esfumosa lejanía, una caravana que pasa al través de los desiertos, algo que alienta y que vive en medio de la general desolación, parece que el corazón se maravilla de gozo y siente deseos de glorificar á estos moradores únicos de la Inmensidad.

Sin duda alguna, para defenderse contra el Invierno que debe de ser crudo, como en ninguna otra parte, las viviendas de los campesinos, hechas de madera tosca ó de piedra informe, están hundidas en el suelo como cuevas. A primera vista son guaridas de ladrones ó de bestias: no son viviendas humanas. Los campesinos de que nos habla Ullar, en efecto, son los tristes, los miserables, los harapientos mujiks que las estampas nos pintan con barbas tolstoianas, pero con estómago vacío. En sus cabañas se confunden con los cabritos y con los carneros, sus amigos. Viven del frío y del viento que deben de azotarles terriblemente cuando llega el Invierno, para desolación general.

En las pequeñas poblaciones los rusos están confundidos con los nativos, entre los cuales, según las estadísticas, hay mongoles, mand-

chús, koreanos, buriatos, yakauts, tunguses y otros. Los mongoles son los supervivientes de esta gran raza que un tiempo predominaba en las posesiones rusas del Asia, y los yakauts son tribus dispersas en el Norte que luego, bajo el amparo del gobierno ruso, quisieron establecerse en las tierras de Mandchuria y de Siberia.

El gobierno ruso continúa facilitando las emigraciones á estos lugares para poblar sus inmensos territorios, y el ferrocarril es el primer medio propulsor por el cual los hambrientos de la Rusia europea, los esclavos del zar y del despotismo, pueden llegar á lejanas aldeas huyendo del látigo que tunde y ensangrienta sus carnes. Estos vagones inmensos de trenes que encontramos todos los días, traen aquí toda el hampa social del Imperio, resíduo morboso de la corrupción y de la barbarie.

Y así están aquí mendigos, haraposos, holgazanes, hambrientos contrastando con las familias de distinción que son las que dan vida á estas poblaciones solitarias.

Pero una noche, cuando ya estábamos para descansar, recibo una revelación angustiosa. El tren corre despacio como si temiera producir ruido.

—Aquí—me dicen—frente á nosotros, está el lugar más lóbrego de Siberia. Este es el

destierro... Esas fortalezas son prisiones; esas son casas de políticos desterrados; esos campos trabajados han recibido el sudor de las víctimas del gobierno.

¡Los desterrados!

Yo me acordé inmediatamente de tantos nombres que había leido, de tantos desafortunados que por ansiar libertades para su patria fueron enviados á los hielos de Siberia, en recompensa.

El tren respondió á nuestras reflexiones con un largo crugido. La luna brillaba arriba melancólicamente y á lo largo de las estepas sombrías corría un rumor de viento que parecía gemido largo y sepulcral.

El grito de la desgracia...

Todos los viajeros, al partir de sus tierras natales, tienen siempre en la mente, á medida que se alejan, una obsesión sempiterna: las aduanas.

Antes de franquear las fronteras de una nación, la preocupación de la mayor ó menor arbitrariedad de los agentes surge, terrorífica. Ellos, al coger por su cuenta nuestras maletas de viaje, nos dejan, por algunos momentos, en una situación angustiosa. Ya, antes de la Mandchuria, hablaban de la aduana china con sus agentes rusos terribles. E inmediatamente, maquinalmente, palpamos nuestras maletas y nos ponemos á ver si hay algún contrabando.

Y todos los viajeros sienten las mismas vagas angustias, los mismos temores ocultos.

Tú, viajero que lees estos renglones, ¿no es verdad que has padecido las mismas torturas imaginarias? ¿No es verdad que has repetido mil veces: *¡Si no me dejaran pasar! ¡Si estos pañuelitos de Kobe fueran de contrabando!* y otras cosas por el estilo?

Y cavilando y temiendo, y temiendo y pensando, llega la estación, los agentes suben á los coches, y todos los equipajes pasan.

El susto pasa también.

¡La nieve! ¡La nieve que corona las montañas! ¡El lago Baikal! ¡Los túneles á cada rato!. Todo sacude al peregrino de su habitual modorra. Primeramente, en un charco breve, al correr rápido del tren, vimos la primera nieve blanca que nos hizo pensar en la crudeza del pasado invierno. Después, á lo lejos, sobre las inmensas montañas que rodean el *Mar Santo*, la nota eterna, la sensación adorable y perdurable, son esas tiras de nieve que, en conjunto, sembradas sobre las verduras, parecen unas enormes rosas blancas de un jardín gigantesco.

A la orilla del gran lago Baikal, todavía, como espumas solidificadas un momento, quedan los mismos rastros invernales, hielos blancos que flotan acariciados por la brisa y por el mar. Dicen que en Invierno, cuando la

desolación de la Naturaleza lo envuelve todo en un blanco sudario, todo el lago de 34 mil kilómetros cuadrados, se convierte en una infinita masa de albura inmaculada, por la cual se viajaba en trineos, antes de la construcción del Transiberiano. En medio del lago se habían instalado una sala y un buffet en donde se detenían los viajeros á descansar un momento y á comer. Luego continuaban la expedición hacia el Este ó hacia el Oeste en los primeros trenes que construyó el Imperio.

Y ¡qué lago tan inmenso! Cuando nos despertamos, ya, como una enorme sábana blanca, lo vimos á nuestro lado, con su encanto irresistible. El tren fué bordeando, bordeando, pasando por una infinidad de túneles y por una infinidad de montañas. Por la tarde todavía la visión del Baikal no había desaparecido. Parece el desierto de Gobi en tierra mandchuriana.

Dicen que entre los islotes bañados por las aguas de este lago, hay uno que se llama Olkan á donde iban los sacerdotes lamas y los buriatos shamanitas á ofrecer sacrificios al dios Begdoozi...

Es que el Baikal con sus montañas altas y con sus nieves perdurables, se presta á una de esas leyendas azules que encantan las idolátricas imaginaciones de sus pobladores amarillos.

La Mandchuria sangrienta

Sí: ¡sangrienta! Estos collados y estas llanuras, y estos desiertos y estas poblaciones se han teñido un tiempo de sangre. Verdad que eso sería evocar una historia de crueldades, pero es una historia interesante. No recuerdo cuándo, no recuerdo tampoco dónde, pero he leido unas páginas muy tristes sobre esta Mandchuria, he llorado pensando en ella, y ahora que la veo, que la admiro, que contemplo á los nativos en unión fraternal con los rusos, toda la impresión pasada resurge, tiránica.

Ahora me acuerdo. Es Kiplinch el que nos trae, en su viaje al Extremo Oriente, en un libro de impresiones y de dolor, lo que fué de esta Mandchuria cuando la conquista rusa. En unas líneas breves todo el dolor de la dominación quedó grabado en sangre. Estas aldeas, estas pobres aldeas en que los mandchús cultivan su trigo, bajo el frío del invierno, fueron un tiempo teatro

de guerras y de matanzas, de muerte y de despotismo.

La Mandchuria tiene una superficie total de 900.000 kilómetros cuadrados, más de cinco veces la Inglaterra y dos veces igual á la superficie del Japón. En ella están comprendidas tres provincias chinas que, de hecho, también están ocupadas por los rusos. Sus pobladores se componen de elementos diferentes. Primeramente, los rusos, los rusos emigrantes que el gobierno ha enviado para ser los guardianes de la línea férrea, al través de la Mandchuria. Por eso, no pasa un día, á veces algunas horas, sin que el ferrocarril atraviese una de esas poblaciones típicas con sus construcciones pesadas, antiguas, de madera tosca, cuyas chimeneas se levantan de los techos como postes enormes que despiden humo. Después, están los koreanos que pasan las fronteras de su tierra á establecerse en los pueblos limítrofes. Los malintencionados atribuyen la poca emigración koreana, en los últimos años, á la deprimente dominación japonesa. También hay japoneses, representando un número considerable, que vienen como traficantes errabundos ó como comerciantes establecidos á perpetuidad. Y, por último, el grupo importante de *coolies*, de los trabajadores *coolies* que cultivan pacienzudamente los campos, por antiguos procedimientos de cultivo, ó bien se emplean en

los trabajos del ferrocarril que parecen interminables, pues siempre se crean nuevas líneas.

¿Cómo se ha verificado en este territorio la ocupación rusa? Del modo más sangriento. La historia no nos habla de estas bárbaras matanzas porque dicen que apenas se sabe algo de la verdad de los sucesos. Sin embargo, oíd cómo nos los relata el autor del *Viaje al Extremo Oriente*, á quien no se puede tachar de parcialidad contra los rusos. En Mayo de 1900, ya empezaron las revueltas que dieron lugar á la ocupación militar. En Julio del mismo año, el zar nombró al general Grodekov, comandante en jefe, para apaciguar la rebelión que empezaba á armarse. La guerra se inició, terrible y destructora. Siete días después, los chinos eran vencidos en Blagoveschensk. Cinco divisiones del ejército usurpador entraron en Mandchuria, por diferentes lados, y se dirigieron á Kharbin. El general Sakharof siguió el curso del rio Sungari. El general Linevitch, saliendo de Port Arthur, se apoderó de Niou-Chuang, luego de Mukden y entró tambien en Karbin. El general Kennenkampf se apoderó de Aigun por asalto, después de la batalla que duró cerca de nueve horas, á continuación de la cual la tropa siberiana, ébria de sangre y de destrucción, asesinó á los habitantes pacíficos, incendió la ciudad y

se dirigió á Tsisikar. El general Chichagov que mandaba la división del Este, desembar cando en la bahía de Possiet, marchó hacia Ningut no encontrando allí sino una oposición insignificante. El general Orloff partió del Oeste y después de haber derrotado un Ejército chino de unos cuatro mil hombres, se dirigió á Khailar que tomó el 30 de Julio dsspués de una terrible batalla. En los montes de Kilgan encontró gran resistencia y continuó en seguida su camino, haciendo marchar á sus soldados durante once días, á razon de 32 kilómetros por día, hasta que se unió al general Kennenkampf.

Hasta aquí no hay nada. Pero donde aparecen las matanzas horribles es en los siguientes párrafos:

«Cuando los militares tomaban una ciudad y hacían prisioneros á pacíficos habitantes, sorteaban á estos y al 10 por ciento se les condenaba á muerte.

«Mrs. Archibald Little eseribió entonces en el *Times* de London lo siguiente: «Cuando Gribsky telegrafió desde Blagoveshchensk para preguntar lo que debía hacer, el gobernador de Khabaronka le dió, por telégrafo, esta contestación: *En tiempos de guerra, quemad y destruid.* Sencillamente, se cogió á todos los chinos y se les apiló en buques que no

podían llevarles Cuando las madres arrojaban á sus hijos á la orilla suplicando que, cuando menos, se perdonase á aquellos inocentes, los cosacos herían á los niños con las puntas de sus bayonetas y los hacían pedazos... A petición del gobernador se fotografió á Aigun tal como los cosacos lo habían dejado completamente destruido. Unicamente las chimeneas grandes y sólidas permanecían en pie. En una población de muchos miles de habitantes, no quedó ni uno solo. En seguida, y por contraste, se exhibían fotografías de la ciudad china de Saghaline, tal como estaba antes de la matanza: se veía la casa más hermosa de la población, propiedad del comerciante más rico, muerto después, los techos ondulados, el hermoso templo, etc., etc. Se tomaron vistas, asimismo, de los oficios religiosos en acción de gracias después de la matanza, no porque hubo matanza, sino porque la ciudad había dejado de ser Saghaline para convertirse en un nuevo puesto avanzado ruso...

«Las gentes aun os dirán hoy cómo el río estuvo obstruido por los cadáveres de los chinos, habitantes inofensivos y pacíficos, que fueron lanzados al río sin que apenas gritasen. También hay otra fotografía de las ruinas de lo que fué Saghaline. En el primer término se ve un grupo de señoras, que, desde Blagoveschensk, gozan del espectáculo.

Detrás de ellas se distinguen las ruinas aún humeantes de la ciudad...»

¿No es verdad que el relato es terrorífico? Sin embargo, repito que no se conoce la completa historia de la guerra bárbara de ocupación. Sólo se saben algunos datos, muy ligeros datos. El gobierno ruso es un gobierno de complicidades y de misterios. La verdad nunca aparece. ¡Oh, si se descubriera todo, la narración sería, por lo menos, tan espeluznante como las que, en la historia contemporánea, nos hablan de las persecuciones judías!...

En una de las vistas que se exhiben de las ciudades destruídas por la barbarie cosaca, se ve lo siguiente: En el centro de los oficios religiosos una inmensa Cruz, justificadora de la matanza, vengadora de inocentes, y un altar rodeado por popes. E general Gribsky está á la cabeza de su Estado Mayor, frente á frente de los altos dignatarios. Todos están en actitud de dar gracias al Todopoderoso porque les ha permitido destruír una ciudad de 5 á 6 mil habitantes y porque nadie, entre los asistentes, puede ser reprochado de haber levantado un dedo contra los rusos.

Y luego dice Kiplinch:

«El mayor general Orloff que mandaba las fuerzas expedicionarias del Este en la Mand

churia, fué reprendido porque en todos los telegramas que enviaba al cuartel general, agregaba lo siguiente: «*Suplico que se me permita perdonar á los habitantes pacíficos.*»

Y más adelante:

«Se ha tratado de echar la responsabilidad de los excesos cometidos en China sobre los regimientos cosacos. Todos aquellos con quienes he hablado me han dicho: Los cosacos no son amigos de matar, pero si ven muerto á uno de sus compañeros, se vuelven feroces, y aun lo son más cuando reciben orden de sus oficiales de no perdonar á nadie.»

Y después:

«Nada ha contenido á los rusos en la prosecución de esa política de terrorismo contra los chinos. La superficie del país lleva impreso el rastro de terribles huellas...»

Nada más. Lo transcrito es suficiente para dar una idea de la ocupación rusa en Mandchuria. Por todas partes el rastro de sangre despierta sentimientos dormidos de rebelión y de protesta. Sin embargo, allí están los mansos nativos junto á los dominadores moscovitas. Siempre esclavos y obedientes los unos, siempre tiranos y déspotas los otros, cubriendo con una aparente amistad las tristezas de un pasado sombrío.

¿Hay razas destinadas á morir?

Las noches blancas

Una cosa hay en esta fría Siberia, donde los árboles tienen tonos melancólicos de penumbra que todos los días, todos los días, después del crepúsculo vesperal, esperan con ansia los peregrinos. Son las noches blancas.

Aquí no son las noches, como las de Filipinas, llenas de misteriosa obscuridad. Todo lo contrario. Las noches iluminan, como los días, con su blanca luz de crepúsculo diamantino, los verdes collados, las negras montañas, las llanuras inmensas y onduladas...

Es que el sol, al caer en el Oriente, se levanta en seguida como impulsado por un bravo y germinador deseo. Y así, en medio de esta eterna claridad que empieza y nunca acaba, la luz que brilla llama al brazo trabajador que no responde, que no responde jamás, porque no hay más que tierra omnipotente y virgen, fecunda de savia y de energía.

Cuando no hay más que luz, blancura

láctea, como ésta que envuelve, en las horas nocturnas, paisajes y objetos, entonces es cuando lo negro se ansía y el alma lo evoca misteriosamente en sus profundas nostalgias.

Negro abismo, negra noche, negras sombras ¿dónde estais? ¿No venis á Siberia jamás?

Pero el gobierno ha comprendido la necesidad de pobladores para Siberia. Ved estos trenes descendentes del Imperio que arrojan en cada población, en cada villorrio ignorado, millares y millares de emigrantes haraposos y sucios—mujeres, niños, viejos macilentos y barbudos, mozos enclenques y lívidos—que luego formarán en estos vastos territorios, la misma masa fanática é ignorante que fabrica sus cuevas para invernales moradas.

¡Allí están!... En grupos compactos, como cuadros de visiones atormentadas, están tendidos á lo largo de las calles, amontonados en las aceras de las estaciones ferroviarias, cubiertos los cuerpos ateridos de frío con obscuros gabanes de pieles que su miseria arrebatara de la ajena prosperidad. Los niños acurrucados en el seno de sus madres representan la pobreza doliente que va á extremos lugares en busca de fortuna.

Y no saben si hallarán á la Fortuna casquivana...

Lo que hay es que Siberia está helada y es inmensa. Lo que hay es que Siberia,

además de lugar de destierro, es refugio de los vagabundos, de los infortunados, de los que en la lucha por el pan son siempre derrotados en el corazón del imperio.

Ayer, en uno de esos villorrios obscuros en donde los trenes hacen paradas momentáneas, mi compañero Quezon se acercó á un grupo de emigrantes que acababan de llegar al pueblo, queriendo contemplar de cerca á aquellas pobres víctimas del hambre. Indudablemente, serían miembros de una familia. El compañero llamó á un mugriento niño de 5 años, enclenque y tímido, figura del hambre y del esclavo, con un abriguito que era un trapo, y le dió una monedita rusa La madre que lo vió, no pudiendo ocultar su satisfacción y su gratitud, ordenó al hijo, en lengua moscovita, que besara la mano del buen extranjero.

Y el niño, educado en la sumisión de todo un pueblo, se acercó con mucho miedo al dadivoso compañero y le besó la mano generosa.

Este cuadro simbólico representa la educación social de una raza.

Ya los árboles de Siberia se tiñen del color del crepúsculo. Ya las estepas doradas se cubren de melancolía eterna. Es la noche que llega.

No hay mayor placer, no hay encanto com-

parable al de estas noches sin obscuridad, que no son noches sino crepúsculos perpetuos, en que la última luz del sol que cae, no se extingue nunca sino hasta la mañana que pronto llega.

Aquí, propiamente, el sol no se pone nunca. Desaparece de la vista á las 9 ó á las 10 de la noche, pero vuelve á brillar á las 2 ó á las 3 de la madrugada. Y al decir *desaparece*, no creais que realmente desaparece. Sus rayos alumbran, alumbran siempre. Por eso el espacio y la tierra, en esos momentos solemnes, parece que se unen en un beso de claridad y de amor. Por eso no hay noches negras, *no hay noches sin sol.* Todas las noches son días, con ese claror difuminado de las seis de la tarde en Filipinas, que es una semi-penumbra, que es una semi-claridad.

Los de aquí las llaman *noches blancas.*

Yo las llamaría *días sin sol.*

Campos y campesinos

¡Y bien! Ya estamos en Europa: hemos atravesado los montes Urales y salvado sus alturas y precipicios. El tren, como un gigante caracol, se arrastra pesadamente bordeando las faldas de las montañas hasta dejarlas por completo.

Ya no son estos campos los campos de Siberia y de Mandchuria, incultos en su mayor parte. Aquí se ve la mano del hombre que pule y transforma, la mano del campesino ruso, la mano del agricultor pacienzudo que ha levantado estas modestas viviendas al lado de las llanuras sembradas de trigo, de avena y de patatas.

¡Ah, estos villorrios de nipa! Estos villorrios de nipa parecen, en su rústica sencillez, los barrios filipinos, con sus casuchas chatas, con su grupo de gentes sembrando palay, al primer caer de la lluvia. Los mismos collados agradables: los mismos bosques sombríos: las mismas reverberaciones de sol y de verdura.

Y si nos fijamos, además, en las iglesias de las aldeas, con sus torres blancas que parecen fantasmas de piedra, dominando las casuchas pobres y los edificios fuertes, ya no es la visión de los barrios, sino la de los mismos pueblos filipinos, un poco apagados, un poco tristes, un poco teñidos del color de la bruma.

A lo mejor, un rebaño de corderos blancos, bajo el cayado de un pastor, como en las églogas virgilianas, se divisa en la lejanía. Y luego, los molinos de viento, con sus aspas tremendas, semejan figuras imaginarias de creación quijotesca. El terreno es, en su mayor parte, llano, en donde se ven trabajar, por las ventanas del *express*, grupos de campesinos encorvados sobre la tierra. Estos pobres campesinos de Tolstoi continúan viviendo, en el Imperio moscovita, sometidos al régimen de la antigüedad.

Y viéndoles así, mugrientos, pobres, ignorantes, sin alegría ni satisfacción, estos tostados mujiks son más dignos de compasión que de libertad.

Ya ha pasado, sin embargo, para ellos la época más dolorosa de su vida. En 1861 Alejandro II los redimió de la esclavitud de los nobles. Y estos mujiks recuerdan todavía aquella época con lágrimas de emoción en los ojos. Antes de esa fecha, ¡qué tristes! ¡qué esclavos! Después de esa fecha, ¡qué tristes otra vez!

La situación es la misma: no cambian más que los formas. En los primeros tiempos los señores eran unos grandes propietarios y unos grandes nobles que disponían de ellos como si fueran instrumentos de trabajo. Leed las estadísticas. Solamente el conde Scheremetief poseía 150,000 siervos; el conde Razumowsky, 120.000; los hermanos Stroganof 60.000; los condes Orlof, 25.000; Potemkin, 51.000; y así los demás. Y esos miles y miles que forman, en conjunto, millones incalculables constituían la gran masa, el inmenso rebaño sometido al capricho y á la voluntad de unos pocos que se creían con derecho á disponer de sus vidas y de los atributos de sus vidas. Hoy el problema sigue siendo, como antes, sombrío. Si antes eran esclavos: hoy, los que no lo son, se mueren de hambre en las cabañas, bajo la negra obscuridad. El señor actual es la Corona que tiene terrenos inmensos y que los cede á los antiguos siervos á precio subido. Por eso, en el grito de rebelión, la injuria y la maledicencia se dirigen no solamente contra los nobles sino, sobre todo, contra la pobre Corona bamboleante.

Cuando los mujiks recobraron la libertad, la tierra á ellos concedida, se dividió en dos clases de propiedad: la propiedad privada y la propiedad comunal. Esta última se llama tambien *obchina* y es característica del

pueblo ruso. Aunque el asunto es de interés innegable desde el punto de vista agrario, la naturaleza de este pequeño libro de impresiones, más bien que de estudio, no nos permite ahondar en estas cuestiones sobre los sistemas rusos de propiedad. Solamente que estos mujiks, aún con la emancipación de Alejandro II, permanecen rudos, ignorantes, refractarios al progreso. Utilizan hasta hoy los antiguos procedimientos de cultivo, como el arado de madera, ni más ni menos que muchos filipinos, no piensan en mejorar las condiciones existentes y por eso, hasta hoy, estos antiguos siervos que labran la tierra con paciencia heróica, son, al fin, á pesar de todo, unos miserables hambrientos de pan...

Los territorios adquiridos producen la misma cantidad todos los años con el trabajo que se realiza. Y mientras los terrenos no progresan ni aumentan de extensión, el número, en cambio, de campesinos va aumentando cada día en número formidable. En estos últimos 50 años, segun cálculos aproximados, esa cifra ha engrosado hasta el doble. Ya las estadísticas dicen lo siguiente: que el término medio de tierra correspondiente á cada campesino es, en cantidad proporcional, de dos desiatinas. Y con dos desiatinas no se puede, de ninguna manera, mantener á una mujer y á unos hijos sumidos en la más deplorable miseria.

Por eso, de todas partes, lúgubremente, implacablemente, surgen gritos desaforados, pidiendo *Tierra*. Y la Corona que la posee, permanece muda. En la Rusia asiática las llanuras inmensas que pertenecen al zar y á los nobles son un reto escandaloso á la miseria campesina. Por eso estos mujiks las contemplan llenos de codicia y al mismo tiempo, quizás y sin quizás, llenos de fe ardiente en un porvenir mejor y sangriento.

El problema capital para Rusia es el agrario. El movimiento socialista, para muchos, no tiene más que hojarasca. No hay más que un 3 por ciento de obreros en las fábricas; en cambio, los campesinos representan el 85 ó más por ciento. Y esa inmensa, inmensísima mayoría que casi constituye toda la población, vive en la más ignominiosa pobreza. El mujik que no tiene pan y que vegeta en las cabañas, no puede prescindir, por otra parte, del *vodka* terrible que los mata poco á poco. En las casas más pobres, el aguardiente es una necesidad.

Mientras tanto, las crónicas nos hablan ya de sucesos alarmantes. El labrador, un tiempo adicto al zar, empieza á rebelarse. En los meses de verano de 1903 el levantamiento general surgió espontáneamente: los campesinos entraron en los graneros de los nobles, sacando trigo. Dos años después, en 1905,

el año de la revolución, las huelgas y las rebeliones agrarias fueron aumentando, y adquirieron un carácter más violento. En otoño del mismo año, el movimiento se había propagado en más de una tercera parte de la Rusia europea. Cerca de dos mil haciendas fueron quemadas y destruidas. Las pérdidas se calculan, durante aquel tiempo, en unos quince millones de dollars.

El mismo Gómez Carrillo, en su libro sobre *La Rusia actual*, nos relata escenas sangrientas en que los labriegos, por defender sus propios derechos, fueron asesinados por el despotismo cosaco.

Hoy Tolstoy se sobrepone al *pope*. La legión de creyentes del gran viejo apostólico aumenta en número. El maestro rebelde y anarquista va conquistando el corazón de los mujiks para prepararles á la libertad y á la repartición de la tierra.

Oid lo que dicen: «Nuestros antepasados trabajaron para que los vuestros acumularan todas esas riquezas; hoy que nuestros hijos perecen de hambre, hora es ya de que el bienestar se reparta entre todos.»

Entre las informaciones que publican los diarios de Petersburgo hay algunas que se refieren al levantamiento que ya ha empezado y que es temible. El autor de *La Rusia actual* ha recortado algunas de ellas. Son importantes.

Dice una: «Los campesinos de las aldeas Bolchié, Malygié, Kurliaki, del distrito de Brobrof, encontraron en los archivos de una iglesia documentos y planos que probaban que un aristócrata de aquellas cercanías se había apropiado sin derecho todas las tierras que poseía. De aquellos viejos papeles resultaba que la emperatriz Catalina se las había regalado con los centenares de siervos que las habitaban, al príncipe Bezborodko y que éste se las había vendido más tarde al padre de su actual propietario, que, después de la liberación de los siervos, sólo les había entregado una parte insignificante de las inmensas propiedades que Catalina II regalara á Bezborodko. Vendió más tarde el último propietario gran parte de sus bosques á un negociante en madera, pero cuando llegó el momento de la corta los campesinos de Kurliaki se opusieron, alegando que la tierra cultivada por sus abuelos sólo á ellos les pertenecía... Y como siempre, el gobernador envió al lugar del suceso sus escuadrones de cosacos y las terribles ejecuciones comenzaron.»

En un sermón dominical decía el pope á sus feligreses: «¿Sabéis, buenos viejos, que vuestras hijos frecuentan los círculos políticos más que la iglesia, que leen los libros de ese hereje que se llama Tolstoi y que ni creen en Dios ni en el zar?. . ¿Sabéis quién es ese impostor, blasfemo y herético Tolstoi?»

Y contesta un anciano feligrés:

«No hemos observado en nuestros hijos nada contrario á la religión ni al zar; en cuanto á Tolstoi, Dios lo bendiga, ya que pide para nosotros lo que de justicia nos corresponde.»

No prosigo la copia de anécdotas. Pero es un hecho que los labriegos han empezado á sentir de nuevo el odio á la tiranía y á la opresión. Allí germina, con signos terriblemente fatales, la revolución que han previsto los hombres grandes de Rusia...

Las propagandas clandestinas abiertamente socialistas llegan hasta las últimas cabañas de las estepas, avivando la sacra llama de las pasiones en letargo.

Algun día despertarán...

Y ese día será la aurora de la Nueva Rusia.

¿Os acordáis del célebre manifiesto socialista que se publicó en los periódicos europeos en la víspera de la inauguración de la Duma? Los buenos hijos de Rusia lo recuerdan siempre. Estaba firmado por los más prominentes: Máximo Gorki, Leonidas Andreief, Alejandro Anfiteatrof y Cirilo Sliutchenko.

El manifiesto se expresaba de la siguiente manera:

«De la propia suerte que la autocracia busca recursos en los bancos de Europa y lanza á todos los mercados empréstitos de millones para sostener la lucha contra el

pueblo, cometiendo el mundo civilizado el crimen de ayudar con su dinero á los verdugos del Imperio, nosotros, en nombre de la Justicia y de la Humanidad, os pedimos, obreros de todos los paises cultos y libres, hermanos por el trabajo y por el ideal de emancipación, que ayudéis á los proletarios rusos á luchar y á vencer en este combate del Derecho contra la barbarie, del hombre contra el bruto. Los *sans-travail* os demandan socorro: el no dárselo significaría complicidad con la tiránica, con la salvaje autocracia.»

Además, ya se sabe el pensamiento de la primera Duma revolucionaria. La primera oportunidad que se presentó fué aprovechada por los *leaders* para una campaña agraria. Descubrieron al gobierno el cáncer que corroe al pueblo; señalaron las heridas que sangran; llevaron la queja de toda una comunidad, la comunidad rusa, para pedir remedios eficaces.

«La población rural—decía—espera con impaciencia la satisfacción de sus reivindicaciones agrarias. La primera Duma del imperio no cumpliría sus deberes si no elaborase una ley para el reparto de las tierras del dominio de la Corona, de los bienes de las comunidades religiosas y para la expropiación forzosa de los propietarios territoriales.»

Sin embargo, á pesar de la general demanda, el gobierno ha cerrado sus puertas á la humana queja. Ha tapado sus oidos ante los gritos desgarradores de la multitud. Ha dado muestras evidentes de impopularidad y de despotismo.

Y el zar, pálido, tembloroso, solitario en su residencia de Peteroff, custodiado por legiones de cosacos, cruza invisible sus estancias suntuosas entre las maldiciones sempiternas de su pueblo.

Moscow, la Santa
En el Kremlin

Moscow, la ciudad histórica é historiada, la ciudad del gran duque Sergio, el tirano, la sangrienta ciudad de las revoluciones y del despotismo, la ciudad, en fin, de las mil seiscientas iglesias, todas espléndidas, todas riquísimas, cuyas cúpulas doradas brillan en el espacio como soles milenarios, está á la vista. Una legión de mozos de apostólica figura, con sus luengas barbas y sus delantales blancos, espera, en correcta formación, la llegada del tren. Son cargadores. Y os hablan en ruso, queraislo ó no, y levantan hacia vosotros sus manos tremebundas haciendo gestos sibilinos como si fueran magos de la antigüedad abolida...

Ya estais en el automóvil del *Oriental Hotel* y recorréis las calles de la *Santa Ciudad*. Lo primero, lo típico, lo principal que se destaca del fondo opaco de todas las cosas, son las

iglesias, las iglesias y los santuarios, los santuarios y las catedrales, las catedrales y los iconos, delante de los cuales, con fanatismo de estúpidos, se arrodillan todos al pasar, ó se doblan respetuosamente desde la cabeza hasta la cintura, santiguándose mil veces y haciendo genuflexiones groseras de idolatría. Ya he dicho cuántos son, en total, los centros de adoración: son mil seiscientos. Y al decir mil seiscientos imaginad la enorme masa que entraría en esos templos á prosternarse y á rezar delante de las pálidas imágenes rodeadas de joyas y de oro.

Desde lejos, sobre la terraza del *Sparrow Hill* desde donde Napoleón contempló el incendio de la ciudad, ó de cerca, en las mismas calles, hablando con los guías engañadores y perspicaces, no veréis en el fondo de todo, en lo material y en lo moral, en los objetos y en los hombres, más que un pobre é irredento pueblo, fanatizado y esclavo, que ha gastado incontables millones en templos de adoración y no tiene un céntimo para aplacar el hambre de los que se mueren todos los días, todos los días, en la dolorosa obscuridad...

Es una mañana de sol y de frío. La hemos empleado para visitar el Kremlin, alma y corazón de Rusia, depósito maravilloso de un pasado de glorias y de riqueza. El guía que

nos acompaña, al recorrer las calles de la ciudad santa, nos cuenta anécdotas é historietas de emperadores y de nobles, de iglesias, de santos y de patriarcas. La obsesión de los iconos continúa: el espíritu de la religión invade las almas todavía.

—Allí está la Iglesia de San Salvador, cuya cúpula de oro, inmensa y luciente, ha costado 25 millones de rublos...

El guía insiste en que los 25 millones son el precio de la cúpula únicamente. Y luego:

—Allí está la Catedral de S. Basilio, magnífica también, que Napoleón, durante la guerra, utilizó para cuadra de sus doscientos caballos—Todos nos echamos á reir, pero el guía continúa:—Aquí está el sitio en donde murió el gran duque Sergio, con el cuerpo destrozado por una bomba. Aquí está...

Pero ya no oía casi nada. Mi ánimo estaba preocupado pensando en el Kremlin, en las riquezas fabulosas del antiguo Palacio.

Al atravesar la puerta, bajo aquellos muros milenarios, uno tiene que quitarse el sombrero como si estuviera delante del santuario de S. Nicolás. Pero ¡quiá! eso de descubrirse es muy corriente aquí: cualquiera, que no sea un profano, se quita el sombrero diez, veinte veces, delante de los iconos que adornan las puertas monumentales, los escaparates de los almacenes, las paredes de los edificios...

Pero ya estamos en el viejo Palacio. Los visitantes son numerosos, extranjeros y nativos. Ya hemos abandonado los sombreros, los bastones, el aparato fotográfico y todo lo demás. Subimos, no pudiendo ocultar la emoción, la amplia escalera de mármol.

Esta inmensa parte del edificio se llama, según el guía, *Tesorería*. Pero esta *Tesorería* no es Tesorería, sino un museo, un gran museo de joyas imperiales, de armaduras guerreras, de brillantes, de perlas, de esmeraldas, de ópalos, de sillas de oro y de camas suntuosas, de todo lo antiguo y de todo lo noble, de todo lo histórico y de todo lo maravilloso, que usaron en sus vidas fugaces emperadores y emperatrices, desde Miguel Romanof hasta este pobre monarca de hoy.

¡Oh, las joyas valiosísimas al través de los estantes de cristal, conservadas como reliquias de las prístinas edades! Imposible describir todo lo que los ojos ven. No hay fantasía cálida capaz de crear con su poder esta realidad sorprendente. La riqueza fabulosa del gran Aladino sería un mito al lado del tesoro escondido en este palacio antiquísimo.

Dejémonos conducir por el guía. Ya, al traspasar los umbrales de la *Tesorería*, nos dice:—Estas son las antiguas armaduras del tiempo de los Romanof.—Y luego, una vez arriba:—Estos son el casco guerrero y la cota

de malla de los grandes duques del siglo XIII; estos son los arneses polacos del siglo XVII; aquí están Vladimiro y sus armaduras; aquí la cota de malla del boyardo Nikita Ivanovicz Romanof, padre del primer zar de Rusia; aquí los fusiles elaborados por los antiguos artífices; aquí las sillas suntuosas que sirvieron para recepciones principescas; aquí la silla de Pedro el Grande; aquí el retrato de Catalina Segunda, etc., etc.

Y á todo esto el encargado del Palacio, de barbas blancas, que nos ve desde lejos, luciendo su pardesús gris, se acerca, severo, á nuestro grupo. El guía se adelanta y le dice señalándole á Queson:

—Este caballero es un príncipe filipino que viene á ver el tesoro de vuestro Palacio.

El viejo se inclinó respetuoso y, guardando la tarjeta del delegado de Tayabas en el bolsillo de su *over-coat*, se fué grave, silencioso, sacerdotal. Nos quedamos atónitos un momento. Después le vimos volver con las llaves del departamento de joyas. Al público no le estaba permitido entrar en este departamento por el valor incalculable del tesoro que allí se conserva, pero nuestro compañero era un príncipe, y desde aquel momento todas las puertas del palacio quedaban abiertas.

Y entramos en la sala de encanto. Y vimos con nuestros ojos materiales lo que nunca

soñaron imaginaciones calenturientas. Y fuimos de escaparate en escaparate, como de sensación en sensación, para contemplar las ricas joyas del Imperio conservadas con respeto y con amor. Las coronas que adornaron sienes principescas y las tiaras que reposaron sobre cabezas ungidas con óleo de santidad, lucen coruscantes pedrerías engarzadas por primitivos artífices. Lo mismo los trajes magníficos y lustrosos.

Allí está la corona que usó Vladimiro, la del emperador Pablo, hijo de Catalina II, la de Pedro el Grande, la de Romanof, el primer emperador de Rusia, la del hermano de Pedro; los trajes de coronación de los siglos XV y XVI; las sillas imperiales de marfil del siglo XV; los trajes de brillantes y de pedrerías de Isabel, de Catalina y de otras emperatrices; los cetros que usaron los Romanof, los Alexis y otros muchos; los zapatos blancos de princesas muertas; las mil ofrendas de provincias y naciones en dias memorables de coronaciones y de fiesta... Y cada objeto, cada prenda, desde el zapatito de alguna emperatriz pecadora hasta la silla de montar de la famosa Catalina, está incrustado de piedras y brillantes. Indudablemente estamos en un palacio maravilloso, ante el oro de los mundos, bajo la evocación de la lámpara dc Aladino. Pero ya digo que Aladino y su fábula, delante de esta esplendorosa realidad, son... una tontería.

—Esto sólo puede describirse—me afirma un señor—diciendo: *montes de perlas y ríos de diamantes.*

—Con esta riqueza—contesta otro—Rusia tiene más de lo suficiente para pagar sus deudas.

Yo me contento con abarcar la grandeza alucinante de lo pasado para horrorizarme ante la tristeza desconsoladora del presente.

Después de salir de esta sala de joyas, todavía recorrimos otros departamentos, juntamente con el público que invade el local. La voz de los guias suena sonora. Ya no son coronas, ni trajes de brillantes, ni cetros de oro los que se ven; son una multitud, una poliformidad: banderas ganadas en campos de batalla, camas capturadas del gran Napoleón, cuando la guerra, vajillas de plata y oro, homenajes de las naciones, espadas con puños de oro y brillantes, escopetas que pertenecieron á bizarros príncipes, carruajes y trineos de formas antiguas en donde se pasearon, por las calles heladas, los primeros boyardos...

Esto es lo único que recuerdo. La memoria se pierde en un vértigo de grandeza. ¿No es todo asiático? ¿No es todo medioeval? ¿No evoca las edades prístinas de monarcas que cayeron bajo el peso de sus esplendores?

Por eso Moscow es la historia, el pasado, la tradición. Allí late el alma de la *Rus* primitiva, vibrando ante el oro del tabernáculo y gimiendo de fanatismo y fe.

Y estas gentes sencillas que contemplan las joyas y los objetos antiguos con ciega reverencia, con idolátrica sumisión, porque esos objetos y esas joyas sirvieron á emperadores ¿no son verdaderas almas de candor y de amor? Al recorrer los amplios salones parece que sueñan en tiempos muertos, parece que deliran ante tántas bellezas, parece que sufren, parece que gozan, parece que se lamentan...

Es que la obsesión de los zares es terrible.

Viendo sus riquezas fabulosas, los aldeanos que vienen de lejanos lugares á ver el Kremlin, abren los ojos extrañados y se ponen á rezar.

Se ponen á rezar por la salvación del Imperio.

Y ellos—¡desgraciados!—no se salvan nunca..

El tesoro de los muertos

Lo que los rusos aman por encima de todo, lo que veneran como reliquias santas, como restos gloriosos y esplendorosos, lo que les hace quizás menos europeos, más tradicionales, más esclavos, más obscurantistas, es el tesoro de sus grandes muertos.

Y no creais que esos grandes muertos fueron los ilustres patriotas que fallecieron en la guerra, ni los sabios que murieron en la gloria y en la abstinencia, ni siquiera los políticos, los grandes políticos que soñaron para su pueblo sueños de libertad. No. Esos grandes muertos tienen que ser los zares, los patriarcas: los unos porque mandaron desde el trono y fueron más ó menos déspotas, y los otros porque fundaron iglesias y fueron, más ó menos, dueños de las conciencias y del destino en la Eternidad...

Y así, mientras los tiranos del pueblo fallecidos ayer ó destrozados por las bombas, como Alejandro II, mantienen hasta hoy á

estos millones de sùbditos en perpetuo vasallaje, los tiranos de las iglesias son adorados tambien después de muertos manteniendo á las conciencias en perpetua esclavitud.

En Moscow como en Petersburgo, donde estoy ahora, lo que el pueblo cree como un legado de amor de la posteridad, son las catedrales antiguas y los viejos palacios imperiales. Y en las catedrales antiguas y en los palacios viejos lo que más se venera, lo que más se adora, son los restos de los santos patriarcas ó los objetos que dejaron en su vida los emperadores fallecidos.

¡Oh, la Catedral de Pedro y Pablo en St. Petersburgo!

¡Oh, la Catedral del Arcangel Miguel en la santa ciudad de Moscow!

Las tumbas de los zares en esas dos catedrales son visitadas todos los días y en todos los momentos por legiones de peregrinos que vienen de aldeas lejanas, en santa romería. En el Convento de Vonsnizenski la multitud se detiene y se postra, con lágrimas en los ojos, con piadosa humillación, ante los mismos restos de emperatrices pecadoras que reinaron con reinado breve en épocas de universal fanatismo...

—Allá están—nos decía el guía—las siete mujeres de Ivan, el Terrible. Sus restos descansan debajo de esas columnas...

Y los visitantes sencillos y la gente del pueblo ignorante, recorrían aquellas tumbas de libertinos y pecadoras rezando oraciones de piedad y haciendo una y mil veces la señal de la Cruz. Luego se detenían un momento para leer la inscripción siguiente. Después se arrodillaban y volvían á rezar. Una Madre pálida del Convento contemplaba con fruición la solicitud filial de los súbditos fanatizados.

¿Qué sentirían aquellos corazones sencillos?

¿Qué sentirían aquellas almas idolátricas?

Y sobre las tumbas magníficas en que lucía el oro viejo y brillaban los metales relampagueantes, ¡la luz de los cirios crepusculares iluminaba perpetuamente aquella semiobscuridad conventual.

Es el homenaje de las víctimas á sus verdugos todopoderosos...

En el palacio del Kremlin, entre las mil cosas que llaman la atención, está el caballo mismo que usó la famosa Catalina, su silla de montar, la Biblia de Ivan el Terrible y unas botas grandes, unas botas fenomenales, hechas para su uso, por Pedro el Grande.

¡Oh, no hay como este modesto Pedro! Su recuerdo sobresale omnipotente. Su memoria se venera por encima de todos. Es la memoria esplendorosa del que hizo de su vida un ejemplo de sencillez encantadora, de modestia suma, de sabiduría creadora y refor-

madora. En Peteroff, á algunas millas de la capital, en el palacio de verano, todavía las muchedumbres que van allá á admirar las magnificencias de sus salones espléndidos, contemplan maravilladas el último rasgo de caridad de este padre de la Rusia contemporánea. Es un cuadro en que se ve pintado á Pedro en actitud de salvar de un naufragio seguro á dos pobres pescadores. Las olas suben, encrespadas. El barco se hunde poco á poco, irremisiblemente, rotos los palos, perdida la última esperanza. De pronto llega el zar, el mismo Pedro, y les salva de una muerte espantosa.

Dos semanas después, en su choza humilde de Peteroff, entre las bendiciones del pueblo, moría el monarca más querido de las Rusias.

¡Peteroff!

Después de recorrer su bello jardín frente al palacio, después de ver la cascada armoniosa y después de admirar la fontana de Samson y los manantiales cristalinos que surgen de surtidores infinitos, los guías os enseñan con respeto una casita modesta, sombreada por copudos árboles centenarios. Dentro de la casita hay una mesa de comer de madera tosca antigua y unos platos también de madera que suben y bajan para traer la comida, por medio de un resorte. Al rededor, desparra-

madas, olvidadas al parecer, hay sillas pobres y una infinidad de utensilios domésticos.

Tode era de Pedro el Grande.

Todo estaba hecho por él.

Por eso el orgullo santo de estos guías al recordar al monarca artesano que así como sabía dirigir un buen gobierno, tambien sabía hacer zapatos y sillas.

Pero ¡qué botas y qué sillas!

Tiene razón el pueblo en adorarle más que á un santo, más que á un patriarca, más que á un dios. Esta misma mañana, en su antigua residencia de la capital, ¡cuántos miles de personas desfilaron por su dormitorio para encender una vela, para murmurar una oración, para besar su retrato! La modesta casa se ha convertido en una iglesia expiatoria en donde en vez de iconos barbudos y pálidos hay sillas sagradas, camas sagradas, papeles sagrados, pelos, rostros, etc. todos sagrados.

Solo faltan las pipas y los calcetines.

Y aun esto no sería extraño en este desgraciado país.

Las cuatro fases de la Rusia actual

¿Claudica la nobleza? ¿Triunfa el movimiento revolucionario? ¿Se prepara, al fin, esta santa Rusia para un régimen de libertad? ¿Y la Duma? ¿Y los partidos políticos? ¿Y los obreros, los campesinos? Estas preguntas se escapan de los labios al llegar á Petersburgo.

Bajo estas mañanas frías en que rozan la frente vientos helados del Polo, sólo veo á lo largo de la Perspectiva Nevsky, encorvados en sus faenas diarias—enormes manchas de barro sobre la blancura bulevardesca—á los pobres obreros del arroyo. Esos miserables esquilmados por el gobierno, por el capital y por la autocracia, ni siquiera pueden andar por las aceras porque les prohibe la policía

¡Allí están!... Abandonados de nuevo, aislados de sus hermanos, recuerdan con placer el grito valeroso de rebelión que empezó en

Moscow y terminó enseguida bajo la represión brutal del militarismo. Gorki dice que en un día solamente perecieron en la santa ciudad más de un millón de hombres. Las estadísticas no hablan, porque han permanecido mudas de terror... Inocentes y mendigos, culpables de lesa majestad y amigos denodados de la reforma, hasta las pobres mujeres y hasta los inocentes niños, cayeron para siempre en las revueltas del día gracias á los buenos fusiles de los fieros zaparogas. ¿Para qué recordar tan sangrientas escenas?

Hoy dicen que Rusia vive en santa paz. Ninguna ola turba su superficie. Ninguna voz surge acobardada. ¿Se prepara por eso para una reacción hacia la más odiosa autocracia? ¿Es que todo movimiento ha terminado? ¡Quién lo sabe!

Y, sin embargo, oid á los augures de la situación: lanzan profecías tremendas. Uno de ellos dice:—Eso que véis es espejismo. Rusia no se pacificará mientras no cambie de régimen, mientras el zar continúe separado de su pueblo. En los campos, en las aldeas, en las villas lejanas late el más vivo ideal de una rebelión que pronto será general. La propaganda socialista crece, se agiganta. Algún día, algún día, que quizás no esté muy lejos...

Y dicen verdad.

Porque la voz de los pueblos no se extingue

con el *knut* del cosaco ni con el látigo hiriente del dominador siniestro.

Otros, más conservadores, menos violentos, en cambio, afirman:—Es verdad, la revolución viene, llega, ya está; pero no es la revolución sangrienta, radical, sino la revolución lenta y pacífica que tiene su manifestación especial en la Duma. ¡Tened fe!...

Precisamente ha llegado á mis manos esta mañana, gracias á la benevolencia de un profesor de Chicago, el ejemplar del último discurso pronunciado por Milyoukov en Estados Unidos. El autor, de suyo, es una recomendación. Es el *leader* de los *Kadets* de la Duma actual, prestigioso á los ojos del pueblo, revolucionario á los ojos del gobierno, Milyoukov iba á ser elegido desde la primera Duma, pero el gobierno buscó motivos para negar su residencia legal, y no fué elegido. Convocada la segunda Duma, el pueblo buscó otra vez á Milyoukov, pero otra vez el gobierno se alzó contra él, anunciando que *iba á ser* procesado por algunos artículos libelosos, y tampoco pudo ser elegido. Su enemigo es implacable, pero él, irresistible, poderoso, impertérrito, es una divinidad que la ola popular levanta cada vez más...

La historia de Rusia durante los últimos cinco años es bien fecunda en acontecimientos importantes. Oíd á estos narradores terrorí

ficos. Los libros publicados en el Extrangero—en Rusia no, porque la censura es brutal—durante esa época, son un pálido relato de la sangrienta realidad. Las matanzas, los gritos ahogados de protesta, las rebeliones vilmente sofocadas... La historia mundial contemporánea no registra ningún caso como a catástrofe del Domingo Rojo en que el número de víctimas ascendió á un número incalculable.

Cuando estos pobres súbditos de un gobierno sin amor ni piedad recuerdan á los hermanos caídos en pacífica demanda, bajo las garras cosacas, en los dos años siguientes al famoso Manifiesto del 30 de Octubre, sus ojos se llenan de fulgores extraños y la sangre hierve calentada por tan bárbaros atentados.

Milyoukov ha estudiado esos últimos acontecimientos clasificándolos en cuatro fases. Primera fase, la fase nacional, el levantamiento general del pueblo contra los abusos invete rados del gobierno, la universal acogida de una petición de reforma, pero no de una, de dos, de tres reformas, sino de la única, de la verdadera: la Constitución. Pocas veces hubo en la historia de los pueblos, un movimiento tan grande en el cual tomasen parte elementos de todas clases. Intelectuales, propietarios, capitalistas, aldeanos, obreros, estu-

diantes, contribuyeron de algún modo á la acción demoledora. Ella empezó con la famosa Petición de Derechos de Noviembre, 22, de 1904, seguida después por la revolución de las masas obreras capitaneadas por el Padre Gapon, en la mañana del Domingo Rojo (22 de Enero del siguiente año.) El gobierno comprendió que su imperio bamboleaba en sus cimientos y el infortunado zar, engañado hasta entonces por el cinismo de los nobles, lanzó el Manifiesto del 30 de Octubre concediendo libertades y garantías. El movimiento triunfaba.... Los establecimientos privados y las mismas oficinas cerraron sus puertas para atemperarse al estado general de la opinión. Los mismos profesores aconsejaban al gobierno que no debía prohibir los mitings organizados en las salas universitarias. Los miembros del jurado se declaraban impotentes para pronunciar sentencias y los juzgados y tribunales engrosaban el número de los huelguistas... En una palabra, era una obra de general entusiasmo por la libertad. Milyoukov la señala, con justa razón, como la fase principal de la historia del Imperio en los últimos cinco años.

Viene la segunda fase, propiamente revolucionaria, agresiva, sangrienta. Los socialistas, envanecidos con el triunfo del primer

movimiento general, pensaron que la era socialista había llegado para el mundo. Empezaron las organizaciones secretas, los centros obreros en que se mantenía viva la fe por los ideales de la revolución. Creyeron que se debía cambiar todo para satisfacer los ideales del pueblo, organizar mientras tanto un gobierno revolucionario y acabar con todo lo existente en lo político y en lo social. Fundaron en S. Petersburgo un Consejo de Delegados elegidos por los obreros de las fábricas y proclamaron por todas partes los derechos de los obreros, que deben ser proclamados por los obreros mismos, sin intervención del gobierno...

Pero ¡ay! el gobierno era más fuerte que todos los rebeldes, y los idealistas revolucionarios de la sangre y de la huelga, vieron muy pronto destrozadas las esperanzas que se forjaron un día. Las fábricas del gobierno y las privadas contestaron á la huelga con el cierre. Cerca de 100.000 hombres perdieron el empleo y fueron condenados á la miseria. El 9 de Diciembre, el presidente del Consejo fué arrestado. El 16, todos sus miembros ingresaban en la cárcel. La insurrección que empezaba á armarse en Moscow, como una sangrienta represalia, fué sofocada. Los regimientos entraban en las poblaciones estigmatizadas y mataban á criminales é inocentes. Se incendiaban las villas, se decapitaba

á los sospechosos, se buscaban pretextos para la matanza. La conflagración revolucionaria tuvo su fin, tristemente, sin ver la aurora de la libertad...

¿Qué queda después de tanta sangre y de tantas lágrimas?

Ideal: esperanza...

Y el ideal que no muere, y la esperanza que no se esfuma, son todavía el sueño dorado que acarician los revolucionarios en sus noches aciagas.

Viene la tercera fase. Se llama *constitucionalista*. Si la fase revolucionaria implicaba destrucción del gobierno actual, negación del régimen, acción demoledora, la fase constitucional se caracterizaba por su amor al orden, por su lucha legal por la libertad empezando por lo principal: una Constitución.

Recogió las teorías revolucionarias de los radicales, suprimió las manchas de sangre con que querían salpicar la obra de la libertad, quiso obrar dentro del gobierno actual para reformarlo, y su campo de acción fué la primera Duma del Imperio, en que abogó denodadamente por los principios de un gobierno democrático y libre.

Ellos querían, pedían, reclamaban principios de libertad, participación personal del pueblo en el poder ejecutivo, fiscalización de este poder, inviolabilidad de la persona, libertad

de conciencia, libertad de la palabra, libertad de la prensa, así como el derecho de reunión, de asociación y de huelga, reparto de tierras de los bienes de la Corona, de los bienes de las comunidades religiosas, expropiación forzosa de los propietarios territoriales... En una palabra, pedían, por *métodos constitucionales*, todo lo que gozan los otros países del mundo civilizado.

¿Y qué contestó el gobierno á todo esto? ¿Qué pasó con la primera Duma, lo mismo que con la segunda? Todos lo saben. A cambio de pedir el bien general, á cambio de decir la verdad y combatir el error y la corrupción, el gobierno disolvió las dos organizaciones por procedimientos anti-constitucionales, violando flagrante y simultáneamente la Ley Fundamental del Imperio.

Empieza entonces la cuarta fase.

La cuarta fase se llama contra-revolucionaria. Está caracterizada por medidas de represión adoptadas por el gobierno para contrarrestar la ola reformadora. Es el resurgimiento de los odiados privilegios de la corte, de la nobleza, de la burocracia que se han apoderado de nuevo del corazón del zar en mengua de los intereses sagrados del pueblo.

Ahí tenéis cómo no hay Ley Fundamental que exista, ni derechos adquiridos que no se

violen, ni justicia que no se adultere, para negar representación al pueblo y preterir para siempre sus derechos inalienables.

Se disolvió la primera Duma por ser radical. El gobierno se llamó á engaño al creer que dando mayor representación á los campesinos, los delegados de éstos continuarían siendo los antiguos siervos adictos al zar y á la nobleza; pero los mujiks parlamentarios, en vez de ser esclavos, fueron dominadores; su voz resonó bizarra en los salones del Palacio de Tauride; gritaron á voz en cuello: ¡abajo la nobleza! ¡dimisión de los ministros! y pidieron con insistencia y valentía *Tierra y Libertad.*

El gobierno y la nobleza, que salieron derrotados, procuraron levantarse mediante una interpretación arbitraria de la Ley Electoral. El Senado—que aquí es un tribunal de casación—*hizo* realmente una *Ley Eleetoral* nueva, interpretándola á su antojo en contra del elemento popular y en favor de la nobleza. Se llamó luego á una segunda elección, creyéndose que, al fin, el gobierno triunfaría. Pero la segunda Duma se formó y fué todavía más radical que la primera. Los grupos socialistas tuvieron 200 miembros y los constitucionales demócratas, 100. Propiamente no hubo más que unos 100 delegados gubernamentales. La segunda Duma tenía que sufrir, en vista de esto, una nueva disolución, y el gobierno la disolvió.

—Lo principal que hay que hacer—dijeron entonces—es reformar completamente la Ley Electoral. Al fin y al cabo ¿de qué nos sirve una Ley Electoral que no lleva á la Duma más que representantes del pueblo?

Y hoy la nueva Ley está redactada de tal modo, con tanta maña, que propiamente tiende á buscar representantes elegidos de la nobleza autocrática. Oid si no. La elección es una máquina tan complicada, que ninguna inteligencia puede comprender: es de tres grados en algunos distritos y de cuatro grados en otros. Es decir, el cuerpo electoral elige á otro más reducido, éste vuelve á elegir, y así sucesivamente, por cuatro veces, hasta la elección definitiva de los miembros de la Duma. Cerca de 30.000 propietarios de inmensos terrenos *tienen el derecho de elegir la mayoría*, en la Cámara, pero, prácticamente, de esos 30.000 no van á las urnas más que 19.000, los cuales eligen 2.678 de los 5.160 votantes definitivos. De modo que, en resumidas cuentas, con arreglo á la nueva Ley, los nobles, los propietarios, la autocracia, el gobierno tienen 2.618 electores contra 2.542 del pueblo, todo lo cual viene á colocar en la Duma 300 miembros de la nobleza y del poder, contra 100 ó 150 de la oposición.

¿Habéis visto cómo se ha violado descaradamente el principio de la representación para defender los intereses de arriba? Esta es la

situación actual de Rusia. Todas las miradas se fijan en la tercera Duma, en esta mezquina, en esta irrisoria representación del pueblo que ha de crear, con su actitud, la quinta fase de la historia contemporánea rusa.

¿Será esa quinta fase la restauración cabal de la aristocracia?

¿O será, por otra parte, la reivindicación y la conquista gradual de la libertad por medios constitucionales?

Lo veremos. .

En casa de Milyoukov

Nuestra primera idea al despertarnos fué buscar la casa de Milvoukov, el jefe del Partido Constitucional Demócrata, el leader prestigioso en la Duma actual del grupo de los *Kadets*. El nombre de *Kadets* es más bien un apodo. En ruso la palabra *Constitución* empieza con *K* y *Demócrata* con *D*, y por eso á estos constitucionales demócratas se les llama con el nombre ya popular que forman las dos iniciales: *Kadets*.

—¡*Milyoukov*!...

El auriga que tiembla bajo el frío, barbudo como todos los moscovitas, inclina la cabeza mientras le damos la dirección. Ya no recuerdo en qué calle ni en qué casa. Como estos edificios gigantes parecen moles de piedra inmensas y largas, cualquiera se aturde en los laberintos de los grandes bulevares.

Queson ha tratado brevemente al jefe político, una tarde, mientras descansábamos en el café de la Duma, y hoy nos toca hacerle una visita de cortesía y... de investigación.

Ya estamos en la casa. Penetramos, bien impresionados, en el modesto umbral del edificio. Es muy probable que estuviéramos vigilados, pues Milyoukov es siempre, para el gobierno, persona *mal intencionada*. El portero de barbas negras nos acompaña hasta el primer piso. Luego una criada recoge nuestras tarjetas para presentarlas al temido jefe. Un momento después la puerta vuélvese á abrir y aparece un elegante caballero, amabilísimo y correcto, no muy joven, tampoco muy viejo, con una amable sonrisa en los labios temblorosos. Sobre la cabeza han empezado á blanquear hilos de plata, peinados en artística forma, detrás de la ancha frente escrutadora. Todo parece denotar un largo estudio y unas vigilias largas. Sus bigotes blancos hacen, sobre los labios siempre abiertos, curvas armoniosas. Entiende el español, habla muy bien el inglés, pero siempre con una acentuación rusa muy pronunciada.

Nos sentamos alrededor del maestro en la que parece ser su sala de recibo, después de una invitación cortés En el local flota el aroma de una sencillez encantadora un piano, una mesa de escribir, algunos libros desparramados: nada más.

—Acabamos de leer—le decimos nosotros—el último discurso pronunciado por V. en la

Carnegie Hall de New York, en Enero de este último año.,.

—¡Ah, sí! sobre el gobierno constitucional para Rusia. Eso es lo primero que necesitamos: un gobierno constitucional. Nuestro partido ha abogado siempre por una Constitución amplia, liberal, democrática.

—¿Cree V, que el pueblo está preparado para un gobierno democrático?

—Sí, señor: hace 50 años nos regimos en los distritos y provincias bajo bases democráticas. Tenemos desde ha mucho nuestras representaciones provinciales que fueron, según se dice, el comienzo de la Duma. Yo no sé por qué no debemos tener una Constitución.

—Pero, en realidad ¿cuántos partidos políticos hay en Rusia y qué persiguen esos partidos?

—Desde el punto de vista legal no hay más que uno: el de los octubristas. Y digo eso porque el partido octubrista es el único registrado. Ultimamente, del octubrista se separó otro grupo formado por un pequeño número de personas que se han llamado los *regeneradores pacíficos*. Este grupo también está registrado. Nosotros no lo estamos porque nos consideran fuera de la legalidad. Somos radicales á los ojos del gobierno. Pero aquí pasa una cosa: mientras los reaccionarios nos consideran radicales, los socialistas, los revolucionarios, los de la Extrema Izquierda, nos consideran, en cambio, demasiado conserva-

dores. En puridad, hablando en general, culminan en la Duma actual, prescindiendo de los grupos pequeños insignificantes, tres tendencias primordiales: la reaccionaria, la constitucional democrática, y la revolucionaria. Los revolucionarios desean—como he dicho en mi discurso—una reforma total, una república; los reaccionarios piden el establecimiento de la autocracia; en cambio, nuestro partido lucha por una organización parlamentaria bajo un monarca constitucional...

— ....

—Los revolucionarios quieren tener una Carta elaborada por una convención constitucional y sancionada por una victoriosa revolución. Los reaccionarios no quieren una Carta, sino, en todo caso, una representación de carácter consultivo, concedida por el zar. Nuestro partido propone la redacción de una Carta por la primera Asamblea representativa, sujeta á la aprobación del zar. Pero aquí, la cuestión principal es la agraria. Desde el punto de vista agrario nos consideran radicales á los *Kadets*. Los revolucionarios proclaman el principio de *toda la tierra para todo el pueblo:* los terrenos deben ser apropiados por el pueblo mismo bajo la dirección de comités locales elegidos por sufragio universal. El gobierno sólo debería permitir una venta regular de terrenos por medio del Banco Agrario existente, al precio corriente en el mercado. Nuestro

partido propone una extensión sistemática de la reforma emancipadora de 1861, por medio de una expropiación forzosa de los terrenos á favor de los campesinos, y mediante una indemnización fijada por un comité compuesto de delegados de los propietarios y de delegados de los campesinos, en igual número...

—Y los octubristas ¿á qué división pertenecen propiamente?

—Los octubristas se han llamado así, como se sabe, por defender el gran Manifiesto del 30 de Octubre. Pero en la práctica, no puede decirse que forman un partido: no tienen principios fijos, no tienen disciplina. A lo mejor están con nosotros en lo tocante á las reformas políticas, porque ellos quieren las mismas reformas que queremos; pero ya, en la cuestión agraria, se separan y defienden á los grandes propietarios contra la expropiación forzosa á que nosotros tendemos.

—¿Ha aprobado ya la Duma alguna ley que pueda llamarse radical?

—Ninguna, hasta hoy.

—Pero si V. juzgara en conjunto la obra y los deseos de la Duma, ¿qué tendencia cree V. que sigue? ¿á qué fines tiende? ¿qué principios políticos parece profesar?

—Ese es un punto muy importante, muy importante. Deseo manifestarles que todos los indicios son, afortunadamente, de que se

cumplen los ideales del Partido Constitucional Demócrata, del mío. En nuestra campaña reformadora están con nosotros muchas veces los socialistas, los revolucionarios y hasta los mismos octubristas... Por eso yo espero. Nominalmente hay mayoría reaccionaria en el Parlamento; prácticamente, sin embargo, se tiende poco á poco, quizás insensiblemente, á la reforma por métodos constitucionales.

—De modo que la restauración de la aristocracia que V. parecía predecir en su último discurso ¿cree V. que no será una realidad?

—Creo que no lo será. Nosotros queremos conseguirlo todo por medios lentos, sí, pero sólidos, eficaces...

—¿Y si mientras trabajáis en el Parlamento adoptando ese procedimiento algún tanto conservador, el pueblo que sufre se impacienta, y estalla la revolución, como en 1905, apelando á las armas...?

El jefe no nos permitió terminar la pregunta. Sus ojos se llenaron de chispas fulgurantes; su boca se abrió para dar paso á una ligera sonrisa, y dijo en español lo siguiente:

—No es posible, señor. No es tiempo todavía... Y luego, hasta que llegue ese momento, estamos organizándonos, estamos preparando... ¡Quién sabe si, al fin, conseguiremos todo por el medio que nosotros empleamos ahora y sin necesidad de sangre!..

El jefe se calló, pensando quizás en el in-

menso pueblo que espera y sufre. Después le tendimos la mano que él estrechó amable y sonriente, acompañándonos hasta la puerta de su modesta sala de recibo.

La tercera Duma

Una tarde, de esas que en Petersburgo tienen, á pesar del sol, soplos helados como de muerte, el auriga nos condujo hacia el histórico palacio de Tauride. Es la casa del parlamento ruso: más bien, del semi-parlamento ruso porque esta pobre Duma es—como he dicho—una caricatura de poder, una irrisión. Todos los periódicos de Europa, al inaugurarse la primera Duma, reprodujeron en sus columnas fotografías de distintas clases del interior del palacio, pero en Filipinas no he visto ni un mal cliché de él.

Es lo suficientemente grande para contener los 400 y pico de miembros, las representaciones consulares y embajadores que tienen tribunas preferentes arriba, las autoridades, el público, la prensa mundial...

Hemos tenido el honor de estrechar la mano y de entablar relaciones de franca amistad con el representante de la prensa asociada, Mr. Conger, con el del *Morning Post*, un gran

aficionado á los dialectos filipinos, con el del *London Times*, y con otros escritores que publicaron libros y folletos sobre Rusia, como el amabilísimo Mr. Bernard Pares, autor de *Russia and Reform*.

Nuestros asientos desde el palco de la embajada americana permiten dominar todo el conjunto. El de arriba es indudablemente el presidente, pero Mr. Pares nos contesta que no, porque el presidente estaba ausente. Preside, pues, el vice-presidente, Baron Meyerdoff, un joven que tiene, en actitud meditabunda, las manos apoyadas en la sien. Un poco más abajo, está el orador, un sacerdote liberal, de luenga túnica, con unas barbas que le llegan hasta el pecho. Sus gestos y su palabra dominadora arrancan aplausos de la extrema izquierda socialista. Indudablemente está atacando al gobierno.

El plano de la Duma es el siguiente:

En la plataforma, presidiendo el conjunto, está el asiento del speaker; á derecha é izquierda, los ministros del Imperio; un piso más abajo, frente al speaker, el sitio del orador; en el último piso está el círculo de los taquígrafos y de todos los representantes por el orden siguiente, de derecha á izquierda de la presidencia: los de la Extrema Derecha, los Moderados de la Derecha, los Octubristas y sus grupos, los Kadets y sus grupos, el grupo

obrero, los Socialistas Demócratas, los Socialistas Revolucionarios que forman la Extrema Izquierda.

Segun el representante del *Morning Post*, existen actualmente en la Duma las siguientes fracciones políticas:

Octubristas, 120—Kadets, 55—Extrema Derecha, 50—Moderados de la Derecha, 150—Socialistas, 16—Grupo obrero, 15—Polacos, 20—Mahometanos, 18. Los demás pertenecen á grupos insignificantes.

Ya sabéis los trabajos que precedieron á la elección de esta Duma. Ya sabéis hasta dónde llegó el gobierno para restringir el sufragio favoreciendo á los grandes propietarios. La Ley Electoral, una obra perfecta de astucia y de caotismo que defiende los intereses agrarios de los nobles, hubo de llevar al parlamento, naturalmente, una mayoría reaccionaria. Y así pasó. Desde que celebró sus sesiones, la Duma presente ha sido recibida por el pueblo con muestras de la más completa indiferencia. Escuchad. Aplicad el oído á los labios murmuradores del vulgo.

—Las primeras Dumas—nos replica el guía—eran nuestras: esta tercera no, es del gobierno, es de la monarquía.

Y al decir esto, todos dedican con emoción impregnada de lágrimas, una remembranza lúgubre á los buenos patriotas que constituyeron las primeras representaciones del pueblo Mu-

romtsef, el sin igual, grande entre los grandes, el Arhens ruso, como le llaman los alemanes, presidente de la primera Duma, está en la cárcel... Herzenstem ha muerto, víctima de los reaccionarios... Todos los demás gimen en la prisión, por haber defendido la santa causa...

La Siberia, la helada Siberia, es el pago que reciben del gobierno los buenos patriotas.

Y el recuerdo de las primeras Dumas continúa, persistente, viviendo con vida eterna en las imaginaciones populares.

No todos, sin embargo, piensan como piensan el pueblo y algunos intelectuales rusos y extranjeros. Los demás creen que las cosas han venido como debían venir. Lo que está, está bien hecho. La primera y segunda Duma han precipitado los acontecimientos y han ido demasiado lejos y demasiado á prisa. No fueron políticos, fueron populistas; no fueron legisladores, fueron patriotas: no fueron benefactores, fueron grandes. Y nada más. Y en su gesto de soberbia, borrachos de emoción por asaltar el gobierno y conquistar libertades para el pueblo, no han tenido en cuenta que el enemigo era más poderoso que todos ellos juntos, y un día, mientras estaban en esa creencia errónea, recibieron la orden de disolución. Bukehan, un diputado kirguis, había sido elegido el mismo día de la disolución

de la primera Duma, y cuando iba á asistir á la sesión fué también encarcelado. Le condujeron á la prisión, pero como la prisión estaba llena, le rechazaron de allí. Entonces dirigió un telegrama semi humorístico á Milyoukov diciendo, poco más ó menos, lo siguiente: «¿Cómo estoy? ¿qué hago? No me reciben en la prisión por estar llena. ¿Estoy preso ó no estoy preso? ¿Soy diputado ó no?» Un pope, representante del territorio del Don, tampoco pudo entrar en la cárcel porque no había sitio para un cuerpo más.

Y todo esto que ha pasado—dicen algunos—es producto del radicalismo infructuoso. Si se hubieran conducido de otra manera, la Duma hubiera funcionado bien y normalmente y hubiera podido aprobar proyectos de ley necesarios para el bien del pueblo.

La Duma presente ha aprendido, por consiguiente, la enseñanza terrible que le legaron las dos primeras: allá están los miembros de éstas pudriéndose en las sombrías habitaciones carcelarias sin poder gritar el grito de libertad que ahogaran en sus pechos antes de tiempo. Allá está su obra inacabada, interrumpida, quizás para siempre, por la mordaza del Despotismo... Conviene á todos una acción conjunta, armoniosa y armonizadora, en que intervenga el gobierno lo mismo que la representación popular, para no producir, como resultado putrefacto de las

circunstancias, el desequilibrio letal que ha poblado de desterrados la blanca Siberia...

Y todo esto que alegan los partidarios del conservatismo tiene para los ojos del pueblo un síntoma de acusación terrible: la complicidad.—¿Quieren obrar juntos para desgracia de los pobres, de los campesinos? ¿Quieren aunar sus esfuerzos para hundirnos? ¿Nos hieren, nos asesinan, á mansalva?

Estas acusaciones las ha escuchado la Duma actual con pacífica resignación. Y siguió trabajando, trabajando, por espacio de algunos meses, sin oir en torno ni un solo aplauso, ni un solo murmullo de aprobación. Cuando el pueblo se separa de sus representantes, por creerlos vendidos á los intereses de arriba, la obra más porfiada se estrella en el vacío más desconsolador y grande. La misma prensa extranjera que desde el primer momento prestó á la causa de la reivindicación un interés sumo, simpatizando con el movimiento revolucionario de los pasados años, acabó por permanecer indiferente. Los ecos que trae no son ecos bravos de conquista y de vitalidad: son informaciones vulgares sobre cosas sin vida, que producen á los lectores del mundo indiferencia y hastío.

—¿Para qué? Esta Duma es imagen fiel del gobierno: sigue sus inspiraciones: busca

sus caprichos: sostiene, sobre sus espaldas, la riqueza despótica de los nobles.

Ha llegado, sin embargo, la época en que la actual representación popular dejó de ser una irrisión. La ira acumulada de siglos en el corazón del antiguo mujik se reprodujo y volvió á vibrar en el Parlamento. Esa época es la actual: la de la discusión del Presupuesto. En la tarde primera en que fuímos á ver una sesión de la Duma, se trataba precisamente del presupuesto de Educación.

Todos, todos los que un tiempo dedicaron sus frases más violentas de censura á la tercera Duma del Imperio, llamándola gubernamental, reaccionaria, autocratista, enemiga del pueblo, han rectificado sus juicios en estos últimos días, y poco á poco el antiguo espíritu de benevolencia vuelve á reinar. La Duma recobra su popularidad. Ataca, combate, se defiende... El alma de los primeros días, que inspiró al viejo Bakounine sus discursos parlamentarios de elocuencia demoledora, renace, si no tan potente como antes, por lo menos tan gallarda.

El discurso más sensacional que relatan las crónicas es el de Roditshef, diputado por Petersburgo. El discurso se ha publicado en los periódicos rusos y, por consiguiente, no puedo reproducirlo. La crítica le juzga, sin embargo, con absoluta justicia. Es la continuación de la antigua campaña por la verdad

por la democracia, por la libertad. Y así como el ministerio de Educación fué duramente censurado *por sembrar obstáculos á la instrucción en vez de favorecerla* y porque no fabrica más que *niños que saben pintar iconos en los papeles,* el ministerio de Guerra y el del Interior recibieron igualmente los golpes rudos de la crítica despiadada. No diré nada del ministro de Marina, ante quien los oradores parlamentarios remembraron el desastre de Tsushima; bastará citar el hecho de que la Duma se ha negado absolutamente á dar un céntimo más por la creación de una flota si la Marina actual no se cambia en interés mismo del gobierno.

En presencia de los ministros las frases más terribles se han dicho, las verdades más amargas se han descubierto. Hubo orador que, encarándose con uno de los ministros, le obligaba á dimitir... Es la llaga social que, bajo todas las circunstancias, se evidencia con la publicidad.

Y al llegar á este punto importante de la historia parlamentaria rusa, el juicio se suspende para esperar la conclusión de la obra empezada. En el día en que escribo las presentes líneas, fuera ya de St. Peterburgo, las sesiones de este período habrán terminado con la formación de los presupuestos.

—Esta es la obra magna de la presente Duma

—nos decía Milyoukov—Es imperfecta, pues es la primera vez que nos dedicamos á esa labor, pero se ha hecho todo lo que se pudo...

El público no se fija en el detalle, sino en el conjunto. La campaña general de los últimos días señalando los errores de la administración salvará á la Duma del terrible prejuicio popular. Este pueblo que sufre y que la ha vuelto las espaldas por completo, ¿levantará, al fin, las manos para aclamarla y aplaudirla? El gobierno que por dos veces ha perdido su vergonzoso pleito con el triunfo de los radicales ¿se llamará á engaño por tercera vez?

Es la ola popular que sube...

Todo, en la civilizada Europa como en esta Rusia semi bárbara, denota evidentemente que, en los tiempos de hoy, no hay poder supremo, ni Caciquismo, ni Autocracia, que puedan durar frente al moderno dios del progreso y de la libertad: el dios Pueblo.

Y esa ley se cumplirá en el pueblo ruso y en todos los pueblos de la tierra...

El nacionalismo ruso

Sí, el nacionalismo *ruso*: hay que subrayar la palabra *ruso*, porque en Rusia hay muchos nacionalismos. Todas las razas que componen el vasto territorio, desde los eslavos hasta los armenios, desde los hebreos hasta los polacos, quieren, para sus hombres y sus tierras, una nacionalidad. Y esa es la lucha porfiada que amenaza lo descomposición de la ya descompuesta Rusia.

Este nacionalismo, de que quiero hablar ahora, es más bien el movimiento paneslavista, como lo han dado en llamar los escritores europeos, porque el paneslavismo puede representar y representa la tendencia general hacia una nacionalidad característica sin imitar las viejas y degeneradas costumbres de la decrépita Europa.

¿En qué consiste ese paneslavismo? ¿Cuál es su finalidad? ¿De qué tiempo data? No es posible tratar en estas breves impresiones de asuntos de capital importancia para el

desenvolvimiento actual del Imperio moscovita. Cuando los europeos llegan á las puertas de Moscow, desde donde se abre ante la curiosidad natural de los turistas un mundo sepultado en la Edad Media, con sus viejas iglesias y sus iconos pálidos y todopoderosos, no pueden menos de exclamar:—*Esto no es Europa: esto es Asia.*

Y es posible que tengan razón. No lo digo yo: lo dicen los mismos rusos, los que contrarrestan con todas sus fuerzas el movimiento tradicionalista de los *antiguos creyentes*, los que creen á los europeos occidentales modelos de cultura, los que desdeñan la leyenda griega para seguir á la moderna Germania, los que encuentran á Pedro el Grande muy por encima de Catalina Segunda, en una palabra.

Y esa es la lucha que entablan á porfía, en los momentos actuales, los paneslavistas y no paneslavistas, los europeistas y los nacionalistas, los zenomaníacos y los zenófobos.

A decir verdad, ¿en qué pueblo no existen esas dos tendencias antagónicas que son frutos del tiempo, en todas las épocas del año? Europa misma, la occidental Europa, ha asistido y continúa asistiendo á una lucha semejante. Los metafísicos alemanes y los estadistas de Francia han sostenido siempre que cada nación, en su desenvolvimiento histórico, representa

algo. Ese algo lo llama Hegel *idea*: lo llama Bunge *genio*: y los románticos nacionalistas, los de la época contemporánea, han dado con el nombre más popular: *alma*.

Pues bien, eso mismo han querido sostener los nacionalistas desde el momento en que enarbolaron su bandera. ¿Cuándo fué ese momento? Las crónicas señalan una época en que evidentemente se sostuvo una lucha porfiada entre rusos y extranjeros en el campo de la sociología. A fines del siglo XV la emigración á Moscow, de extranjeros, sobre todo, de alemanes, empezó irresistible. Esa emigración continuó hasta mediados del siglo XVII. Eran oficiales, funcionarios, comerciantes, vagabundos, turistas. Pero lo que al principio era una especie de expansión natural del alma que encontraba mejor para su campo de acción el territorio extranjero, acabó por alarmar á los rusos. La clerecía elevó su grito de protesta al zar diciendo que el pueblo ruso peligraba en sus sentimientos más puros: en la religión. La ola extranjera llevaba á la playa moscovita el germen de la reforma, del protestantismo, de la rebelión. Y era preciso que esa ola fuese combatida. El zar oyó la queja y ordenó que los extranjeros se recluyeran en un barrio en donde pudiesen construir sus casas, formar su sociedad, completamente separados del resto de los habi-

tantes. El barrio se llamó desde entonces *Barrio Alemán*.

De aquí data el odio al extranjero, al occidental, y consiguientemente se fundó sobre bases exclusivistas la más funesta teoría del nacionalismo ruso. En Moscow se encontraban dos civilizaciones, dos épocas: la moderna y la antigua, la tradición y la reforma, Alemania y Bizancio. Un escritor de aquel tiempo, al exponer desde un punto de vista imparcial, las dos tendencias, decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Los alemanes quieren envenenarnos con sus novedades; los griegos condenan todo lo nuevo. Los alemanes son herejes; los griegos confunden la verdad con el cisma. Los alemanes se proponen enseñarnos la verdadera ciencia, pero mezclada con las artes del diablo; los griegos consideran como herejías las conquistas del entendimiento y nos obligan á permanecer en la ignorancia....»

Pero este escritor que tan bien ha descrito la situación en párrafos de admirable imparcialidad, en aquella época, fué, por su atrevimiento, recluido en las prisiones de Siberia. Lo que era el zar, así tenían que ser los súbditos. Alexis representaba el tradicionalismo, la antigua cultura helena que fabricó las iglesias y enseñó los ritos de la ortodoxia. Así tenían que ser los demás habitantes del Imperio.

Pero este avance hacia la reacción por medio de una campaña formidable contra las reformas que inconscientemente traían en su vida ordinaria los emigrados de la antigua Germania y de otros pueblos del Occidente de Europa, esta fe moscovita, ciega en sus impetuosidades, ignorante é inconsciente, fanática y obscurantista, decayó súbitamente con el advenimiento al trono de Pedro el Grande.

El modesto Pedro quiso europeizar su país y fundó Petersburgo. Le siguieron, inmediatamente, por propia conveniencia, los miembros de la aristocracia que veían en el afan de extranjerización, un modo de distinguirse de la vil multitud. Todo lo que era occidental, más que se prefería, se adoraba. Los príncipes de heráldica grandeza y las damas de las familias ducales, con desdén soberano hablaban de las cosas de su país para elogiar todo lo que era de Alemania y de Francia. Franceses eran los trajes, los hábitos, las maneras sociales, las ideas, hasta el mismo idioma. Claro está que esto más que demostración consciente de extranjerismo, era una vanidad imperdonable de los nobles.

Y ese estado de cosas, en perpetuo antagonismo, persiste. La serie sucesiva de los soberanos representaba la serie de ideas que cada uno fué sustentando. Si Alexis fué nacionalista, no lo fué Pedro, su hijo. Si Pedro tenía en la mente la reforma total, al estilo

europeo, Catalina Segunda encontraba en los más recónditos pliegues del viejo corazón moscovita, fibras sanas de virtud, de honradez, de perfección, que no las tienen los demás pueblos de la tierra.

¡Oh, esta Catalina es ardientemente nacionalista! Para ella Rusia no tiene más que dos cosas: sus virtudes y sus defectos. Las virtudes son rusas: los defectos son siempre extranjeros. Por eso aconsejaba á su país que huyese siempre de esos diablos blancos que invaden las ciudades llevando en sus alas diabólicas los vientos de la nacional destrucción.

Estas enemistades, estas manifestaciones de desdén y de odio al extranjero, no constituían, sin duda alguna, un nacionalismo consciente, tendencioso, científico. Era más que una tendencia, un instinto. No había en la antigüedad rusa la sombra de un filósofo. Todos eran fanáticos de la historia, fanáticos de la tradición, fanáticos de la leyenda.

La verdadera teoría nacionalista nació en el siglo pasado y se encarnó, sobre todo, en los cerebros estudiantiles. ¡Estos estudiantes! Estos estudiantes constituyen hasta hoy el temor de la autocracia y del gobierno. Cuando organizan sus manifestaciones y pronuncian sus discursos iconoclastas, todo el gobierno empieza

á temblar. Allí está encarnada el alma de la nueva generación viviendo su vida, orientando sus pasos, bebiendo la inspiración de la Patria y del Porvenir. Porque aunque los estudiantes odian á su gobierno por ser déspota, adoran á su Patria, como madre común. Por eso la quieren pura, propia, nacionalizada...

Ellos han aprendido de las escuelas alemanas que las naciones marchan hacia el progreso universal de la Humanidad, perfeccionando sus costumbres y cultivando su civilización. Cada pueblo tiene el espíritu que le guía: cada país está poseído de un alma. Los que reniegan del alma del eslavismo son traidores á su pasado.

Hay en el espíritu del pueblo—dicen—dos caracteres principales, idiosincrásicos: el amor sano á Cristo y las comunidades campesinas. ¿Por qué no generalizar estas dos ideas para crear una Rusia propia y grande, en el día de mañana?

Dos soñadores últimos han aumentado el número de estos creyentes de la religión nacionalista. Uno de ellos es Danilevsky. Dice que una nación no debe aprender ni imitar nada de otra. Las naciones tienen fines especiales que cumplir. Algo muy alto y muy grande las guía. La misión histórica de Rusia, por consiguiente, es «libertar y unir á todos los eslavos esparcidos, eligiendo á Constantinopla como centro de la futura federación.»

El otro creyente es Leontiev. Leontiev opina que el verdadero carácter del antiguo ruso, el espejo fiel de las costumbres tradicionales, el alma viva de la vieja raza, está en los llamados *Grandes Rusos* que habitan las orillas del río Moskva y que todas las noches, remembrando el Pasado, cantan antiguas canciones y resucitan autiguos hábitos cubiertos con el polvo de los tiempos que fueron.

Lo triste es que el gobierno, el tiránico gobierno ruso, también se aprovecha de estas teorías nacionalistas y conservadoras para decir á todos:

—Sí, hay que conservar lo antiguo, más que apetecer lo nuevo. Debéis respetar la iglesia bizantina, la ortodoxia griega, el gobierno de la autocracia...

Y los imberbes estudiantes que oyen estas últimas palabras vuelven las espaldas llenos de ira y desesperación.

La teoría del exclusivismo racial es perjudicial para Rusia. Fuera de los eslavos reunidos en el centro, ¿qué quedará del vasto Imperio, de la inmensa tierra gobernada por Nicolás II? La nacionalidad rusa fundada sobre el tipo antropológico es la quimera que destruirá el pueblo. Pretendéis la unidad nacional de un pueblo de religiones, de razas

y de costumbres completamente distintas y completamente antagónicas. Buscáis lo uno en lo vario y multiforme. ¡Ilusión!...

Además, la unidad, en Rusia, es la autocracia, la tiranía. Mientras no se democratice el gobierno y no se establezcan autonomías amplias en las regiones, el progreso de la civilización quedará estancado [para siempre. Los polacos sueñan en su antigua libertad y representan, en la cultura general del Imderio, el más elevado tipo del occidentalismo. Lo mismo los finlandeses, para los cuales la promesa de respetar su autonomía ha sido hasta hoy una palabra vana. Los hebreos ejercen sobre la gente grandes influencias: son terribles revolucionarios, porque el gobierno los persigue siempre: tienen su religión y su cultura. Los armenios están dispersos en la Rusia meridional y en el Cáucaso, pero como el gobierno los persigue, al igual que á los hebreos, por intransigencias religiosas, han aprendido á deletrear en el libro de la tradición la palabra *libertad*...

¿Cómo excluir á todas estas fracciones, dentro del moderno paneslavismo, sin antes darles su independencia?

Estableced el amor bajo una bandera nacional y empezad á formar las bases de una futura federación, como Alemania, como los Estados Unidos. Entonces no habrá ni peligro blanco, ni peligro amarillo: sólo existirá para

el mundo el inmenso, el terrible, el avasallador peligro ruso.

Pero ese tiempo no llegará nunca. La mano brutal de los déspotas ha detenido el curso de la civilización.

¡Pobre Rusia!

El nacionalismo polaco

Después de todo, lo que piden estos polacos, lo que quiere Polonia entera, es lo que piden y quieren todos los países del mundo, sometidos á un régimen de dependencia: *libertad.* Cuando todos creían que Egipto está pacificado por la liberalidad británica, he aquí que acaba de surgir un naciente partido nacionalista que capitaneó bravamente el famoso Mustapha Komel, recientemente fallecido. Cuando todos creían que la inmensa India estaba completamente asimilada al genio británico, y que los indios eran seres incapaces de rebelión política, de manifestarse robustamente en una nacionalidad, he aquí que los cablegramas de aquellos países nos hablan continuamente de conatos de insurrección para pedir lo que siempre se les ha negado: independencia y libertad. ¿Para qué mentar el caso de los filipinos?

Y aunque Polonia está en otras condiciones por su historia y por las circunstancias actuales que la rodean, hay en lo que demandan

esos pueblos, sometidos por el destino á un régimen de tutelaje, un fondo de justicia común.

La era de las nacionalidades en que soñaron Pi y Margall y Teófilo Braga, y que proclamaron con valor los revolucionarios de Francia, todavía no ha pasado á la Historia. El progreso humano, la energía acumulada de los siglos, la luz de la civilización política que resplandeció con la independencia de los Estados Unidos, tienen que redimir aún á otros pueblos menos afortunados, que yacen por años y por siglos en las negruras de la «Eterna Noche.»

Uno de esos pueblos es el polaco.

¿Para qué recordar los tiempos felices de su independencia? ¿Para qué herir los oídos con la música armoniosa de las glorias de Kosciuszko, en la batalla de Praga?... Kosciusko, Potocki, Kaminski, los héroes nacionales que el pueblo admira, los que la generación actual de jóvenes ardientes por la libertad citan para enseñanza y para ejemplo de sus conciudadanos, han caído para siempre en la lucha por los derechos de su pueblo. Y esos no volverán: es difícil que vuelvan...

—«Nosotros—dicen los polacos en el libro de Luis Morote—no somos gentes que nos hacemos ilusiones, á quienes haga soñar la música armoniosa y dulce de las utopías. Para

soñar no queremos ni dormirnos en el nuevo paraiso de Tolstoi. La desgracia nos hizo desconfiados, y desconfiados vivimos. ¡La independencia! Ya sabemos que es imposible hoy por hoy. Para lograrla se necesitaría una catástrofe mundial, recomponer el mapa del orbe. Polonia no tendría que luchar sólo contra Rusia, sino contra Rusia unida con Alemania y con Austria. Tanto valdría como despeñarse Varsovia en masa desde lo alto del puente Alejandro, en el río Vístula. Esa es una quimera que no cabe en cerebro de persona racional. Ir á la muerte sin la gloria de los héroes, con la temeridad de locos en el *delirium tremens*... Y, sin embargo, esperamos algo, tenemos fe en algo, hablamos, tal vez sin saberlo, de un Mesías futuro. ¡Ah! no; ese Mesías no está en nosotros, no ha aprendido á leer en los poemas de Mickiewicz, no resucitará las hazañas de Kosciuszko en Varsovia, de Dombrovski en Trebbia, de Zaiontchek en Egipto, de Poniatovski en Borodino... ¡Quién sabe! ¿Quién es capaz de adivinar el porvenir?...»

Así hablan, así piensan. Siempre desengañados, siempre tristes... Soñando en el futuro de su país, recordando el glorioso pasado, sufriendo los rigores del presente, para tener en el día de mañana quizás una muerte, quizás una gloria, quizás la felicidad, el amor, la paz...

Ya he dicho: ¿para qué recordar una independencia fugaz y estéril? Los acontecimientos han precipitado al infeliz pueblo al desastre de su nacionalidad y de su territorio. Las naciones, al intervenir en la pacificación, se repartieron la tierra polaca como una nueva túnica de Cristo: Rusia, Alemania, Austria... Y las tres ejerciendo sus influencias todopoderosas, en mengua de la nacionalidad indígena.

Nada, sin embargo, parece á los polacos tan odiosa como la tiranía moscovita. ¡Oh, los moscovitas! Ellos son los verdugos, los asesinos, los victimarios, los concusionarios... Ellos han aprendido á matar en las calles populosas á niños, á mujeres, á paisanos, para proteger á su religión y á su zar; ellos han prohibido los periódicos, los libros, la misma enseñanza, las conferencias populares, los sermones que se dicen en lengua nativa; ellos han impuesto el ruso, el idioma del dominador, en todos los actos de la administración y de la justicia, en las escuelas y en los tribunales, en las calles y en las iglesias; ellos han suprimido los conventos; han confiscado los bienes de la clerecía católica; han derogado el Concordato que por dos ó tres veces han celebrado los polacos con el Papa; han impreso huellas de sangre en la historia santa de la religión; han perseguido, han encarcelado, han deportado á miles y miles de políticos y

de religiosos por sospechosos de profesar ideas nacionalistas...

Lo que quieren los rusos es que sean para los rusos y nada más que para los rusos la tierra, el corazón, el dinero, el alma misma de Polonia. Un grito irreverente es una señal de rebelión: hay que castigarlo. Una reunión en las calles, una huelga obrera ó escolar, un miting, una conferencia, son inmediatamente reprimidos por los zaparogas.

Lo que ellos, los cosacos, odian, por encima de todo, son la lengua y la religión. La lengua polaca—dicen—debe suprimirse: la religión, cambiarse por la ortodoxia. Las persecuciones y las campañas religiosas semejaban, por su crueldad y fanatismo, á los odiosos tiempos de Torquemada. Toda la legislación fué organizada de tal modo que los terrenos de los católicos pasaran á manos ortodoxas: los propietarios polacos no podían adquirir propiedades, ni podían transmitir sus bienes á otros católicos: en los barrios, á los campesinos que no eran ortodoxos, se les perseguía y se les odiaba á muerte....

Por eso las matanzas sangrientas y las persecuciones horrorosas parecen resucitar edades muertas en el decurso de los tiempos....

Oid lo que dice un diario de la localidad:

«Nuestra lengua, hablada por 20 millones de hombres, la más rica en la literatura eslava,

no solamente está prohibida en todas las instituciones públicas, sino también en las privadas.... En plena Polonia, la lengua polaca tiene menos derechos, en lo que se refiere á relaciones oficiales y públicas, que cualquier dialecto de los negros. Se puede escribir al gobierno en todos los idiomas europeos, menos en polaco... La proporción en los empleos públicos, demuestra que aquellas funciones superiores, influyentes, bien retribuidas, no son accesibles á los polacos... De los 11.003 funcionarios que tiene la Polonia rusa, no hay, propiamente, más que unos 3.285 polacos, El polonismo no existe en todo lo que se refiere á Justicia é Instrucción. De los 558 presidentes y vice-presidentes de los tribunales, jueces y procuradores, no hay más que 21 nativos. La Corte de Apelación de Varsovia no posee ni un sólo polaco. Lo mismo el tribunal de Comercio. Y lo mismo muchos tribunales inferiores de paz.. Las escuelas presentan el mismo espectáculo: del total de 1.516 profesores y agregados, maestros de instrucción superior, secundaria y primaria, son polacos 164: los demás son rusos....»

Estos datos demuestran que la administración no tiende á otra cosa más que á la *explotación fiscal y á la rusificación.* «Los tribunales no administran justicia; las escuelas no enseñan jamás; funcionarios y magistrados

no hacen más que *rusificar*; *rusifican* ls iglesia católica, las instituciones sociales, á los jóvenes, á los niños, á los campesinos, á los burgueses...» De este modo, ¿cómo es posible educar á la generación presente en las máximas sagradas del deber patrio más santo y del nacionalismo más puro? La Polonia está llamada á desaparecer—dirían los rusos conquistadores:—nosotros la ahogaremos: ahogaremos la aspiración de los jóvenes en las escuelas, ahogaremos la justicia en manos de jueces mercenarios, ahogaremos el ideal en los propios corazones para que no produzca raices de separación y de levantamiento.—Lo están ahogando, en efecto. El más ínfimo oficial ruso—dice el periódico aludido—puede suspender á su antojo el ejercicio de todos los derechos. ¿Qué más prueba queréis que esa?

Y además, una de las políticas más características del gobierno de ocupación, es la de sembrar el odio hacia los judíos. Por cualquiera algarada judío-polaca, los cosacos incitan á los unos conta los otros para que se maten, para que se destruyan.,. Que mueran todos ¿qué importa? Mejor: así no habrá más que rusos, más que cosacos...

Esa sed terrible de sangre, de injusticia, de crueldad, la van á pagar algún día los bárbaros súbditos del zar. Ya la han pagado en la guerra con el Japón. Oid lo que dicen los hijos de Polonia:

—«Por la parte del Extremo Oriente vienen unos hombres pequeños, raquíticos, de rostro amarillo, de mirada oblicua, de una raza que hasta ahora se tuvo por inferior. Y esos hombres derrotan á la gran Rusia, y además de derrotarla, destruyen, aniquilan, reducen á pavesas todos nuestros *prejugés historiques*. ¿Y qué decimos históricos? Destruyen incluso las doctrinas filosóficas que se tenían por más firmes é inconmovibles en la humanidad. Ellos triunfan, y para su triunfo no necesitan de religión porque carecen de religión. Ellos, los inferiores, los de raza amarilla, los de ojos oblicuos, han resuelto ya problemas tan arduos como la libertad y la emancipación de la mujer. No es que están á la altura de los europeos; es que están por encima de la mayor civilización europea. ¿Y eso no quiere decir nada? ¿no anuncia catástrofes mundiales?»

Por eso los polacos esperan, confían... No esperan de sus fuerzas materiales, de sus cañones y de sus fusiles: esperan de su cultura, de su nacionalidad.

Después de todo, el triunfo del Japón—para Máximo Gorki—no fué el triunfo de un Ejército: fué el triunfo de una civilización.

¡La pobre y destrozada Polonia!

Los hombres que respetan de algún modo todo movimiento patriótico hacia la emancipación, tienen que rendir un homenaje de respeto

al desgraciado país sometido. Porque Polonia, además de la tiranía cosaca, sufre otra todavía, también cruel y terrible, también odiosa é injusta: la tiranía prusiana. Y, sin embargo, los polacos repartidos entre naciones no han perdido ni un solo momento la fe en el porvenir. Son ardientes, son apóstoles, son visionarios... Al través del horizonte lleno de sangre y de brumas, columbran todavía la última esperanza, el último sueño quimérico.

Si los rusos matan, reprimen, ahogan, los alemanes, en cambio, menos violentos y brutales, se contentan con despolonizar. «Sin querer germanizar sistemáticamente—decía el ministro prusiano en el Landtag, el año 1902 —nos mantendremos firmes en este principio: todos los que son súbditos del Estado alemán, deben ser, necesariamente, alemanes.»

Del libro de Victor Berard *(L'Empire Russe et le Tsarisme)* reproduzco estos datos de la ocupación. En 1887 se expulsó en masa á todos los polacos, súbditos rusos, que residían provisional ó definitivamente en el territorio prusiano. En 1901, en Wreschen, á algunos kilómetros de la Polonia rusa, los instructores prusianos *ejecutaron* á los niños que no querían aprender el catecismo en alemán... Los parientes que quisieron intervenir, fueron arrestados y el tribunal prusiano de Gnesen condenó á las mujeres á algunos años de prisión. El ministro

de justicia decía en el Landtag, con respecto á este caso, que podría parecer un poco duro el castigo, pero se debe recurrir á las penas más severas para los delitos insignificantes, cuando se trata *de una revuelta profunda contra el orden público y la seguridad del Estado.* «La insolencia polaca—decía Guillermo II—quiere atacar nuestro germanismo y yo me veo precisado á apelar á mi pueblo para la defensa de su patrimonio nacional.» Y apeló al pueblo. Y el pueblo contestó fundando una asociación que tiene por único objeto emprender la cruzada anti-polaca. La asociación se llama *Ostmarkverein.* Veinte mil, treinta mil alemanes envían presurosos su testimonio de adhesión á este grupo demandando ardientemente una campaña enérgica por obtener la germanización completa de Polonia, por desposeer de sus terrenos á los pequeños propietarios, por la instalación de colonias germánicas, por la enseñanza obligatoria y exclusiva del alemán, por la imposición de nombres alemanes á los lugares, á los hombres y á todas las cosas, de libros alemanes en las bibliotecas y en las escuelas, por la expulsión de campesinos y obreros polacos que, súbditos de Rusia ó de Austria, van en gran número á las aldeas y poblaciones prusianas, y por prohibir la entrada de jornaleros que establecen una competencia á los jornaleros prusianos.

¿No es verdad que estas líneas destilan

amargura? ¿No es verdad que deben pertenecer, por su crueldad, por su despotismo, por su injusticia, á la más bárbara de las edades? Y, sin embargo, repito que Polonia entera, aún en el fondo de su sufrimiento y de su dolor, todavía espera. No hablemos ya de Austria y de Hungría, contra los cuales el odio polaco no es mayor: en los parlamentos de Viena y de Buda Pest, al decir de Victor Berard, se sostienen las mismas teorías de despolonización.... Es que en el contacto de pueblos en que hay jerarquía de superioridad y de dominación, los fuertes ponen su pie sobre las espaldas encorvadas de los sometidos. La Historia se repite. Los casos excepcionales son fenómenos pasajeros de la vida. Justicia, Humanidad, Derecho: una quimera, una bella quimera que no debe desaparecer para que el dolor no sea tan grande ni tan inhumano.

¿Y qué piden los polacos? ¿Qué desean? ¿Qué hacen? Mantenerse firmes procurando recobrar la nacionalidad perdida. Las familias de los intelectuales no envían á sus hijos á las escuelas para no aprender la palabra *despotismo*. Recuerdan sus glorias nacionales, sus héroes muertos en la lucha, esperan en el porvenir, en el mañana dulcemente anhelado; quizás sueñen en un país fuerte que los defienda y los haga otra vez libres..

En el campo de la lucha política, he aquí lo que piden al gobierno ruso, por boca del *Partido Polaco Socialista,* el más extendido en Polonia:

I. Libertad de la palabra, de la prensa y de la conciencia;

II. Igualdad de derechos civiles, sin distinción de religión ni de nacionalidad;

III. Libertad absoluta de asociación y de reunión;

IV. Inviolabilidad de la persona y del domicilio;

V. Autonomía de villas y comunas rurales;

VI. Enseñanza gratuita y universal;

VII. Libertad ilimitada de la vida nacional; lengua polaca en todas las instituciones públicas; eliminación del elemento extranjero en las funciones públicas;

VIII. Derecho al desenvolvimiento nacional libre á favor de los judíos y de otras minorías.

Y luego, como si encontraran mucho el sueño y mucha la libertad para la situación en que se hallan, consignaron al final, este párrafo:

«Nosotros no podemos conseguir estas libertades necesarias más que en nuestro propio parlamento, elegido por el pueblo, sobre la base del sufragio universal, igual, secreto y directo».

Eso es lo que piden. Los demás partidos coinciden con los puntos esenciales de esta

«plataforma», á excepción de uno,—¡uno solo!
—el que besa la mano del verdugo, el que
elogia al zar y á su gobierno.

He ahí la esencia del nacionalismo polaco,
consignada en los ocho puntos que transcribo
arriba. Hay en ellos grito de patria, grito de
justicia, grito de reivindicación; pero ¡ay! no
pasa de ser un grito. No saben que los fuertes,
desde que dominan, hacen oidos de mercader,
si es que no se vuelven sordos.

Y hay ejemplos, muchos ejemplos...

La Rusia putrefacta

El Monarca maldecido.

Después de estar algunos días en Rusia y oir de la gente del pueblo su queja amarga contra la situación, inmediatamente acude á los labios lo siguiente: «Rusia es el país más corrupto de la tierra.» Pero esto no es nuevo. Todos los escritores y periodistas que han venido á esta tierra, han dicho y repetido la misma verdad desconsoladora. Las censuras más acerbas, los dicterios más demoledores, las frases más sangrientas se han dirigido contra este gobierno de hoy. Su figura, delante del pueblo que sufre, es una figura de odio y de maldición...

Empecemos por el zar, emperador y autócrata de todas las Rusias, Rey y Papa, jefe del gobierno y jefe de la Iglesia, lo mismo que en tiempos antiguos, á quien se debe obedecer incondicionalmente, «como por un mandamiento de la ley divina.» Detrás de

él vienen los consejeros áulicos, más poderosos todavía, dueños absolutos de la voluntad y del poder. Luego viene la máquina complicada del gobierno, incompresible y absurda, pues hasta hoy no hay sistema de organización, no hay estabilidad ni fijeza, lo mismo en los funcionarios que en los organismos. Crean hoy lo que mañana destruyen; levantan y suprimen: cambian y modifican... Todo inmediatamente. He intentado estudiar las diversas funciones de los varios organismos gubernamentales, y me han dicho que la tarea es imposible en un gobierno arbitrario. El capricho del zar es el sistema: la ley es el deseo soberano; nada más. Los que quieran saber las funciones concernientes á cada departamento se llevarán un desengaño. Todos obedecen y todos mandan; todos gobiernan y todos son gobernados: el Consejo de Ministros, el Santo Sínodo, el Senado dirigente, el Consejo del Imperio, el Consejo del Ferrocarril Transiberiano, el Consejo del Extremo Oriente, etc., etc. Cada organismo de éstos tiene bajo sus órdenes una infinidad de sub-organismos y y sub-departamentos. Nadie entiende, sin embargo, cuáles son las verdaderas funciones de cada uno, y por eso todos, en la marcha complicada de los negocios del Estado, no realizan más que una sola función verdadera: *desorganizar*.

Pero por encima, muy por encima, en el

alto sitial de la autocracia y del despotismo, está Pobedonotsef. Es el tirano sanguinario. Es el monarca maldecido. Su figura se levanta terrorífica, implacable. Sus manos, que empuñan el cetro, están manchadas en sangre de millares de víctimas. Es el mago-profeta, el rey-dios. El zar sigue sus caprichos. El pueblo le odia. Su voluntad es satánica demoledora. Cuando todos en el gobierno dudan, tiemblan, y se sienten inclinados á conceder libertades al pueblo, él, solo, con su voz respetada y odiada, impone silencio é invoca la Santa Tradición en virtud de la cual el zar no tiene derecho á reformar lo existente. Sobre su cabeza está la verdadera tiara del Imperio: en sus manos fulguran la pluma, el poder y la cruz. Es el procurador general del Santo Sínodo, secretario de Estado y consejero privado, oráculo del Poder Espiritual y oráculo del Poder Imperial. Es todo.

Las libertades individuales.

Para los que venimos de países de libertad, y entramos en esta Santa Rusia, y nos sometemos al gobierno de estos funcionarios implacables, la vida es enteramente sensacional. Lo primero que obsesiona es el pasaporte. El viajero que viene sin pasaporte, tiene su pasaporte hecho para la cárcel. En los trenes que circulan de pueblo á pueblo, al llegar

á los hoteles, en las mismas calles de Moscow ó de Petersburgo, lo esencial es el pasaporte. Pasaporte os piden los mozos, los empleados de hoteles, los agentes de aduanas, los funcionarios del gobierno. Y esto que, al parecer, sólo debe exigirse á los forasteros, es más obligatorio todavía para los mismos habitantes del Imperio. Todo ciudadano ruso debe poseer su testimonio de identificación, y el mero hecho de no tenerlo «se considera como «un crimen castigado con la deportación á «pie hasta el lugar del nacimiento». Nadie puede andar con seguridad, por las calles frías y desoladas, sin pasaporte en el bolsillo. Pasaporte para poder cambiar de casa: pasaporte para alquilar una habitación: pasaporte para negociar: pasaporte para construir una vivienda; pasaporte para ir de un barrio á otro: pasaporte hasta para amar y para vivir. «El que quiera pasar una noche con sus «amigos en un sitio que no fuera su casa y esté «sin pasaporte, será multado con 250 rublos».

Y por virtud de estos inconcebibles atentados á la libertad individual, el poder de la policía es ilimitado. Oíd lo que leo en un libro: «Si queréis reunir á una docena de amigos en vuestra casa hay que participarlo á la policía. Si son ellos estudiantes, es mejor no hacerlo, aunque fuera V. el profesor y quisiera explicarles alguna materia. Para poder leer una conferencia literaria ó científica hay que par-

ticiparlo al gobierno, el cual enviará su representante. Tenéis que entregar una copia del discurso al representante para evitar que leais una cosa distinta del original.» Aún hay más: es preciso no *impresionar* al auditorio, porque corréis el peligro de entrar en la cárcel. Un periodista de Siberia fué enviado á la prisión de St. Petersburgo por haber cautivado vivamente, en una conferencia, la atención del público. Se cita el siguiente caso muy típico: cuando el cólera devastó el imperio el año 1892, un higienista se acercó al gobernador en Riga piliendo permiso para leer una conferencia sobre las consecuencias fatales del contagio. El permiso fué denegado y hubo que dar gracias al cielo porque no se arrestó al solicitante. Hay que advertir que la conferencia había aparecido ya en un periódico de la localidad. Leed la siguiente orden del gobernador de Bessarabia: «Prohibidas todas las reuniones, mitings y asambleas en las calles, plazas y lugares públicos. Prohibido reunirse en las calles, que impide el libre transito. Para las reuniones en casas privadas al objeto de discutir estatutos de asociaciones, es necesario el permiso de la policía, la cual determinará la fecha y la hora de la reunión.»

¡La policía! ¡Siempre la policía! Es el brazo ejecutor de las infamias del gobierno, el organismo más corrupto de esta corrupta administración. Para vivir con alguna tranqui-

lidad en Rusia es preciso sobornar á la policía. Propiamente, la policía sólo existe para eso. Como está mal pagada tiene que recurrir al medio más fácil de ganar. Cuentan que Trepoff, el gran Trepoff, durante el tiempo que desempeñó la prefectura en St. Petersburgo, había obtenido la enorme suma de 11 millones de rublos en sobornos. Esto se comprende: únicamente de cada club—y los clubs son muchísimos, porque se juega en grande—recibía mil rublos mensuales. La mayoría de los policías está en combinación con los ladrones y participa de los productos del latrocinio. Dicen que, al fin, el gobierno se enteró de estas maquinaciones y lanzó un edicto prohibiendo los sobornos. Pero ¡quiá! al día siguiente, los policías duplicaban sus tarifas.

Un señor preguntó al jefe:

—Señor, ¿por qué quiere V. que le pague más ahora que se prohibe el soborno?

Y el jefe contestó impasible:

—Porque, en cambio, ha encarecido la vida en Petersburgo.

Los periódicos.

Con respecto á la censura de libros y periódicos, las limitaciones son estrictísimas. El gobierno tiene un catálogo de obras permitidas. Fuera de ellas, es imposible leer otra cosa. Se calcula que solo el 3 por 100 de

los libros de autores rusos, es de libre circulación. Fuera el gran Korolenko. Fuera Gorki, Stepniak, Nekrasov. Fuera Gogol, Turgueneff, Tolstoi. Fuera todos los mejores.

Sólo se señalan libros de devoción y algunas novelas inocentes de niños. En las Escuelas, los alumnos en cuyo poder se encuentran libros sospechosos, quedan expulsados, al momento. Los profesores tienen el deber de la vigilancia estricta y de enviar á la policía un report sobre la conducta escolar. Pero ¡qué reports más ingenuamente suspicaces! A veces—nos decía el corresponsal del *Times*—se participa el más mínimo movimiento, el cambio de lugar de los libros, la forma de colocarlos, las mesas de escribir... ¡Tan grande es el temor! ¡Tan revolucionarios son estos jóvenes!... Excusado es decir que les está prohibido ir á los mitings, oir los discursos, asistir á las manifestaciones populares...

Para fundar un periódico es preciso que el director sea reconocido como persona «bien intencionada»: en cuanto tenga «una sombra, un lunarcillo,» una mancha sospechosa, al licencia es imposible. Y más vale así. Más vale que la prensa rusa se callara perpetuamente, muriera ahogada antes de nacer ó dejara de existir para siempre. Desde el primer día de su vida pública, el gobierno se le echa encima como una odiosa imposición·

Las medidas coercitivas, en efecto, no las ha podido imaginar nadie. ¡Tan brutales y al mismo tiempo tan risibles! Oíd estos renglones: «Cuando el cólera aparece en los alrededores del imperio, la prensa está obligada á no decir una palabra. Si se prepara una reforma financiera, un tratado mercantil con los paises, la prensa está obligada á callarse también. Si un Banco se declara en quiebra, ó se declara insolvente, por uno ó por otro motivo, la prensa no debe dar ninguna información sobre el hecho. Mientras Alejandro III permanecía enfermo en cama, estaba absolutamente prohibido á los periódicos hablar de la enfermedad. Prohibida toda información sobre los procesos criminales ó políticos. Prohibida toda información sobre el estado de los campesinos y sobre las relaciones de éstos con los propietarios. Prohibida toda discusión sobre el movimiento obrero, sobre los disturbios y las persecuciones religiosas, sobre cualquier otro problema importante para el país». El gobierno tiene el monopolio no solo del poder, sino de la inteligencia, del criterio, de la opinión pública. Todo germen de gallardía intelectual se ahoga. Todo indicio de reforma se mata ó se hunde...

Pero no sólo las prohibiciones abarcan las informaciones de carácter general ú oficial, sino hasta las de carácter privado. Hay familias de la aristocracia, acerca de las cuales la

prensa no debe decir una palabra. Son seres privilegiados: son intangibles. Sucede un conflicto doméstico entre nobles, un escándalo, una escapatoria amorosa, y ya está el gobierno amordazando la prensa. Se efectúa un lance, un desafío entre duques, y los periódicos tienen que callarse. Es el imperio del despotismo, de la distinción, de la arbitrariedad y de la autocracia más absurdas.

El patibulo ruso.

Absurdas, sí. Inverosímiles. En ningún país se ha visto semejante monstruosidad. La revolución rusa se justifica, por consiguiente. Hay que llamarla; hay que despertarla. Los pueblos que toleran por más tiempo semejante infamia ó son degradados, ó son serviles. Pero ¡ay! Los actos más mínimos de protesta y de rebelión son castigados con matanzas horribles, con sangre de inocentes y de niños, con arrestos, con incendios y con deportaciones. Ahí va un hecho. En Mayo de 1902, no pudiendo ya los campesinos de Poltava y Harkov soportar tanta hambre y tanta ignominia, se decidieron, en masa pacífica, á entrar en los graneros de los propietarios sacando trigo y patatas. Enarbolaban la bandera de Tolstoi. Pedían el reparto de las riquezas, puesto que los ricos tenían muchas y ellos no tenían nada. Estos grupos de campesinos, que

ejercitaban lo que creían un derecho en la vida, fueron dispersados por las tropas cosacas que llegaron á «defender» las poblaciones. La obra de muerte empezó fría y horrorosa. Fusilaron, incendiaron, asesinaron, violaron... Los campesinos pagaron este acto con el precio de su sangre y de sus vidas y con el honor mancillado de sus mujeres. Todos recuerdan todavía aquella famosa manifestación obrera, capitaneada por el P. Gaponi, en la mañana del Domingo Rojo, ante el palacio de Invierno. Aquel pueblo pacífico y hambriento iba á exponer al zar y padre común las quejas más ardientes de su corazón. Creían que el emperador era magnánimo, era, realmente, el padre de su pueblo. ¿Cómo se les recibió, en cambio? Desde las puertas del palacio suntuoso fueron arrojados como perros. Sonaron descargas de fusiles contra las legiones obreras. Muchos, muchísimos perecieron. Muchos, muchísimos resultaron gravemente heridos. Ejercitar en Rusia el derecho de petición es un crimen, como el tirar una bomba ó como el clavar un puñal en el corazón de los monarcas.

¡Los arrestos de todos los días, las decapitaciones, los destierros! El corresponsal del *London Times* me dice que se calcula en ocho personas al día el promedio general de los que mueren en la horca. La cifra, sin embargo, es de dudosa veracidad. La mayoría

de los que suben al patíbulo suben por delitos políticos. Porque aquí, en esta Santa Rusia, en esta Rusia terrorífica y sangrienta, hasta el robar un botón puede resultar un crímen político. Como una gran parte del territorio se rige por leyes especiales, que suspenden de plano los derechos constitucionales,—en 1906, las dos terceras partes del Imperio estaban regidas por legislaciones especiales—los funcionarios quedan investidos de facultades omnímodas. Funcionan dos cortes: la civil y la militar. Los funcionarios que arrestan quieren ver en el robo más insignificante un crímen político, una pequeña insurrección, y ya tienen motivo para enviar á los acusados á la corte militar. Y ya se sabe: la corte militar no tiene más que una condena: la pena capital.

Todo esto me lo asegura un caballero distinguidísimo que vive desde hace mucho tiempo en Petersburgo y que tiene motivos para saber o que dice.

No hay duda, la Rusia necesita una revolución.

Los arrestados politicos.

El número de arrestados por crímenes políticos llega á cifras enormes. He visto algunos datos estadìsticos de personas que han sufrido los horrores de la deportación: en 1880 el

número de ellos ascendió á 2 873. En la primavera del año 1901 cerca de 16.000 salieron únicamente de la capital, St. Petersburgo.

La estadística oficial de personas acusadas por delitos políticos trae lo siguiente:

1894	919	1899	1.884
1895	944	1900	1.580
1896	1.668	1901	1.784
1897	1.427	1902	3.744
1898	1.114	1903	5.590

Pero esto se refiere á años anteriores. Los datos recientes sobre condenas á muerte y crímenes políticos, en los dos años siguientes al famoso manifiesto del 30 de Octubre, los encontramos en el último discurso de Milyoukov:

«En estos dos últimos años—dice—el número de criminales sentenciados á muerte (casi todos por crímenes políticos) llega á la estupenda cifra de 2.717, de los cuales 1.780 fueron ejecutados. El número de condenados por delitos políticos es 18.274. mientras en épocas anteriores no ha excedido jamás de 1.000 al año, y el año 1904—que tuvo 4.000—se considera como un año excepcional.

«De los 18.274 condenados, 1.114 eran periodistas. Dentro de dicho período de tiempo, se han suspendido 938 publicaciones.»

Milyoukov señala los dos referidos años como demostración evidente de que las libertades del Manifiesto no son más que patrañas

del gobierno y que, al contrario, se ha querido con ello engañar una vez más al pueblo oprimido y continuar con mayor infamia la obra de esclavitud y de barbarie.

Los judíos.

Esto, con respecto á los habitantes rusos, en general. En lo referente á los judíos, á los pobres judíos errantes, la opresión es, más que terrible, brutal. Hemos visto cómo están considerados los polacos, á quienes se les rusifica con procedimientos crueles y sangrientos. Pues bien: para con los judíos [illegible] peor. Se les prohibe todo: tener un poco de derechos, un poco de libertades, comerciar, instruirse, respirar, vivir... Hay una ley que les niega hasta el derecho de reunirse en sus domicilios particulares para celebrar el culto á su dios. Viven en barrios obscuros, los más sucios, los más estrechos, y allí, en medio de esa vida miserable y vergonzosa, todavía no están libres del despotismo sanguinario de los zaparogas. Porque se organizan matanzas, terribles matanzas... ¿Os acordáis de las de Kichineff? Si yo transcribiera una descripción cualquiera de esas escenas de sangre, el ánimo menos predispuesto no podría contener un grito de protesta y de maldición. Se incendian las casas, se asesina á sus hombres y á sus niños, se viola á sus mujeres, se destruye

todo. En las páginas de Korolenko, llenas de fiebre, de verdad y de luz, que describen de un modo maravilloso esas sangrientas escenas de barbarie, hay gritos de rabia comprimida, de algo que pide justicia, de algo que pide venganza, ante tan bárbaras represalias.

Toda la población está sometida al capricho del último funcionario. Lo que éste quiere eso se hará. Si un policía quiere divertirse á costa de los pacíficos ciudadanos, no hará más que organizar una serie de fusilamientos. Cuando el jefe llega á intervenir, se le dice sencillamente: —*Los he fusilado porque han querido rebelarse.*

Por eso los pobres judíos, en grupos compactos, en legiones de hambre y de miseria, emigran á lejanos países en busca de paz. El territorio ruso es para ellos peor que la muerte. En ningún rincón encuentran tranquilidad. En todas partes, en los barcos que transportan mercancías, en las calles populosas de las ciudades, en los puertos de todos los mares y de todas las tierras, los veréis siempre, mendigos y silenciosos, silenciosos y hambrientos, huyendo de Lublim ó de Minsk, de Kichineff ó de Lodz...

En el ramo militar los judíos se portan bien, porque son disciplinados y porque son leales. Pero se les prohibe el ascenso á oficial. No pueden siquiera llegar á maestros de banda,

aunque fueran grandes músicos. Como comerciantes en alcohol, hacen pingües ganancias. El gobierno, que es envidioso además de déspota, les prohibió vender alcohol y estableció el monopolio. Los judíos sienten deseos de instruirse, pero les está prohibido hasta eso. En St. Petersburgo, el año 1900, de los 800 alumnos universitarios, solamente se admitió á 14 judíos. En la Universidad de Dorpat, de los 70 estudiantes judíos que solicitaron matrícula, sólo se admitió á 18. Y es preciso que el estudiante sea torpe, porque si llega á sobresalir en clase, si se llega á saber que es inteligente y listo, inmediatamente es vigilado por la policía como persona sospechosa. Además, no hay que terminar la carrera, porque el licenciado puede considerarse «ipso facto», con un pie en la cárcel.

En Tomsk, Siberia, los judíos que no están inscritos en la población urbana, son expulsados del territorio. Pero, además, hay lo siguiente: basta el capricho de un funcionario para la deportación. El gran duque Sergio mandó arrestar una noche á más de dos mil judíos, los cuales, á la mañana siguiente, fueron deportados. Un decreto del año 1890 los declara á todos inhábiles para ocupar cargos electivos.

Los armenios.

¿Y los armenios? ¡Oh, los armenios! Hablar de los armenios sería repetir la misma historia de sangre. Si los judíos tienen su Kichineff, los armenios tienen su Bakú. La famosa lucha fratricida, entre judíos y armenios, en Febrero de 1905, es una prueba clara de las intenciones inhumanas del gobierno. En los largos días que duró el combate, la policía, que es terrible para arrestar y para fusilar á los inocentes, dejaba, en cambio, á los armenios y judíos en su guerra desastrosa á muerte. Y no se contentaban con esto. Las crónicas dicen lo contrario. Las crónicas dicen que la policía, siempre que pudo, ayudó á los judíos para que la matanza de armenios fuera mayor. Las armas que usaban los judíos se dice que eran del gobierno. He aquí un documento que encuentro en la obra de Carrillo. Lo suscribe la Federación Armenia. Leedlo. Es espantoso. Es inverosímil:

«En esta comarca—dice—donde antes millares de huelguistas de todas nacionalidades fraternizaban en grandiosa manifestación contra el capital y el absolutismo, la burocracia rusa ha logrado enconar los ánimos de dos vecinos seculares y tranquilos: el pueblo musulmán y el pueblo armenio. El resultado ha sido una espantosa matanza que duró

varios días. Ochocientas personas perecieron en ella y los heridos no bajan de 1.500. El barrio armenio de Bakú quedó destruido; las casas, incendiadas; familias enteras perecieron abrasadas en ellas.

«¡Y las autoridades impasibles!... Desde el gobernador hasta el último cosaco, todos contemplaron indiferentes aquellas terribles escenas de barbarie. Mas no por esto se crea que permanecían inactivos. Los agentes de policía y los cosacos habían recibido orden de desarmar á los musulmanes. Algunos millares de obreros armenios se aventuraron á venir en socorro de sus compatriotas, pero al llegar á las puertas de Bakú, los cosacos los desarmaron y los tomaron prisioneros. ¡En tanto, las partidas de musulmanes circulaban por todas partes, matando, saqueando, incendiando!... Sólo unos cientos de obreros de la Federación Revolucionaria armenia, lograron, á pesar de los cosacos, con su bravura, rechazar á los musulmanes de algunos barrios armenios. Esto explica por qué la mayoría de las víctimas fueron armenios y sólo hubo 251 heridos musulmanes.»

Los finlandeses.

Hasta los mismos finlandeses, la Finlandia libre y constitucional cuya autonomía se había jurado no violar jamás, son víctimas ahora

de la política concusionaria del gobierno. Alejandro I proclamó solemnemente que jamás se atentaría contra las leyes civiles ni contra las leyes políticas de Finlandia. Alejandro II prometió respetar la Constitución, y la respetó. Alejandro III siguió el ejemplo de sus predecesores. Pero al llegar á este débil monarca de hoy, al llegar á Nicolás II, toda la palabra empeñada de los predecesores, fué inicuamente violada. Pobedonostsef, Kuropatkin y Bobrikof triunfan sobre los manes de los monarcas fallecidos. La intriga y el rencor han podido más que la justicia, la promesa y el buen corazón. En efecto: dos edictos imperiales de Marzo de 1903 entregan al gobernador ruso del gran ducado el control general del país. Le han hecho un pequeño zar. Controla la administración; controla la enseñanza; controla las manifestaciones públicas, los mitings, el comercio; arresta y deporta; impera y castiga. Es un dictador.

Y ya he dicho que no se trata de polacos, ni de judíos, ni de armenios. Se trata de finlandeses, de amigos, de aliados, pero á quienes Nicolás II, siguiendo la inspiración de sus consejeros, acaba de reducir á la misma vergonzosa condición de los demás súbditos del imperio, es decir, á la condición de rebaños inconscientes del Déspota y del Tirano.

El fanatismo popular

El dicho general de que no hay mayor fanatismo que el fanatismo ruso, es una verdad muy triste. Porque no hay fanatismo sin ignorancia, y ya se sabe que la masa del pueblo ruso *duerme* en la más negra noche de los tiempos. Los que quieren reirse un poco no harán más que visitar los templos y recorrer las calles. Los iconos barbudos y enigmáticos abundan. Ante ellos arden perpetuamente los cirios del tabernáculo, luce el oro de la religión y se postran de hinojos los fieles súbditos del zar. En todas partes existe fanatismo, pero no sé por qué aquí, ante el espectáculo de los mujiks que rezan, que se santiguan, que tocan con la frente las baldosas del templo, en una serie de actitudes grotescas, parece que la ceguera es mayor y la superstición más abominable.

En una de las muchas catedrales de Petersburgo hemos visto sucesivamente santiguarse tres, cuatro, seis veces, besar las

imágenes y rezar, á un místico aldeano y á una niña inocente. La niña apenas contaría sus seis años y como no podía llegar hasta el puesto del icono, se encaramaba por las columnas que sostienen los altares, trabajosamente, febrilmente, para acercar sus labios á los labios inmóviles del Santo. Y como los altares eran infinitos, la operación se hacía cada vez con mayor trabajo, pero siempre con mayor perseverancia y piedad.

¡Los iconos! Son ellos los que gobiernan las conciencias. En sus manos está el porvenir del pueblo...

Estos mujiks que oran delante del altarcillo de ascuas de oro, bajo la bóveda de las catedrales, ó en las esquinas de las calles, son cuadros perpetuos de la vida ordinaria. Se santiguan y, después de santiguarse á su modo, se inclinan, y luego oran, oran silenciosamente, angustiosamente, sin saber lo que oran.

Porque este rebaño dócil de la iconocracia no ha llegado á comprender todavía lo que es la verdadera religión. Para ellos la religión es la fórmula, el culto, la reverencia, algo que se paga con el gesto piadoso y angustioso, con la oración mística é incomprensible, con el oro de los tabernáculos, con el lujo de los altares, con los esplendores del rito. Penetrad en lo hondo del corazón moscovita que reza, y no encontraréis más que una dolorosa superstición. El alma rusa es la campana del

templo que toca siempre acentos divinos—dice una frase vulgar. Y es verdad. Alma en que se mezclan, en que se confunden el esplendor mundano y el misticismo de la fe, el fanatismo y la creencia, la luz pálida de la Cristiandad y los abismos obscuros de la edades mediévicas... He ahí la ortodoxia. De Bizancio es el culto, la pompa, la mundana oropelería, el cuadro de pedrerías y joyas, la inquietud por la dócil apariencia, por la sumisión servil, por la fórmula multiforme; pero es de Roma esa ansiedad fervorosa, ese espíritu vago que palpita y que se desconoce, esa ala ligera que vuela sin saber á dónde y que luego se ignora y que luego desaparece...

Y como todo es confuso, incomprensible, la religión practicada se llama fanatismo y la oración que sale de los labios es una letanía verbal sin sentido ni expresión.

Es fanatismo, sí, un fanatismo grosero, ciego, inconsciente, un fanatismo que reune á las masas y á los pueblos, en las grandes manifestaciones, para presentarlos como ofrenda á un dios vengador é incomprensible.

Porque el dios de los aldeanos rusos no puede ser jamás un dios de piedad. Nicolás II, el jefe de la Iglesia, Pobedonostsef, el Procurador del Santo Sínodo, no representan ante los ojos del pueblo más que un símbolo de venganza y de injusticia. Al contrario, el dios

de ellos debería ser un dios sanguinario é incomprensible, que castiga y que maltrata, en cuya diestra fulguraría siempre, como en las de los cosacos, la espada de guerra y de muerte...

Por eso estos campesinos, al orar, oran llorando de angustia, abrazados á su suerte que les hizo pobres y desgraciados.

Dicen que un día preguntó un pope:—¿Cuáles son las tres personas de la Santísima Trinidad?—Y el campesino contestó: - El Salvador, la Madre de Dios, y S. Nicolás, el Milagroso.—Si se hubiera preguntado en qué consistía la religión ortodoxa, indudablemente la contestación hubiera sido:—La religión ortodoxa, Señor Padre, consiste en hacer cruces, muchas veces, y encender velas á Cristo.

Los números, en efecto, demuestran que en la Santa Rusia hay mas ignorancia que religión. «El cristianismo—dice Novicow—no ha entrado todavía en la conciencia del pueblo. De cada mil rusos, 800 ó 900 próximamente no saben recitar ni mecánicamente el *Credo* de Nicea. De los 100 que lo recitan, gracias si hay 10 que comprenden su significado literal.» Y sin embargo, observad: imaginad el valor de tantas joyas que resplandecen en los santuarios, considerad la fastuosidad asiática de las catedrales. Ningún otro pueblo de la tierra llegará jamás á ese estado de adoración.

Ninguna nación presenta tanto tesoro, como ofrenda votiva de fe. ¿Qué les queda á estos pobres si tienen toda la conciencia vendida al culto sempiterno? ¿Qué se puede esperar de una generación completamente entregada á los arcanos de un ideal incomprendido?... Hasta en la última cabaña de los estepas palpita la misma llama ardiente, que ha destruido ya, por obra fatal del Destino, todo el edificio de esta grandeza moral, infecunda y maldecida..

Buscad, sin embargo, la fe, la fe religiosa. Un escritor contemporáneo dice que lo que anima al pueblo en el culto de su religión, no es el bien en la eternidad, al contrario, es la mundana recompensa, el más grosero, el más mercantil positivismo. *Do ut des*—esta es la fórmula. Cuando los rusos oran, no oran por un ideal lejano, sino por una prosperidad inmediata.

—Yo me postro ante tí, Milagroso S. Nicolás, y enciendo estos cirios y beso las baldosas de tu templo, para que me des mucho trigo y mucha avena y muchas patatas.

Y como no llegan ni el trigo, ni la avena, ni las patatas, los mujiks tienen que orar otra vez, llorando ante las inmutables imágenes de los templos...

Esta idolatría moscovita tiene además de aspecto utilitarista, otro que es un recuerdo, sin duda, de las antiguas supersticiones: la

creencia en milagros imposibles. Los santos más gloriosos que se adoran, los patriarcas mismos fallecidos en olor de santidad y los objetos que pertenecieron á estos personajes, conservados como reliquias en las arcas doradas de los templos, poseen para estos crédulos moscovitas el poder maravilloso de curar los humanos males. En tiempos de cólera ó de otras epidemias, los santos se llevan á los más lejanos rincones para ejercer el oficio de curanderos. Y cada visita de esas les cuesta á los mujiks cientos de rublos. Esto nos lo decía el guía de Moscow y ya se sabe que los guías saben más que la misma historia.

S. Nicolás, en efecto, es más adorado que Cristo, porque el primero hace milagros y el segundo, no. Delante del altar de S. Nicolás el pueblo pone diariamente su ofrenda; delante del altar de Cristo, reinan el silencio y el vacío. Cada santo es especialista en una enfermedad determinada. Así mientras unos ahuyentan el cólera, otros curan la tuberculosis, y los demás matan los microbios de otras enfermedades.

Y hay muchos que, no contentos con los santos de la Iglesia, crean los suyos propios. Entonces el culto se hace doméstico. Los dioses lares sustituyen á los santos nacionales, y he ahí entonces la religión exclusivamente familiar. En días de grandes fiestas, las imágenes domésticas se llevan á la Iglesia de la

aldea para contribuir al culto general y recibir, al propio tiempo, las adoraciones de la muchedumbre; pero muchas veces los popes se enfadan, porque todas las preces son para los dioses lares y nada para los santos de la Iglesia, y los pobres campesinos son arrojados, entonces, de las puertas de los templos, como los antiguos mercaderes de Jesucristo...

¡Oh, estas divinidades dispersas tienen una historia muy larga! Todas ellas están relanonadas con la sangrienta historia de las sectas que condujeron al pobre pueblo á una época de persecuciones y de muerte. Porque, si al principio se profesó universalmente la ortodoxia griega, más tarde vinieron las reformas, los cismas, las divisiones .. ¡Y qué terribles y qué horrorosas luchas se originaron entonces! Nikon, Tvereetinov, Sotoief, Eufemio, Philippovitch, y más modernamente el piadoso heresiarca, Leon Tolstoy...

Y esas sectas se fundaron por motivos tan fútiles que yo llamaría infantiles. ¡Cómo! Si la diferencia fundamental que establecieron los teólogos, después de largos estudios, entre la iglesia rusa y la griega y que motivó la separación, consiste en los famosos nueve puntos, que yo considero, como todos considerarán, probablemente, nueve tonterías.

Leed, si no:

«I La confesión griega reclama, en honor de la Trinidad, un triple *Aleluya;* en tanto que el dogma ruso no admite más que dos *Aleluyas* en honor de la doble naturaleza de Cristo.

II Los griegos, en homenaje también á la Trinidad, hacían el signo de la cruz con los tres primeros dedos de la mano; mientras que los rusos sólo elevan el índice y el de en medio, porque ellos simbolizan las dos naturalezas de Cristo.

III Los griegos conducían sus procesiones por las Iglesias en sentido contrario á la dirección del sol; los rusos siguen la dirección del sol.

IV Está prohibido á los popes rusos el afeitarse—lo contrario de los griegos—porque, creados á la imagen de Dios Padre, no podían contradecir al Eterno, que ostenta su luenga barba.

V En la confesión de la fe griega se dice «cuyo reino es eterno»; en el misal ruso se dice «que será eterno.»

VI Los griegos no ponían más que un pan sobre el altar; los rusos hasta siete panes.

VII Los griegos, en sus plegarias, rezaban: «Jesucristo, nuestro Dios»; los rusos, «Jesucristo, hijo de Dios.»

VIII Los griegos escribían el nombre de Jesús, *Jisos;* los rusos lo escriben, *Jssos.*

IX Los griegos no admiten más que la cruz

de ocho puntas, y consideran la cruz de cuatro ó de seis puntas como latina y, por tanto, herética.»

No está, sin embargo, en estos nueve puntos de la disidencia lo que realmente demuestra el estado de fanatismo popular. Está en las sectas, en las innumerables sectas que aparecieron sucesivamente llevando á la práctica del culto actos tan monstruosos y extravagantes que solamente se podrían explicar suponiendo en los sectarios un grado incalculable de aberración mental. Imaginad un cuento de sangre y de delirio, un cuento de extravagancias y de locura, un cuento creado por una fantasía atormentada en que hubiera un Torquemada sanguinario, cuadros de fuego y de matanzas, de maldades y de impudicias, legiones de creyentes en el delirio de su fanatismo, y todavía eso sería poco.

La aparición de los heterodoxos, de los que quisieron cambiar la interpretación de la Biblia, originó las sectas de diversas índoles. Hay, por de pronto, dos clases principales de heterodoxos: el primero admite el sacerdote, el segundo, no. Pero no es esto lo principal. Lo principal es el culto estrafalario, los actos de suplicio á que se entregaban de la manera más tranquila para ganar el reino de Dios. Los heterodoxos del primer grupo consideraban que la muerte por el fuego es

el mejor medio para ganar la Eternidad. En efecto, la creencia popular despertó tanto entusiasmo que, al momento, legiones de creyentes acudían á las hogueras hasta perecer en ellas. «Los predicadores—dice Julian Juderías en su libro sobre Rusia—recorrían los pueblos sin temor á la persecución, anunciando el fin del mundo, la desaparición definitiva y violenta de la especie humana, ponderando los supremos encantos del martirio voluntario y ejerciendo tal influjo en la gente que hasta los niños acudían presurosos á la hoguera. En el espacio de 10 años se suicidaron 20.000 personas.» Este mismo hecho lo confirma Milyoukov. Las sectas en que se subdivide este grupo, son todas adoradoras de la muerte. Las unas arrojaban á sus niños á los bosques para que los comieran las fieras; las otras los estrangulaban para que murieran antes de cometer pecados en la vida; hay otras que ponían fin á la vida de los enfermos para gozar pronto de los bienes de la Eternidad.

Las sectas del segundo grupo son también numerosas. Una de ellas ha prohibido el uso del sombrero y de los cabellos largos, y es la *feodowskaya*; la *filipowskaya* admite la cremación en la vida; la *samokrechnskaya* se atribuye poderes sacerdotales: los errantes *straniki* no reconocen autoridad alguna, ni admiten el matrimonio, ni toleran la existencia de los hijos.

Pero hay otras muchas cuyo culto haría reir á cualquiera. Por ejemplo, la secta de los *skoptis* y de los *jlistas*. Estas dos admiten, como las demás, la muerte por el fuego. Es, para ellos, una muerte deliciosa. Los *skoptis* ó los *palomas blancas* mutilan sus órganos para huir del pecado del matrimonio, porque la tentación de la mujer es fuerte, incontrastable. ¡Oh! Pero se han ideado los medios más estrafalarios para aborrecer el pecado carnal. En el libro sobre religión rusa de Leroy Beaulieu, encontramos el siguiente caso:

Una tarde, en cierta casa de Moscow, dos hombres de los *skoptis*, tomaban el te, según costumbre rusa.

Uno, el más joven, tenía la cara fresca, saludable, en la hermosa naturalidad de los veinte años. El otro, de alguna más edad, pero joven aun, estaba blanqueado como un *clown*.

—Las vírgenes comparecerán solas y puras ante el supremo tribunal de Dios—decía sentenciosamente el enyesado.

—¿Y qué hacer, Dios mío, si una mujer joven nos mira?—preguntaba, augustiosamente, el mozo.

—¿No sabes las palabras del Salvador: «*Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y échalo á los perros?*» He aquí lo que debemos hacer: *matar la carne* Es necesario que

nos asemejemos á los ángeles incorpóreos, y esto solo se logra *blanqueándose.*

—¿Qué es blanquearse?

El viejo entonces hizo bajar al mozo á una cueva, donde había una quincena de hombres y mujeres, enyesado el rostro y vestidos de blanco hasta los pies. El catecúmeno, con los ojos vendados, fué echado al suelo; las mujeres danzaban á su alrededor; los hombres cantaban á coro una singular letanía, y el apóstol, sacando del hornillo un hierro al rojo blanco, puso sobre la cara del mozo el horrible *sello de pureza.* Después, para cubrir la llaga, le enyesaron el rostro con almidón, y el joven quedó, por siempre, blanqueado.

Pero eso de la castración, de los creyentes eunucos, es común en muchas sectas de esta Rusia bárbara. Y lo explican con mucha facilidad. Lo explican por el siguiente pasaje del Evangelio de S. Mateo, en su capítulo 19.

El apóstol decía:

«Os digo que el que repudia á su mujer, salvo en caso de fidelidad, y se casa con otra, comete adulterio» Los discípulos le dijeron entonces:—«Si tal es la condición del hombre con respecto á la mujer, no es ventajoso casarse.» Jesús les respondió:—No todos comprenden esta palabra, sino sólo aquellos á quienes ha sido dado el comprenderla. Porque hay ennucos ya en el vientre de su madre: los hay que han llegado á serlo por

culpa de los hombres, y quienes han adquirido por sí mismos tal condición con el fin de ganar el reino de los cielos. Que el que pueda entender, entienda.» Y los *skoptis* lo entendieron: mutilándose, castrándose. Los *ilistas*, queriendo evitar la lujuria, giran sobre sí mismos en sus prácticas religiosas hasta una velocidad increible. Acudían, sin embargo, desnudos á sus reuniones y después de terminadas estas se lanzaban á una horrorosa promiscuidad. Los *dukhoborg* aborrecen el servicio militar y por eso sus miembros se han marchado á Estados Unidos. Los *fedosseevetzys* practican el concubinato. Los *contadores* alteran los días de fiestas de precepto, según un libro caído del cielo en 1866. Los *suspiradores* han dejado el sistema de la oración y se contentan con suspirar al pie de los altares. .

El gobierno compite con estas sectas en sus extravagancias de rigor. Las persecuciones religiosas son tremendas. La ortodoxia se tiene hasta hoy por religión oficial del Imperio, y las sectas disidentes lo mismo que las otras religiones se consideran como un peligroso atentado contra el espíritu tradicional de la Santa Rusia.

«Dejad que los polacos celebren su culto con arreglo al rito latino, pero los rusos, mis súbditos rusos, permanecerán siempre en la

ortodoxia, fieles á su zar.»—He ahí lo que dice un manifiesto imperial. De modo que lo de la tolerancia religiosa de que han hablado siempre, es un mito, nada más que un mito. Verdad que esto no nos extraña sabiendo cómo se les trata á los pobres judíos. Las crónicas hablan, además, de otras persecuciones con motivo de las sectas. Los culpables que se escapan de las matanzas, son condenados á prisión ó al destierro en Siberia. En uno de sus últimos Congresos, los misioneros rusos han acordado que, al objeto de conservar la religión nacional, los hijos de padres sectarios fueran arrancados del poder de éstos para educarlos en la ortodoxia.

Y la campaña continúa, persistente, odiosa. La encabeza y dirige el ídolo sanguinario, el Torquemada ortodoxo, Pobedonotseff. Leed el report de propaganda y conversión: en 1895 ha habido 73.000 conversos; en 1896, 77.000; 93.000 en 1898. Las cifras van aumentando, como se ve, de año en año. Lo que quiere decir que el desgraciado Imperio se derrumba fatalmente, rápidamente, ignominiosamente, pedazo por pedazo y de día en día.

AL REGRESAR

Sensaciones berlinesas

Cuando se llega á París ó á Berlin, después de atravesar la Rusia, la realidad europea se impone. Entonces es cuando S. Petersburgo aparece más asiático y Moscow más medioeval. Entonces es cuando la imaginación calenturienta, alimentada de leyendas populares sobre la civilización del Occidente, encuentra todavía lo que ve menos, muchísimo menos, de lo que debía ser en realidad.

Porqüe Berlín, París y Marsella, tres grandes ciudades cuya grandeza tradicional parece un dogma, no son el Berlin, el París y la Marsella que nos forjamos lentamente, á fuerza de sueños y de lecturas, en nuestras imaginaciones de viajeros. Hay en estas lejanas ciudades algo que siempre falta: la fantasía las encuentra desnudas del encanto de la lejanía y aparecen, como aparecen: un poco lívidas, un poco empalidecidas, un poco menos deliciosas.

¿Que no?

En Berlín, al caer de la tarde, cuando las parejas enamoradas se besan en la sombra, bajo los copudos árboles del Tiergarten, al lado de las estatuas mudas de Emperadores, he buscado siempre, con fervor de idólatra, la capital europea que nos pintaron en los libros. Al recorrer las calles y los bulevares, perdiéndome entre el polvo del camino, allá en Potsdam, allá en Wan-see, en todas partes, á la orilla de los ríos ó sobre las terrazas de los cafés, no recuerdo haber lanzado jamás un ¡ah! de admiración ante las grandezas de la tierra hospitalaria. Al contrario, todo lo grande, lo inmensamente grande, lo encuentro menos grande en comparación con mi Berlín interior, propio, personal...

Vosotros, los viajeros, que visitáis ciudades y alzáis vuestro vuelo de golondrinas, como aves de paso, para recorrer mundos inmensos, detened un poco la marcha fugaz de vuestra imaginación para que no recibáis horribles decepciones. El que viaja con la fantasía no siente el placer del turismo. Por eso los americanos, que son absolutamente positivistas, tienen para estas excursiones instantáneas, encantos irresistibles. Ellos van á contemplar las bellezas, los edificios, los museos, los monumentos, los palacios imperiales, con la guía en la mano, midiendo con la vista la inmensidad de los objetos. Ved si no esa

pareja que se detiene ante el monumento de Bismarck, frente al palacio del Parlamento. Cuántos rodeos ha hecho y todavía, todavía, no parece estar contenta de lo que vé: quiere más, mucho más: quiere *pesar* la obra, sentirla: quiere gozar en su contemplación: quiere forzar á la imaginación, pero la imaginación no da de sí. Y entonces, juzgando con la razón serena y con el juicio prudente, es cuando se juzga con verdad.

Las blancas carreteras que conducen á bosques inmensos, la selva que rodea el palacio imperial de Sansaucci, aquellos pinos gigantes sirviendo de espectáculo de perpetua grandeza, los jardines cultivados con esmero, las estatuas desnudas, guardadoras del bosque misterioso, representando alegorías de las edades míticas, la princesa Ariadna durmiendo el sueño eterno, á la orilla del camino: todas son visiones que encantan más que la visión uniforme de las ciudades populosas.

En Peteroff, como en Potsdam, como en Fontainebleu, he sentido más placer intenso que en el mismo Petersburgo, en el mismo Berlín y en el mismo París...

Sin embargo, recordando los días que rápidos acaban de pasar, hay una impresión de franca alegría que no se borra tan pronto. Yo me refiero á mí estancia en Berlín. Sabéis que allá en el jardín de Kroll bajo los árbo-

les gigantes y soñadores, lo primero que se pide es cerveza Munnich y lo que primero que se ve es juventud. Todo eso lo sabéis. Allí se reune, una tarde de crepúsculo languideciente, un estudiante bizarro, soñador, sonriente, y cuatro muchachas que deberían ser tambien estudiantes.

Las lindas berlinesas se sentaron al rededor de la mesa después de estrechar la mano del galán. Luego, la conversación amena y los requiebros amorosos, idilios de paso que se llenan de encanto á la luz de la tarde moribunda. Después, las caras se tiñen de rojo y la charlatanería, inconsciente, sucede al hablar pausado y monótono. La cerveza obró el milagro en aquellos corazones jóvenes, y ahí los tenéis en la plenitud de su adolescencia y de su vida.

¡Qué risas, qué sonrisas, qué sueños, qué ensueños!...

El clásico estudiante del Rhin, joven, borracho de cerveza y de amor, surge ante mi vista esplendoroso y triunfador. Después de un vaso del buen vino, el idilio crepuscular adquiere los tonos más intensos de deleite y de alegría. Suena la música, á lo lejos, escondida entre las ramas de los árboles. Brilla el firmamento en claridades mortecinas de vesperal crepúsculo.

¿Hay algo más grande que ese cuadro de belleza y de vida?

Sí, hay algo más grande todavía. Lo grande, lo inmenso es lo que pasa después del idilio. Cuando las parejas, borrachas de vino, creen llegado el momento de partir, y ellas, en brazo de ellos, se levantan de sus asientos para atravesar la sala alfombrada de césped, á los sones de la música que toca *Rigoletto*, las miradas de la concurrencia corren tras las grupos felices...

Allá van...

Los que no conocéis la vida de las grandes capitales y habéis pasado lo mejor de vuestras existencias en soledades aldeanas ignoráis el encanto de una de esas tardes borrascosas de amor. Es amor que se incendia, que revienta, que grita... Es amor al aire libre, bajo las acacias que son testigos perdurables de crueldad.

En los bancos solitarios, allá en los misteriosos rincones del Tiergarten, una tarde cualquiera, cuando las parejas descansan de sus largos viajes de idilio y el sol que muere invita á saborear las delicias de la vecina noche, al son del arroyo murmurador y cristalino, no hay mirada pudorosa capaz de resistir al espectáculo de deliciosa adolescencia.

Y así los cuadros de esas tardes, más que signos de vida, son signos de monstruosa promiscuidad.

«Hay en los alemanes—dice Feuillée—una mezcla de fuerza brutal y del espíritu con-

templativo, de rudeza basta y de instrucción adelantada, de sensualidad y de misticismo, de militarismo y de religiosidad así como de rigorismo lógico y de sentimentalidad intelectual.» Lo que hay, en vista de esto, repito yo, es su carácter de indefinición. Y si vais á oir al gran Nietzsche, os dirá todavía en *Más allá del bien y del mal*: el pueblo alemán gusta de la nube, de todo lo que es oscuro, de todo lo que es naciente, de lo crepuscular, húmedo y velado. Todo lo que es incierto, embrionario, en vías de formación y de crecimiento, le parece *profundo*...

¿Profundo?

Profundo, sí, pero no tan profundo que no pueda admirarse, que no pueda contemplarse. Así admiro y contemplo á estas alemanas que pasan levemente, frente á las estatuas de sus héroes, ante los graves monumentos de mármol. Porque para ellas no hay como el culto á los héroes, un culto mitad idealista, abstracto, etéreo, mitad real, materialista, positivo. Así no hay pocos que dan á sus hijos al nacer el nombre de Bismarck, como hay niños filipinos que ya se llaman, gracias á sus padres, Rizal.

Las estatuas y los monumentos á los héroes son objeto de adoración ferviente. Campea, como siempre, la memoria de Bismarck frente á la estatuas de Moltke. Lo que en Rusia son los Pedros y Catalinas, aquí son los Guillermos

y Federicos. Cuando visitáis los palacios antiguos los detalles más insignificantes os entusiasman. Los guías hablan de casos curiosos como el molino de Sansaucci y los perros de Federico. Allá, presidiendo el jardín ameno, un pequeño busto de Voltaire os brinda su sonrisa de perpetua irrisión. Y los recuerdos de Madame Pompadour, que dejó huella de su juventud y de su belleza en el viejo palacio, resaltan frente á la severidad augusta de los regios salones

¿Y dónde está Arminio? ¿Y dónde está Lutero, *el guerrero de la causa espiritual?* ¿Y dónde están los grandes hombres, los super-hombres de la vieja Germania?—decía entre mí.

Y mientras pensaba en estas cosas, pensaba también en mi antiguo maestro de crueldad, de sátira, de sublimidad: el loco Nietzsche.

¿Qué es de tí, soberbio?

En el Barrio Latino de París

Lo que leí, lo que soñé, lo que imaginé, lo he visto, al fin. Hemos recorrido el Barrio Latino, de noche, cuando la animación es más bulliciosa y los estudiantes románticos vagabundean por las calles buscando placeres infinitos en los cafés-conciertos, bajo el ruido armonioso de la música.

Tocan, gritan, cantan. Entremos... Nos costó trabajo encontrar una mesa vacía, al lado de cuatro estudiantes que beben, soñadores de la quimera, el vino del Rhin. En medio, una rubia adolescente toca el piano y una docena de muchachas jóvenes, reidoras, la acompañan con sus violines sollozantes. El ruido es infernal; la algazara es tremenda... Los choques de las copas cristalinas que se alzan como hostias por brazos temblorosos, producen un ruido sonoro que apaga el rumor de las voces.

—¿Todos son estudiantes?—pregunté.

—Casi todos, la inmensa mayoría—me contestaron.

Una ráfaga de brisa entró trayendo el rumor de la ciudad lejana, que dormía el sueño de la noche. Son las once. Sin embargo, es cuando la fiesta empieza, en el Barrio Latino, todas las noches, todas las noches, para terminar todas las mañanas. Las rubias cocotas que deambulan por los pasillos y se burlan de los imberbes estudiantes y cantan sus canciones románticas y brindan sus pechos mórbidos á las exclamaciones de los extraños, tienen, en estas noches de eterna fiesta, hermosuras diabólicas. Miradlas. Son las Mimís, las Lulús, las Francines, esperando á sus Robertos y á sus Marcelos para beber el vino de la alegría. Son las musas eternas de estos poetas errantes que si no tienen, como antaño, las melenas largas y las clásicas pipas, conservan, sin embargo, dentro de sus trajes lucientes, las mismas almas enamoradas, los mismos ensueños de encanto, las mismas quimeras, las mismas frivolidades.

¡Pobres estudiantes que pasan sus horas de vida en estas tabernas del deleite para recibir un momento más de labios femeninos los soplos ardientes de felicidad!

La música ha cesado. Han cesado los cantos juveniles. Hoy que, al parecer, reina un silencio momentáneo, empiezo á contemplar

á las muchachas que me rodean con manifiesta curiosidad. ¡Qué gentiles! ¡Qué armoniosas! ¡Qué desvergonzadas!... Diríase que en sus almas calenturientas soplan, con soplos de fuego, los vientos cálidos del desierto. Por sus mejillas pálidas, pintadas de rosa, los largos desvelos han impreso huellas tremendas.

¿Son estas las Mimís Pinsons de Alfredo de Musset?

¿Son estas las inspiradoras de los poetas del Barrio?

¿Es esta la mesa, la misma mesa entorno á la cual se sentaron un tiempo, probablemente, los portaliras de cabelleras luengas, borrachos de ilusión y de vino, perseguidores de quimeras, como los pintan en los libros?

¡Quién sabe!

Al recorrer con la mirada todo el café, no veo más que caras risueñas de impúberes, rostros enrojecidos por el vino, torsos desnudos de mujer, cabelleras ondulantes como las que se admiran en las vidrieras parisienses, á lo largo de la rue de la Paix; los ojos, los ojos cavernosos que miran con languideces eternas; las bocas lindas y pequeñas que ríen, como dos pétalos rojos, que, en el fondo de la noche, se abrieran lentamente, lentamente...

Y al salir á la calle, al vagabundear por el bulevard de St. Michel, al contemplar la multitud heterógenea que se apiña en las puertas de los cafés para recibir la brisa de la noche,

para sentir el deleite de la mundana coquetería, los mismos grupos aparecen fantasmales, borrosos, difuminados, como en los cuadros de Wateau...

Pero esto es lo de noche, el Barrio Latino al revés, la ciudad literaria en horas de amplia libertad. ¿Por qué no hablar de la impresión del día, cuando fuímos á visitar las facultades y á sentirnos humillados ante las severas columnas que adornan la Sorbona? La sensación cambia de repente. El Barrio aparece en su augusto aspecto de centro de la joven intelectualidad que estudia. Los edificios de la Facultad de Derecho y de la Facultad de Medicina, con los retratos de sabios profesores, y los grupos de alumnos que quizás acababan de examinarse, han borrado completamente el recuerdo de la noche pasada.

¡La Sorbona! La clásica Sorbona de los maestros, la augusta Sorbona en donde la fama de un Dumas explica, reverente, ante las multitudes absortas... Es aquí donde está el nervio del intelectualismo francés. Si buscáis á los grandes profesores de Literatura, los que gastan levitas mojadas en las aguas lustrales de la Sabiduría y de la Ciencia, los que suben á las cátedras á dar conferencias que son enciclopedias de erudición, los que tienen en sus cabezas toda la vanidad mundana del parisiense y todo el esplendor maravilloso

de la imaginación y del talento, aquí los entraréis, aquí están.

En sus paredes augustas, después de entrar por la puerta principal, hay cuadros espléndidos en que pintores modernistas vaciaron las locuras originales de sus cerebros. El público entra y sale como en su propia casa con gravedad, con meditación, con indiferencia. La mayor parte tienen caras de estudiantes. Hay mujeres, además, que no sé por qué se me figura que son poetisas ó literatas. Estoy soñando al ver estos claustros, estos patios, estas salas, estos cuadros. Estoy soñando en visiones que he imaginado leyendo libros y periódicos.—¡Sorbona, Sorbona! ..—repetía mentalmente.

Como es verano, las clases de la Sorbona están cerradas. Apenas hay vida si se la compara con los días tumultuosos de clase y de conferencias. En la capilla, donde descansan los restos de Richelieu, tres ó cuatro estudiantes ateos discurren con los sombreros calados, sin respetar al Cristo del cuadro, representando al Hombre que muere, que ha muerto, por redimir á la Humanidad. Debajo del Cristo, yace un soldado francés, con la bandera de la República en la mano, representando al Hombre que entrega su vida por salvar á la Patria.

Dejamos la Sorbona y vamos al Panteón de Hombres Ilustres.

Los de Francia son de todos conocidos. Para mí que gusto de versos líricos, de frases grandes y de pensamientos marmóreos, suenan en mis oídos, con más amor y más armonía, nombres familiares:

Victor Hugo... Zola... Voltaire...

Los demás ¿qué me importan?

Antes de entrar en el Palacio de los grandes muertos hay que detenerse delante de una estatua de Rodin: *El pensador.* Un hombre desnudo, con una mano apoyada en la barba, piensa. Toda su idea, toda su actitud, toda su potencia intelectual, están reconcentradas en lo que piensa. Su frente está cruzada de arrugas: sus brazos tienen la varonil contextura de la fuerza. Y allá lejos, un poco lejos, parece que existe la obsesión eterna de lo desconocido. Sus ojos miran sin ver, están atentos, vigilan... Es esa mirada escrutadora, puntiaguda, que parece saeta, que parece espada, que parece ave...

¡Oh, los grandes hombres de Francia tienen un descanso glorioso!

El Arte más exquisito los enaltece: los artistas más grandes han puesto en el templo las obras más acabadas que salieron de sus pinceles ó de sus buriles: los pensamientos más elevados sirven para representar alegorías sublimes. Ved este gran cuadro de Detaille. Se titula *Hacia la Gloria.* Una legión de soldados, caballeros sobre sus mulos enor-

mes, marchan hacia la gloria, en la apoteosis de su fe delirante y santa. Arriba, guiándoles á subir, enseñándoles quizás el camino, una madona gallarda, arrogante, va hacia la luz, hacia la eternidad. El cielo se ha puesto de tintas rosadas: todo respira gloria, enaltecimiento, resurrección, vida... A la izquierda de este cuadro grandioso está otro de una delicadeza irresistible. La pálida Genoveva, guardiana de la santa ciudad, está de pie sobre una terraza. Parece, por su palidez, una sombra. Es de noche. La luna melancólica brilla en el melancólico firmamento, brindando á la ciudad que descansa abajo, la gracia de su luz mortecina. Y duermen todos: duerme la noche, duerme la brisa, duermen los hombres. No preguntéis á Genoveva qué hace, por qué está despierta, por qué ha dejado su cuarto de ensueño, donde hay una vela encendida, para estar allí, sobre la alta terraza de su palacio. Abajo la inscripción dice: *Genoveva, sostenida por su piadosa solicitud, vela sobre la villa adormecida.*

¿No os parece que hasta el título tiene una sentimentalidad extraordinaria? En todas partes hay las mismas obras de inspiración, de amor, de mística religiosidad.

¿Para qué descender á los subterráneos, á visitar á los muertos? Dejémosles dormir su sueño eterno, bajo los fríos mármoles de sus

tumbas. Victor Hugo que, aun después de muerto, no ha dejado de ser poeta, ha manejado de nuevo la parnasiana lira y hoy toca, sonora, bullidora, preciosa, cadenciosa, la canción de la muerte. Oigámosle desde lejos, y respeten nuestros pies la tumba de los grandes hombres de Francia.

Port Said — El canal de Suez

A la una y media en punto de la tarde llegamos á Port Said, á este Port Said semi-internacional, semi-moro, semi-europeo, semi-asiático y también semi-africano. Primero aparecieron en la brumosa lejanía los palos de los barcos como lápices enormes sobre el horizonte cerúleo; después, las cúpulas; un momento más, las torres altas de los edificios; luego, la villa entera con su apariencia soberbia de occidental civilización.

Si no fuera por estos graves árabes que se pasean por las calles con sus luengos albornoces; si no fuera por estos egipcios de tez tostada, con *perfiles de ave de presa*; si no fuera por estas gorras rojas que parecen manchas funambulescas de sangre coagulada, flotantes sobre las cabezas africanas; si no fuera por estas apariencias sacerdotales, por estos ojos hundidos y negros, por estas tiendas ambulantes

de esencias y de rosarios, de sedas y de lacas; si no fuera, en fin, porque el sol incendia las tierras, el amor y los corazones, casi diría que estamos frente á un pequeño pueblo de Francia, allá al otro lado del Mediterráneo, donde todos tienen el vértigo de la humana grandeza.

Pero no...

Al descender á los detalles, á las miniaturas, á las cosas pequeñas del pueblo, claro está que la villa mora aparece seductora por su exotismo, encantadora por su apariencia de modernidad.

Al pisar el suelo cálido—¡oh bella tierra del Egipto ardiente—los guías con rostros de carbón y con ojos vibrantes, os dicen cosas misteriosas.

—¿Queréis, extranjero, ver bellas cosas de mi país? ¿Queréis ver el gobierno, las mezquitas, las mujeres, las bellezas, los edificios?

Y aunque contestáis no, el guía insiste y os acompaña y os habla. Mientras los muchachos de las calles, sucios y hambrientos, os piden limosna y os tiran de la mano y se meten hasta entre vuestras piernas, la charla del cicerone continúa, terrible, fastidiosa. Imposible prescindir de él. Su gorra egipcia, luciente á la luz de la tarde, su cara tostada de africano, sus ojos errátiles, muy hondos, muy tristes, os siguen á donde quiera vayáis.

Los viajeros que llegan ignorantes de todo,

queriendo saber cosas maravillosas de la tierra cálida, no tienen más remedio que someterse á la tiránica soberanía de estos charlatanes de oficio. ¡Y qué idiomas! ¡Y cómo hablan! En su poliglotismo el inglés, el español y el francés se confunden: es una mezcla horrorosa de sonidos, de vibraciones, de articulaciones. Es un moderno Esperanto de la tierra del Sol.

¿No véis cómo hay profusión de banderas y cómo las casas se adornan con encajes lucientes y blancos? Es, sin duda alguna, un dia de fiesta. El guía dice que sí. En efecto: en la bahía inmensa, al lado del sitio en que está fondeado nuestro barco, una larga procesión fluvial se prepara. Las salvas de los cañones truenan á cada momento. La multitud acude, presurosa, á tomar parte en la fiesta general. Los faroles japoneses que iluminan los barcos y las pagodas parecen, en la inmensidad láctea de la noche, estrellas errantes. Ya la procesión empieza: una lancha, primero, con decoraciones y follajes; después, otra lancha; luego, las pagodas... Mientras tanto, los gritos de la muchedumbre, los ¡hurras!, las salvas de los cañones, atruenan el espacio...

¿A dónde han ido aquellos moros de faz enigmática, árabes sigilosos del desierto, tristes moradores de esta tierra que hace un rato

vendían en el puente elíxires y sedas de la India? No los veo. Indudablemente, para reir, para gozar, ellos que nunca ríen y que nunca gozan, habrán ido á la procesión fluvial. La noche es hermosa: el cielo es de un color cerúleo apagado: brillan, por momentos las luces de Bengala iluminando el horizonte diamantino. La villa arde en ascuas de oro que se reflejan, melancólicamente, en la superficie quieta del mar...

Allá, en el jardín de Port Said,—un pobre jardín sin flores—hemos saludado con admiración profunda la estatua de un grande hombre de Francia. Es Mr. Fernando de Lesseps. Los moros erráticles, los egipcios de faz tostada, los viajeros que vienen, de paso, de lejanos de países de Oriente ó de Occidente, al contemplar el pobre monumento erigido á la grandeza del ingeniero insigne, le dedican siempre un cariñoso recuerdo.

—Si no fuera por él—decían—por su tenacidad asombrosa, por su idea grande y salvadora, el canal de Suez hubiera sido, hasta hoy, un dorado sueño de los ardientes califas.

Y es verdad. ¿Habéis leído lo que dice el popular Gómez Carrillo en su viaje á Tokyo, de Mr. Fernando de Lesseps? Las más bellas frases, los más entusiastas pensamientos se han dedicado á su memoria.

«Su verdadero genio—decía el escritor—su

mérito admirable, reside en su voluntad tenaz, en su lucha ardiente contra los enemigos del proyecto, en su increible actividad, y, sobre todo, en su fe tan inquebrantable y tan profunda que pudo sostenerlo aun en los largos días en que la batalla parecía perdida. ¡Y qué batalla! Era un hombre solo contra todo un imperio.» Este imperio era el imperio británico. Cuando los ingleses oyeron hablar del proyecto, los más serios, los más imaginarios obstáculos presentaron para que no se realizara. Veían la obra desde el punto de vista del egoismo nacional. Y ¡claro! la obra era de un francés, era de los franceses, y tenía que fracasar. Pero Fernando de Lesseps inconmovible, titánico, sonreía. *Ten fe*—le dijo su emperador. Y tenía fe. Cuando en toda Europa se consideraba como un sueño su dorado proyecto, cuando le llamaban como al gran Colón, loco, visionario, soñador, él, Mr. Fernando de Lesseps, inventaba todos los medios para derrotar á sus enemigos y llevar á cabo su empresa. Fundó una sociedad internacional, viajó á Alejandría, viajó á la Gran Bretaña, se prosternó ante reyes y sultanes, se dirigió al pueblo. Todo lo hizo el gran genio y el gran corazón. Por eso triunfó, y su triunfo ha sido la felicidad de todos.

¡Y bien! Ya estamos en el canal. Hace

algunos momentos hemos salido de la rada de Port Said. Han desaparecido las sombras negras de los que transportaban carbón al barco. Han desaparecido los palacios, perdido en la lejanía los altos minaretes. Por las riberas arenosas alguna que otra tienda árabe, alguna que otra figura humana que se destaca, clara, precisa, sobre la arena incendiada del desierto. A lo lejos, como una llama, el sol monstruoso brillando en el espacio ceniciento. Un mozo egipcio que perseguía la embarcación á nado, hacía gestos estrambóticos y gritaba. Su voz se perdía en el espacio. Un viajero hizo caer una monedita inglesa que fué derechita al fondo del canal. El mozo desapareció de súbito pareciéndonos que se había ahogado, pero luego volvió á subir á la superficie enseguida, trayendo en la mano la moneda caída.

En el fondo calcinoso de la llanura no hay ni una sombra, no hay ni una mancha: diríase que una línea difuminada, vagarosa, apenas perceptible, pone término á la Naturaleza desolada. A la derecha, brillando al sol, los desiertos africanos que se pierden en la lontananza con sus camellos escuálidos y sus niños gritadores. A la izquierda, los blancos yermos del Asia, infinitos, deslumbradores, los que vieron pasar en tiempos antiguos á los primitivos adoradores de Cristo, los yermos legendarios de Jerusalén y del Cairo,

sobre los cuales pesa todavía la eterna maldición de Dios...

Y todos los viajeros, al contemplar á lo lejos las tierras sagradas, completamente desnudas de vegetación, blancas de polvo, de leyenda y de misticismo, sienten renacer en sus corazones el aroma de las leyendas antiguas, tal como nos las describen, llenas de candor é ingenuidad, los Sagrados Libros...

En el Mar Rojo

Nunca, en ningun momento de mi vida, he sentido más cerca el Infierno, tal como nos lo pintan los libros de horror y de epilepsias, como estos días de calor y de fiebre, en que el horizonte se incendia, en que el mar arde en ascuas de fuego, en que vibran en torno, con vibraciones de llamas y de espadas, claridades hirientes de luz... Es en el Mar Rojo, el legendario mar de Faraón. Han desaparecido de la vista las tierras desoladas de Arabia y de Egipto, los desiertos llenos de polvo, los camellos escuálidos, las vírgenes árabes envueltas en sus túnicas, cubierto medio rostro con largas telas que parecen trompas elefantinas...

A la hora en que escribo, los vientos que soplan traen llamaradas de fuego. Todo se incendia, todo arde. En los puentes, sobre el suelo de madera, los viajeros ingleses y americanos que no guardan formalidades de ninguna clase, se han tendido en figuras grotescas

con los torsos al aire. No hay manera de defenderse contra el calor. Los tabiques de hierro, las sillas portátiles compradas en las tiendas de Marsella, los mismos libros que nos consuelan en horas de aguda nostalgia, tienen resplandores infernales... Es la resurrección de la obra dantesca, la cristalización de la teoría del fuego que consume las carnes pecadoras, en homenaje al dios vengador de las míticas edades.

Cuando estábamos en Port Said nos habían hablado de los calores del canal y del Mar Rojo en épocas de verano. Pero yo que he vivido en los trópicos me reía de todo. ¿Qué más calor que el de Manila?—me decía. Y no es verdad: el calor del mar, el calor del viento que llega después de abrasar las áridas llanuras, los desiertos infernales, el calor del horizonte incendiado por un sol ecuatorial, no tienen comparación.

La nave marcha hacia Aden, despaciosa, grave. Apenas se divisa ya la tierra sagrada. Espero de un momento á otro, por el lado izquierdo del buque, allá á lo lejos, en las llanuras cálidas, contemplar el Sinaí de Moisés. Tengo delante un mapa, un libro de viajes, un gemelo. El mapa me señala los lugares; el libro me dice las visiones; el gemelo me hará ver los objetos.

¿Dónde están las pálidas viajeras que, á

bordo, todas las noches, todas las noches, se colocan al rededor del piano para cantar canciones nostálgicas? No las veo. Los vientos ardientes del mar las han obligado á subir á la cubierta del buque, para contemplar, indecisas, la línea blanca del horizonte. À lo largo del puente, de extremo á extremo, los hombres exhiben sus figuras en formas de prosa y de fastidio. Los chinos amarillos duermen hundidos en sus sillas inválidas. Los americanos lucen sus patas enormes terminadas en zapatos de London. Y los indios, los indios de Colombo ó de Bombay, los anamitas pálidos, cetrinos, los eternos fumadores de opio, contemplan somnolientos el lejano Poniente poblado de fantasmas. .

Todos encuentran la manera de matar el tiempo deliciosamente. Unos con sus libros de lectura, novelas en su mayoría, otros jugando al ajedrez, los demás silbando y cantando cantares del Norte. Pero muchos, muchísimos, los que ya no saben qué hacer de las horas bochornosas que pasan, tendidos en sus largos sofás de bambú, realizan la más grande teoría de la filosofía búdica en un completo nirvana del alma, del cuerpo y de la acción...

¡Los días que pasan! Ayer en las callejuelas animadas de Marsella, en los terrenos de la Exposición, bajo la noche deliciosa; des-

pués, la salida del puerto viejo, cuando los mendigos cantan sus romances al són de la guitarra, pidiendo limosna; después, en Port Said, en un Port Said de árabes y de judíos, de severas figuras de europeos que bostezan de fastidio; y, por último, la impresión del Suez, entre las arboledas mansas de las riberas, teniendo á la vista, desolada y terrorífica, la inmensa llanura de los desiertos.

¡Marsella!

Los que te dejan, te dejan con pesar. Lo mismo que Port Said. Lo mismo que todas las ciudades. Pasa con los pueblos lo que con los amigos que la casualidad nos brinda. Les tendemos la mano cariñosa; les entregamos los corazones, llenos de ilusión; nos dejamos llevar de sus santas alegrías, de sus placeres intensos; les queremos como á hermanos de un momento; y al dejar sus playas y al abandonar sus calles que nos ofrecieron impresiones de amor y de alegría, sentimos el dolor fugaz de una patria que se olvida, de un hermano que se abandona...

Marsella, el *puerto viejo,* como la llaman los marinos, Marsella ó Port Said, Port Said ó Colombo, Colombo ó Singapur, todos los puertos que los viajeros encuentran después de atravesar mares infinitos, en sus largas peregrinaciones, todas las ciudades que nos ofrecen, aunque sea brevemente, horas de deliciosa

hospitalidad, momentos de inefable dulzura, llegan á poner en el corazón del peregrino, al retornar á su patrio hogar con el alma llena de aventuras, recuerdos inextinguibles de amor y de simpatía. Por eso amo con delirio estos pueblos y estas tierras, y estas soledades y estas llanuras, y estos palacios y estas calles, estos amigos fugaces y estas mujeres de bellezas momentáneas, que si hoy producen en el alma emociones de arte y de pasión, mañana serán recuerdos muertos en el panteón del Olvido, cenizas de cosas extinguidas. .

Lo que no muere jamás, sin embargo, á pasar de la deleznabilidad del humano recuerdo, es la fe, la fe por las cosas nuevas, la fe por la peregrinación, la fe delirante por el turismo que moldea las almas y los espíritus en una turquesa de cosmopolitismo, que hace que las patrias se agranden, que las barreras nacionales se extingan y que no haya jamás sobre la tierra, más que hermanos de una sola lengua y de una sola fe.

¡La fe de los viajeros!

Cuando se marcha de las playas natales con intención de recorrer mundos, de viajar hacia tierras ignotas desconocidas, hacia horizontes ilimitados, una fiebre de aventuras se desarrolla en todo el organismo y un delirio de amor invade hasta el último rincón del alma...

El viajero que sabe viajar, porque sabe

sentir, no cambiaría una peregrinacióa hacia paises ignotos por todo el oro del mundo. Mirad á estos americanos que tengo delante, sufriendo los rigores del clima, las incomodidades de la navegación, y sintiendo, á pesar de todo, allá en lo muy hondo de su sér, emociones infinitas insaciables. Sus pupilas abiertas ven lo arcano y lo lejano, lo brumoso y lo borroso, lo visible y lo invisible, lo que es emocionante, lo que es palpitante, lo que es delirante. Para ellos la tierra de América es estrecha, el horizonte de la patria es limitado. Y animados de soplos gigantescos, de fiebres intensas, recorren los mundos en una perpetua sed de investigar y de descubrir y de amar.

Porque se ama siempre lo nuevo: el aire, la luz, la belleza, el arte...

¡Oh los turistas americanos!

Son ellos los que pueblan las ciudades y los puertos. Son ellos los que animan los buques que parten de diversos puntos para cruzar diversos Océanos. Son ellos los que dan vida á una infinidad de casas y á una infinidad de agencias. Después de acumular todo el oro en Nueva York ó en Chicago ó en otras capitales del comercio, van á derrochar sus fortunas en las capitales del placer. Para ellos el dinero pasa por dos fases: la primera, cuando se le busca; la segunda, cuando se le gasta. Y del mismo modo que

se busca con arte, también se gasta con arte y con satisfacción.

Si véis en las largas avenidas palaciales, en Berlín ó en Londres, en Marsella ó en Petersburgo, en las mismas aldeas del Japón, grupos compactos que van sedientos y encantados, admirados y admirables, con sus kodaks de bolsillo y sus pipas humeantes y largas, tened por seguro que se trata de turistas sajones. Por eso la agencia Cook y la agencia Lubin viven y son prósperas; por eso las ciudades pueden contar cada vez más con mayor número de hoteles de todos los precios y de todas las clases; por eso el inglés cunde y sustituye, como lenguaje universal, á cualquier idioma del mundo. Hasta los miserables, los pobres mendigos de la calle, que se encuentran en todas partes y que en su mayoría pertenecen á la raza errante de la tribu dispersa de Israel, se han visto precisados, para ganar el pan, á musitar el idioma sakispiriano. Lo consideran como una condición esencial de sus pobres existencias desamparadas...

¡Los mendigos!

Para ganar el pan hasta reniegan de su patria, se olvidan de sus propias canciones. ¡Con qué placer, con qué forzada alegría tocó aquella pobre banda de mendigos la marcha nacional americana en las playas de Marsella!... Los mismos establecimientos de comercio, en

el mismo París, por aparecer americanos, celebraron las fiestas del Cuatro de Julio con banderas de Estados Unidos y con músicas de América!...

No es América, es el oro de América el que triunfa. No es la bandera nacional, es el dólar amarillo el que se sobrepone.

Ya han pasado las terribles horas de calor. Estamos en Aden. Los vientos encrespan las olas que, furiosas, delirantes, arremeten contra el barco. Frente, las colinas de piedra levantadas como monumentos de arena. Los edificios parecen fortalezas militares, muy tristes, muy sombríos...

Y la brisa, la primera brisa saludable después del Mar Rojo, la brisa saturada de efluvios del Océano Indico, trae en sus alas alientos de tempestad. A lo lejos, el Poniente se colora: el mar azul parece más azul: el cielo es una inmensa cortina verde, con unas sombras diáfanas que se agrandan, que se agrandan, como fantasmas purpurinos, como pequeños mundos poblados de seres invisibles.

En la población de enfrente no parece latir un hálito de vida. ¡Solas las montañas! ¡Solo el mar grandioso y furibundo! ¡Solo el Sol brillando en la altura!

Los indios de Colombo

Lo que hay en este Colombo de los ingleses son arboledas inmensas, arboledas que cubren con sus plumajes gigantescos los techos de piedra de la populosa ciudad. A medida que el barco avanza hacia las playas, á medida que la claridad de la mañana señala y dora los objetos, lo primero que encanta, lo primero que seduce, son estos inmensos parasoles con sus ramas tendidas como brazos enormes, para dar benéfica sombra á la muchedumbre de la Cosmópolis.

¡Colombo!

Ya los nativos asaltan la embarcación trayendo sus piedras de Ceylán. Imposible escaparse de su charla sempiterna.

—¿Queréis piedras, piedras preciosas de todos colores: ópalos, esmeraldas, topacios, diamantes que deslumbran como soles?... ¿queréis?...

Y mientras tanto, escrupulosamente, ceremoniosamente, van sacando una por una del

saco de mano, las riquísimas joyas del Oriente, las piedras falsas más raras, los diamantes fúlgidos, las esmeraldas que parecen lágrimas. Ahí están. Los ojos de estos indios de Budha, al contemplar las piedras, al exponerlas al público, brillan con brillos perversos. Parecen sacerdotes que levantan sus hostias ante la muchedumbre en expectación. Y os juran, os juran por lo más sagrado, que no encontraréis en todo el orbe piedras más preciosas y más baratas, á un mismo tiempo.

Y como les rechacéis con desdén y les echéis en cara sus mentiras fabulosas, os siguen, os siguen á todas partes, y os dicen palabras en secreto, como si fueran á comunicarnos las verdades eternas de la vida.

—Señor: uu momento. Conservo aquí, sin que lo sepa nadie, una piedra valiosa. Os lo regalo por un precio barato. Poca cosa. Una libra...

—Señor. Una libra...

—Señor. Una piedra .,

Y al igual que los judíos, al igual que los turcos, al igual que los árabes de la Arabia, meticulosos y fastidiosos, estos tristes cingaleses de Ceylán tienen la constancia perversa de la ignorancia y de la avilantez.

Al pisar tierra, la impresión de las avenidas limpias, de los palacios modernos, de las amenas arboledas, que se levantan con piadosa

mansedumbre, es deliciosa. Ya estáis en el *Bristol Hotel*. Cogéis un coche para ver la ciudad exótica: el museo, el jardín Cinamón, el templo de Kotahena, el monte Lavinia... Mientras tanto, á medida que recorréis las calles, una sensación especial os invade. Es la antigua, la nunca olvidada, la sensación de la propia Patria. En realidad, ¿hemos salido de Filipinas? En realidad, ¿estamos fuera? Porque los árboles son los mismos: el paisaje es el mismo. Los cocos que abundan, las palmeras inmensas que ocupan terrenos también inmersos, las mangas, las cañas, el karabaw que descansa en la sombra, las vacas que tiran de carretones despaciosos, los plátanos que adornan los alrededores de las casas, todo, todo es filipino. Lo único que es extraño son las calles rojas, muy rojas: rojas de sangre, rojas de amapola, rojas de betel, como los labios sangrientos de sus mujeres. Lo único que es extraño, además, son los taparrabos, las piedras falsas que penden de cuellos obscuros, los trajes multicolores, las miradas melancólicas, la miseria de los niños desnudos, la ignorancia general de la gente.

¡Oh, y las mujeres!

¡Oh, y también los hombres!

Porque—¡claro está!—la población sigue siendo la misma, sin gritos de rebeldía, sin una idea grande y sublime, supeditada á los

liberalismos zalameros y engañadores del dominador británico. Por eso hay muchos, muchísimos, que viendo cómo triunfa la prosperidad extranjera en su propio país, no quieren separarse de la tutela inglesa á quien atribuyen todos los esplendores de la vida, pero no todas las miserias morales de la dominación...

Después de todo, tiene razón el indio que habla en el libro de Carrillo:

—«Los verdaderos enemigos de la política colonial, debemos odiar más la liberalidad inglesa actual que la antigua ferocidad española. Vea V. los resultados. España ha perdido su imperio, mientras Inglaterra, después de la independencia amaricana, lo ensancha... Los pueblos, como los hombres, no sienten la esclavitud sino cuando les pesa. Un yugo de flores, todos lo aceptan...»

Y es una gran verdad.

«En esta India grandiosa, lo único en que se manifiesta el poder del europeo, es el negocio..»

Y también es verdad.

Pero el negocio es hoy la última palabra de la conquista.

Y ¡ay! de los conquistados.

He visto el gran Parakamabahú, el Rey de los Reyes, el Rey-Héroe de la antigua India. Le he visto en el museo de Colombo con su

mirada tremenda y lírica, con su gesto de soberbia y de redención, con su rostro de severidad olímpica. Le he visto presidiendo el coro de divinidades y de objetos que se adoraban en tiempos antiguos, como si su presencia evocase, para los forasteros que vienen de lejanos paises, las grandezas abolidas de su Imperio.

Y después de Parakamabahú, después de las serpientes venenosas conservadas en garrafones lacrados, después de los peces tremendos y de los elefantes colosales, he visto tambien los cuatro Budhas del templo indígena, cada uno en una diferente actitud. Parece que representan, por sus gestos beatíficos, las diferentes formas del nirvana. Un Budha sentado, un Budha tendido, un Budha en pie y otro Budha suavemente reclinado como descansando de la fatiga tormentosa de la vida. Y mientras observáis minuciosamente los adornos exóticos, las figuras funambulescas del templo, los cobrizos cingaleses os explican en inglés los arcanos misteriosos que encierran los jeroglíficos de las divinidades.

¡Oh, los indios serios, los indios melancólicos, en cuyos ojos, abismos de la Naturaleza, hay enigmas sempiternos, ensoñaciones profundas, terribles cataclismos de negrura!...

En las largas carreteras pobladas de arboledas suntuosas, á lo largo de las casas de

techos de ladrillo, apiñados, ululantes, laboriosos, los indios ofrecen el espectáculo interesante de una vida pacífica y original. Procuran, sobre todo los niños, todos los medios posibles para halagar al extranjero y pedirle céntimos y céntimos. Aquí os dan una flor, allá un insecto, más allá una rama de árbol, un bastoncito, una vulgaridad, á cambio de una monedita de cobre, y os siguen cantando sus canciones lamentables á lo largo de la piedra arcillosa de los caminos.

Ya he dicho que algo de esto he visto yo con anterioridad. ¿No es este camino que va al templo de Budha, el mismo camino de Antipolo, en una de esas romerías de Mayo? ¿No son estos niños de pobre apariencia que os piden cantando una pequeña limosna, los mismos niños nuestros, pedigüeños, haraposos y mendigos en el camino de Taytay? Y los árboles. Y las plantaciones. Y las tiendas. Y la tierra roja de las carreteras. Es Antipolo, sin duda. Un Antipolo índico, más cobrizo, más autóctono, más primitivo... Pero no es todo Antipolo. Porque en vez de estos cuatro Budhas, debe estar, en el santuario milagroso, la imagen de Nuestra Señora de la Paz. En vez de este patio estrecho, solitario y triste, por el cual se llega al templo, debe ser un patio más ancho, más animado, más suntuoso. Y luego aquí no hay velas, ni romeros, ni

jesuitas, ni legión de pobres, ni legión de muchachas, ni legión de caballeros. No hay camisas de jusi, ni baños en los batis, ni paseos nocturnos. En vez del P. Changko, están los Bhikkus de Budha. En vez de amor romántico, paz idílica. En vez de religión cristiana, el culto índico. Nada de imágenes, ni de santos, ni de libros, ni de confesionarios, ni de púlpitos. Un santuario minúsculo separado por un tabique de adornos funambulescos; algunos granos de arroz; frutas variadas; y los indígenas petrificados en la absorción completa de su divinidad. Un poco más arriba, como en el Japón, los árboles milenarios cubriendo con sus ramas el templo sagrado. En el camino que desciende al barrio, bajo el calor de la siesta ecuatorial, los mozos de la aldea que llevan los adornos más extravagantes en los brazos, en las orejas, en los cuellos, dialogan silenciosos y tristes, siempre tristes... En que esta raza lleva el sello de la Eterna Melancolía y de la Eterna Paz.

Singapur

Ya después del pueblecillo de Penang indochino, en donde una muchedumbre de coolies hierve en un pedazo de tierra, al cruzar los estrechos en dirección al Oriente, el espectáculo es de admirable belleza. La visión de la tierra á ambos lados, la visión de los islotes dispersos, de las montañas verdes, de las casitas que parecen sembradas entre árboles milenarios, es una visión de amor y de encanto. No hay ni una ráfaga de brisa iracunda. La calma del espacio se refleja en la calma del mar. El sol de la tarde, al dorar las palmeras de las riberas lejanas, produce, entre las hojas somnolientas, melancólicos reflejos..

Estas embarcaciones ligeras que atraviesan los mares de isla á isla, guiadas por malayos de la península ó por atrevidos anamitas marinos, parecen, contempladas desde el barco, puntos negros trazados sobre la líquida superficie por la mano invisible de Dios...

Pero á medida que se dejan los bellos montes y las blancas llanuras, á medida que se deja la visión de las pequeñas tierras esparcidas, el calor, como en el Mar Rojo, se hace intolerable.

Es que nos acercamos á Singapur, la isla ecuatorial.

De Singapur, en efecto, hablan las construcciones levantadas en la falda de las colinas, la vida laboriosa que empieza en los campos cultivados, en las sementeras taladas de árboles, la animación de barcos y de hombres. A la izquierda, el espectáculo del trabajo fecundo, los miles de obreros ocupados en sus faenas, el eternal bullicio de la urbe; á la derecha, la tierra roja sembrada de arbustos, sobre las cuales se irguen, se levantan, pontífices de la llanura, algunas torres de edificios blancos...

¡Singapur!

Ya una legión de buzos se acerca, en sus barquillas leves como saetas, gritando, gesticulando, cantando. Quieren céntimos, sin duda. Quieren demostrar la agilidad de sus piernas y la perspicacia de su vista, al buscar la minúscula moneda tirada al fondo del mar. Sobre sus torsos de adolescentes, nervudos y cobrizos, un rayo de Apolo cae inclemente. Sus brazos de energúmenos manejan el remo, como un machete que se hundiese en el lomo del mar.

¡Singapur!

¿Y qué es Singapur? Al principio no es nada, una vulgaridad: chinos sucios que arrastran cargas pesadas, indios vendedores de monedas, casas chatas hundidas entre suntuosos árboles, como las que hemos visto en las inmediaciones de Shanghai. Pero mientras el coche-ómnibus corre al través de las calles rojas, mientras se va entrando en la verdadera ciudad, un espectáculo de trabajo fecundo, un ruido de colmena incansable, una paz humilde de industriosa lucha, sorprenden de improviso. Porque en el fondo de todos los pueblos, lo único que admira es la lucha: una lucha por el porvenir, por medio del trabajo que dignifica.

El que ha dicho que Singapur es casi un pueblo sin ingleses, ha dicho verdad. El que afirma que Singapur es un punto de unión en que el Occidente blanco y el amarillo Oriente se abrazan en un nexo, afirma una mentira. Las informaciones de las guías que quieren que la ciudad aparezca más lejana, más extranjera, riñen con la realidad de los hechos. Todo en Singapur es chino. Es decir, casi todo. La conquista no es británica, es amarilla. Hablo de la conquista mercantil, porque, con respecto á la política, aquí, como en todas partes, el genio inglés engaña á los nativos. Penetrad en las tiendas, mirad por las calles, introducíos en las casas:

las figuras poco respetables de los celestes son las que, envueltas en sus anchas camisas de seda, se presentan. Desde el que arrastra el puspús, sudoroso y jadeante, hasta el *manager* de un establecimiento, es amarillo. Es verdad que hay elementos extraños, pero aparecen en segunda línea no solo en número, sino en las manifestaciones de la vida social. Los nativos, los nativos malayos, gallardos y listos, con mucho orgullo y mucha presunción, no son, al lado de los chinos que trabajan, más que figuras decorativas.

Y si no, acudamos á los datos. El último censo es el de 1901. Americanos, europeos y armenios—dice: 3.884. Eurasianos, 4.120. Nativos, 36.080. Procedentes de la India, 17.823. Otras nacionalidades, 2.667. Pero, en cambio, chinos: 164.041.

La diferencia es enorme.

Recorriendo las calles, en las inmediaciones de Singapur, parece que uno está en la calle Nueva ó Rosario de Manila. Estas tiendas de naranjitas de China, de frutas variadas, de *sari saris,* de *tahús,* de *karís,* y otras menudencias, son las mismas tiendas de las esquinas que, en la ciudad legazpina, son objeto de las burlas de los niños callejeros.

Si se quiere aplicar la palabra cosmopolita á Singapur, es, sin duda alguna, por su cosmopolitismo *oriental.* El blanco apenas aparece

más que para mandar desde el gobierno. En cambio, observad los rostos de las razas que pueblan: malayos y chinos, nipones y bengaleses, árabes y eurasianos... Hay todavía los klins. Hay todavía los tamils. Hay los javaneses. Y por último, los filipinos. Porque hay un buen número de filipinos residentes casi todos en la calle llamada de Manila. Esto me lo confirma un malayo que ha estado hablando conmigo sobre las cosas de su país.

—¿Qué hacen los filipinos aquí?—le pregunté.—¿Se ocupan en alguna industria?

—No—me contestó—pero los filipinos de Singapur representan el arte.

En efecto: saben ya, por lo menos, tres artes: el arte de nadar (muchos son buzos), el arte de cortar el pelo (los demás son barberos) y, por último, la música (tienen organizadas bandas) Del comercio, de las tiendas y de la industria no les habléis jamás. La ocupación más deshonrosa es la de vender. En cambio, tocan música, que es música celestial.

El coche tirado por un pequeño burmah, rueda por las calles de la ciudad. La siesta es ardiente. El cochero anamita luce su rostro amarillo bajo el sol ecuatorial. Si queréis saber quiénes están dentro, bueno es decirlo: un malayo de Singapur, un chino de Pekin y el que escribe, un filipino de Lusón.

Tres jóvenes que quieren turbar, en la siesta silente, el dormido paisaje de la ciudad.

Nuestro coche rueda hacia Kolam Ayer Besar, desde donde se divisa el panorama pintoresco de Singapur. Ya estamos á la orilla de estos pequeños lagos artificiales, aspirando el aroma delicioso de la altura, sintiendo en los pulmones la brisa que vaga por las alamedas floridas. Aquella ancha explanada es, sin duda alguna, el Hipódromo: Padang Lumbah Kudah, se dice en el idioma indígena. A la derecha se divisan, amontonados al parecer, los techos de ladrillo de los palacios...

El malayo adolescente que charla, con su gorra roja que recordaría, si no fuera un poco chata, las gorras zaparogas, tiene en su sér un fondo de terrible melancolía. Es un apologista del gobierno británico. En los bolsillos de su blanca americana conserva las cartas de grandes amigos ingleses que le escriben de cosas sin importancia. En su mirada vaga un aire de eterna sumisión y de inteligencia apacible y buena. En cambio, bajo las gafas de oro de este chino adolescente que no habla jamás sino para gritar, llego á encontrar la nativa astucia. Antes de subir á los pequeños ricksahs, antes de sentarse á las mesas de los hoteles, lo primero que hace es asegurar el precio. Si hay necesidad del regateo, regatea. Es, sin embargo, un refor-

mista. La figura de la Emperatriz madre es para él un símbolo de la decadencia imperial. La coleta que adorna las cabezas chinas, ha desaparecido ya en este joven amarillento y en su lugar apenas existe un casco de pelo peinado al estilo parisiense. Viene de la Universidad de Nueva York, pensionado por su gobierno.

Mientras tanto, atravesamos los barrios populosos, las calles limpias que parecen teñidas de grana, y llegamos, bajo las arboledas suntuosas y largas, al Jardín Botánico, orgullo de esta ciudad. Sobre los musgos que crecen lozanos, á la orilla de las carreteras, florecen las más variadas rosas del Oriente, derramando en torno un perfume de amor y de idilio. Las aves cantan en la enramada, bulliciosas y alegres, bajo un sol monstruoso. En las enredaderas que cuelgan de las ramas de los árboles, de las columnas de la *Oket House*, de los tabiques de fino alambre, la brisa que huye de las selvas contiguas encuentra un nido de encanto y de verdura...

Pero estos policías serios, estos policías de severidades de califa, que vigilan las flores del jardín como si fueran un tesoro de los dioses, han aprendido del amo inglés el deber del más extricto ordenancista. Ellos os siguen, os vigilan, os observan. Y cuando, entusiasmado y admirado, amante de la Naturaleza,

quise coger una rosa roja del jardín encantado, el policía detuvo mi mano aleve, enseñándonos la ordenanza que lo prohibe. El chino protestó con la saeta mortífera de sus ojos oblicuos. El malayo de Singapur se contentó con inclinarse reverentemente, en señal de sumisión.

Mientras tanto, al otro lado, la ciudad ardía como un horno, con el ruido del trabajo que parece de colmena..

Filipinas en Hongkong

En casa de Naning

Los filipinos que, al regresar de sus largos viajes, vuelven á ver tierra hongkonesa, no pueden ocultar la emoción que les embarga. Estar en Hongkong, después de partir de Marsella ó de S. Francisco, al cabo de un mes de desconsoladora nostalgia, entre la esperanza de volver á la patria y la pesadumbre de perecer en las vicisitudes de una tormentosa peregrinación por mares dilatados, estar en Hongkong—repito—es estar ya á los bordes de Filipinas.

Porque ya, al llegar á esta hospitalaria tierra, manos amigas os saludan y caras conocidas—tan conocidas porque son de filipinos—os despiertan, al sonreir, de vuestros sueños de paises exóticos. Ha pasado la visión del *más allá*, es decir, va pasando... Estáis en la suntuosa sala de la familia Basa ó acabáis

de subir la escalinata que se dirige al edificio en donde mora el buen D. Vicente Atienza. Los cuadros son cuadros de vuestra tierra, de vuestra adorable tierruca. El piano mismo que suscita intensas nostalgias lejanas, está fabricado en casa de Trinidad. Los retratos que adornan las paredes ó las columnas de las salas representan á prominentes filipinos. Las revistas que encontráis sobre la mesa, los periódicos esparcidos ó acabaditos de llegar por el último correo, os traen noticias frescas de Manila ó de provincias.

¡Ya estáis casi en vuestra tierra!

¡Ya estáis casi en vuestra propia casa!

Y si queréis ir al retiro en donde ha vuelto á consumir sus horas lentas de expatriación el único superviviente de la gran trinidad filipina, el sabio orientalista Naning, no tenéis más que coger un kuruma que os conducirá á la lancha que viaja, de cinco en cinco minutos, al vecino pueblo de Kowloon.

Y bien. Ya estáis en Kowloon. Os impresionan hondamente los chinos que trabajan en las tiendas sucias y obscuras, el ruido hiriente de los metales, los mismos edificios frágiles escapados del último tifón. Os detenéis delante de unas accesorias, modestas de aspecto, con unos balcones amplios arriba, en donde los pobres *coolies* cuelgan sus ropas sucias. Subís. ¡Ah! pero no está Naning. Se ha marchado Naning para hacer algunas

visitas. No importa. Entráis en su despacho. Un criado os saluda en idioma filipino y os hace sentar en una silla vieja, al lado de la mesa. Los libros amontonados ó puestos en fila en los amplios estantes, los periódicos, las revistas y los folletos, los manuscritos y los papeles, todo os demuestra una vida de prolongado estudio, de vigilias febriles.

Como no está Naning, tenéis que volver á la noche, y entonces, al fin, podéis estrecharle la mano cariñosamente, efusivamente. Le decís que está mejor de salud, le pedís informes de Filipinas, le preguntáis qué hace, por qué no vuelve al país, por qué no escribe...

Y Naning os contesta:

—Estoy preparando los escritos inéditos del Dr. Rizal. Usted sabe que hemos fundado en Manila una Biblioteca Popular, cuyo primer volumen se ha publicado ya. Palma se ha comprometido á recopilar los escritos inéditos de Mabini para constituir el segundo volumen de la Biblioteca. Pero Palma es comisionado hoy, y no sé si tendrá tiempo para estos trabajos. En todo caso, si mi amigo se ve imposibilitado á terminar la compilación de los escritos de Mabini, me veré precisado á publicar ya, en el segundo volumen, los de Rizal... Yo pienso volver... Volveré... Pero, antes, quiero recoger todas mis cosas. Muchos de mis libros y papeles los tengo todavía en el Japón. Pienso ir allá antes de finalizar este